El psicópata, la maestra y los caza-recompensas

ó, LOS VIAJES DEL AMOR

Por

Margarita María Niño Torres

El psicópata, la maestra y los caza-recompensas,

o,

LOS VIAJES DEL AMOR

Novela del género

'Realismo Positivo'

Apta para adolescentes y adultos

Por

Margarita María Niño Torres

Año de creación 2022

LOS VIAJES DEL AMOR

ó

EL PSICÓPATA, LA MAESTRA Y LOS CAZA-RECOMPENSAS

PREÁMBULO
Regreso de Sonia.....5

PARTE I
Primer viaje nocturno.....13
Un día en Buga.....22
El Pacífico colombiano.....26
El conflicto entre lo legal y lo esencial.....31
Planificación detallada.....40
Una mirada de paso por Bogotá.....47
Los días de Guapi.....49
El viaje a Tumaco.....54
En el vecino país.....57

PARTE II
Primera etapa de un viaje largo.....62
Las dificultades y la prudencia.....63
Segunda etapa del viaje.....65
El abogado en Cali.....66
Tejer, unir, remendar la vida….....77
En el lejano Sur.....80
Boyacenses en Cali.....87
El jueves quince.....90
Giros y sorpresas.....96

Sucesos en Cali.....105
La historia del capo Oscar.....110
Inicios del heredero del gran señor.....114
La familia Bermúdez.....118
Cartas.....121
El caso de la madre y el niño fugitivos.....129
El abogado Nieto en Asunción.....130
Carta de Solís.....133
Nacimiento de Beatriz.....134

PARTE III.....137
Incidentes en Cartagena.....137
La tribu Mejía Torres.....140
Lo imposible puede suceder.....144
La vida en Paraguay.....148
Nueva ola de viejas noticias en Buenaventura.....150
En Paraguay mientras tanto.....157
El quinto hijo.....159
Resucitando muertos.....163
Tareas.....167

EPÍLOGO.....168
La vida continúa.....168

PREÁMBULO

Regreso de Sonia

Un día de noviembre del año 1998, una mujer sesentona con el porte de persona bien educada y conocedora del lugar, vestida con sencillez y carente de todo adorno, después de preguntar y recibir respuesta en la vieja y escarapelada tienda de una esquina bogotana, caminó hasta una puerta de la mitad de la cuadra, recorrió con su vista el frente de la casa y, por su gesto, evidenció el pleno reconocimiento del lugar.

─Por aquí no ha pasado el tiempo…, ─se dijo mientras suspiraba.

……..

En el momento en que Emilia acababa de arreglar el dormitorio de los muchachos ─sus nietos que pasaban unos días de vacaciones con ella─ y se disponía a empezar el trabajo en la cocina, sonó el timbre. Dejando sobre una silla la ropa sucia que llevaba al cuarto de la lavadora, se adelantó hacia la entrada y abrió la puerta.

La sorpresa, la alegría, la emoción profunda pasaron por su rostro y con la vista nublada por las lágrimas abrazó fuertemente a la recién llegada. La emoción impedía hablar a las dos. Ambas lloraban. Por fin Emilia dijo,

─Sonia querida! Qué alegría, Dios mío, qué felicidad!, creí que no te volvería a ver jamás! Pero entra, mujer, entra y me cuentas algo, aunque sea un poquito, de lo mucho que ignoramos sobre ti.

Sonia siguió a su amiga a la cocina, sin haber dicho ninguna palabra coherente. Se sentaron en las dos butacas cerca de la mesa del rincón, se miraron una a otra por unos instantes que fueron suficientes para hacer que las vivencias de felices años pasados, cobraran vida y ellas volvieran a ser las inseparables amigas de adolescencia y juventud. Emilia estrechó entre las suyas las manos de Sonia y le hizo muchas preguntas sin darle tiempo de responder.

—¿Cómo estás? Y, ¿ dónde está tu hijo?, ¿Cuándo regresaste? o... ¿era que no te habías ido y estabas escondida por ahí?... Ay, Sonia de mi alma, cuánto hemos esperado!..

Casi sin respirar, Emilia continuó:

—Me muero de curiosidad por saber cómo fue que saliste sin dejar señas, y cómo pasaste tanto tiempo lejos de todos los parientes y amigos...

—Nosotros, cuando supimos, porque Oscar llegó a esta casa tres o cuatro días después de tu partida, hecho una furia exigiéndome que le dijera para dónde y con quién te habías ido, porque él pensaba que te habías enredado con un nuevo rico, tal vez narcotraficante o algo por el estilo, y estaba seguro de que yo te había ayudado a abandonarlo, sentimos un miedo terrible, creímos que te habrían secuestrado o que quizás estarías muerta!.. Por las palabras y la actitud de Oscar, comprendí que tu vida matrimonial no era como yo me la había imaginado…

Haciendo un alto y cambiando de tono pasó al modo amiguero-chismoso propio de compinches de colegio y continuó:

—Figúrate que yo creía que no habías vuelto a visitarnos porque te absorbían los programas con Oscar y hasta te

envidiaba..., mi vida era tan monótona y casi aburrida!... y resulta que el mismo Oscar me dice que sin duda tú habrías venido con chismes y mentiras, a pesar de que te tenía prohibido que me vieras y me hablaras por teléfono. ¡Pobre Sonia!, pensé, ojalá esté bien en algún lado y este bruto no la encuentre nunca. En medio de todo me alegré de no saber nada.

Hizo una pausa que la visitante no interrumpió, antes de continuar:

—Desde ese día, siempre esperé que me escribieras... Por qué no lo hiciste? Algunas veces te lloré por muerta!.

Sonia escuchaba a su amiga con la mirada de quien recuerda cosas muy terribles pero no demasiado tristes. Solamente dijo:

—No escribí ni una carta. Solamente una vez, en gran secreto le mandé un telegrama a Raúl para que supiera que estábamos vivos y no más. Siempre pensaba que eran vigiladas las personas que me querían y que si sabían algo de mí no podrían ocultarlo por mucho tiempo. Tal vez exageré pero me aterraba que me encontraran y me quitaran a Carlitos. Él era el que estaba en mayor peligro.

Pensó un momento antes de continuar:

—Pues... sí. Tú lo sabes tan bien como yo. Me casé mal, muy mal, mi matrimonio fue en realidad mucho más malo de lo que en ese tiempo pensé. ¡Ni modo…! Y ya son casi treinta años desde entonces...

Después de suspirar… siguió:

—Claro que estas no son horas para hablar de ese error de juventud, pero quiero que sepas que ni un solo día me he engañado al respecto. Al comienzo, aunque yo ya había

cumplido los treinta, intenté eso que las soñadoras de veinte años de nuestra época soñábamos: hacerlo cambiar, ayudarlo a mejorar, conquistarlo a nuestro mundo..., pero nada logré, ni un pequeño indicio de voluntad de modificar su mente y su corazón cerrados y rígidos. Lo cierto es que nunca me sentí en confianza con él, y a pesar de eso, quedé embarazada.

—Con el embarazo, mi vida personal e interior cambió de repente. Entré en la mejor etapa de mi vida: ser madre. Todo lo demás quedó relegado a segundos y terceros lugares. Tú no estuviste nunca en un lugar relegado pero sacrifiqué los encuentros contigo por tu propia protección, igual que la relación con mi hermano Raúl, porque los celos de mi marido se tornaron enfermizos.

—Por cinco años me concentré en mi niño, y en sobrellevar ese peso de un marido que no me amaba y a quien yo había renunciado a amar. Lo aceptaba solamente por el deber de cumplir las promesas hechas. Él hacía su vida de profesional mediocre con ínfulas de gran señor, eso sí siempre muy bien vestido y arreglado y cuando íbamos juntos a alguna parte no me permitía ni un punto de descuido en mi apariencia, porque mi deber era hacerlo quedar bien.

—En todo esto de la apariencia, Oscar se concentraba mucho, pero no se preocupaba en absoluto de nuestra existencia como pareja. Para él era un deber más. Entonces llegó para mí el momento de escapar ... —Sonia hizo un alto en su relato, momento en el cual Emilia intervino:

—No lo sé, creo que exageras. Al fin nunca quisiste buscar nuevo marido. Y no salgo de mi asombro al verte de nuevo. Te di por muerta junto con tu hijo y dejé de esperar…

Sonia realmente no escuchó a su amiga porque los recuerdos golpeaban su mente, así que simplemente continuó:

─Cuando dejé de dar el pecho a Carlitos, Oscar me obligó a buscar una niñera y a buscar trabajo como profesora en un colegio de categoría. Supuestamente era por el bien de Carlos, porque se estaba volviendo un niño mimado y flojo por mis consentimientos…

─De pronto tuve la horrible sensación de que los celos de Oscar se iban concentrando de una manera anormal en el niño y en mi amor por él y en el amor de mi bebé por mí… Ahí comencé a sentir el terror de un gran peligro muy cercano.

Emilia interrumpió con un ademán de espanto:

─Entonces fue cierto!… exclamó

─¿Qué fue cierto? ─preguntó Sonia

─Pues que tu marido, en su juventud, estuvo internado un tiempo en el Hospital Psiquiátrico…, eso me dijo una maestra del colegio de mi hijo menor, como seis meses después de tu desaparición. Ella había sido novia de Oscar pero lo había dejado porque siempre tenía temor de que él la matara… aunque a nadie dijo eso. Yo no le creí. Pensé que era una forma de sacarse el clavo de que él te hubiera preferido a ti…

Sonia reflexionó para sí misma... según este dato, no había sido ella la única en descubrir que su marido era un psicópata y, si alguna duda le quedaba respecto de la decisión que ella había tomado, planeado y ejecutado, en ese momento esa sombra de duda desapareció del todo.

Luego dijo sencillamente a su amiga:

—No supe nada de eso, solo seguí mi instinto para proteger a mi hijo. Ahora lo confirmo plenamente: nuestros instintos nos protegen ...

Después de una pausa Sonia continuó con su relato:

—Solo tuve que pensar dos veces en escapar: El primer momento fue el día en el cual Oscar, en mi presencia dio dos golpes muy fuertes a su hijo de cuatro años, utilizando una chancleta de caucho que dejó dos terribles morados en la nalga del bebé. Ese día, aunque estaba aterrorizada, me controlé y le dije que eso no podía repetirse. Que si volvía a hacerlo, yo misma lo denunciaría ante el Comisario de Familia. Él se mostró arrepentido y prometió que se controlaría en adelante. Me hice ilusiones, consolé a mi niño que en ese entonces se llamaba Jorge y traté de hacerlo olvidar el mal momento del papi.

El segundo y decisivo momento sucedió dos meses y medio después del primero. Un lunes, el mismo día que supe que estaba embarazada nuevamente de ese hombre desquiciado, porque nunca había habido otro, ese día coincidió con una segunda golpiza que él le dió al niño, en mi ausencia...

—Él mismo me dejó una nota con la secretaria en el colegio. En esa nota Oscar me informaba que había tenido que castigar al niño por rebelde. Además, me avisaba que él tenía que volar ese mismo día a Cartagena a una reunión de su empresa y que regresaría antes del fin de semana para que saliéramos todos tres de paseo al campo.

—Esa misma tarde, dos horas después de llegar a la casa, salí definitivamente de ella con el niño a quien encontré absolutamente conmocionado. El chiquito no podía ni respirar. Lucila, nuestra fiel empleada, me explicó que Oscar lo había

golpeado con los zapatos nuevos que le había traído al niño, porque no quiso ponérselos. Ése fue el mal comportamiento de una criatura de cuatro años, para merecer fuertes golpes...

A continuación, Sonia se sacudió los recuerdos tristes y en un tono jovial dijo a su amiga:

— Ayer regresamos, poco más de dieciocho años después de ese viaje nocturno, —hizo una pausa antes de continuar:

—La vida fue muy buena conmigo. No todo fueron sufrimientos. Mi matrimonio con Oscar fue anulado por problemas mentales de él y yo fui declarada inocente del supuesto robo de mi propio hijo.

—Todo esto lo adelantaron y lograron, en mi ausencia, mientras yo permanecía escondida, dos abogados de Buenaventura quienes eran amigos míos desde el tiempo de mi trabajo allá seis años antes.

—Además tuve una niña a quien llamé Beatriz, también de Oscar, solo que él nunca lo supo.

Viendo la expresión interrogativa de su amiga, Sonia continuó con la explicación:

—Después de la sentencia del juez declarando mi inocencia y de la anulación de mi matrimonio con Oscar, me casé con uno de esos abogados, quien había adoptado a mis dos hijos. Con él tuvimos otros dos, Tomás y David, los menores, que son gemelos. Todos cuatro se sienten los hijos del mismo padre amoroso que ha sido nuestro ángel y que no estableció nunca ninguna diferencia en el trato, relacionada con sus hijos, aparte, obviamente de lo que requerían las edades de ellos en su momento.

Nuestra huida, la de una madre con su niño supuestamente robado al padre, sucedió durante mi segundo embarazo, pero su recuerdo para Carlos fue y continúa siendo solamente, el de una gran aventura. Cuando tanto Carlos como Beatriz estuvieron en edad de comprender, les contamos la historia completa y no les preocupó en absoluto el asunto del padre biológico. Ellos solamente tienen y han tenido un papi que se llama Darío Bermúdez.

Todos seis vinimos a dar una vuelta por estos lados, ahora que los actores peligrosos ya dejaron de serlo.

Sonia se puso de pie para salir. Extendió de nuevo los brazos para despedirse. Antes de hacerlo añadió:

—Ah!, olvidaba decirte que somos paraguayos y nuestro apellido es Bermúdez Torres. Todo legal. Yo pedí la protección al gobierno de ese país y nos la concedió con amplitud. Allá mismo me casé con Bermúdez, el abogado que logró la anulación de mi anterior matrimonio demostrando como causa los problemas mentales de mi marido. Así que somos una familia grande. Desde mi vida en Paraguay uso solamente mi segundo nombre, Lucía, y mi segundo apellido, Torres. Al inicio fue por precaución, porque Carlitos y yo éramos muy buscados por una buena cantidad de espías de Oscar. Mis amigos y yo temíamos que nos buscaban decididamente para matarme a mí y robarse al niño. Por eso en todos nuestros documentos quedaron estos cambios en el uso de mi nombre. Al fin Oscar no tenía ninguna idea de la existencia de la niña.

Hace unos diez años, cuando Carlos tenía nueve, supe que Oscar, desde la cárcel, después de que despidió a todos los espías contratados para buscarnos, había adoptado un niño huérfano y había contratado para él una buena educación. Los

dos hechos me alegraron mucho cuando los supe de fuente absolutamente confiable.

Emilia sonriendo muy feliz por la noticia del matrimonio y de la familia de su amiga, la abrazó de nuevo. El asunto de los espías la impresionó mucho. Al pensarlo se estremecía y, para reaccionar, daba gracias a Dios de que todo hubiera terminado bien y, por su parte, se alegraba de no haber sabido en tal tiempo nada de eso tan terrible.

……

Lucía y Emilia se despidieron. Cada una tenía el pensamiento de lo que acababa de oír de la otra. Parecía que no había pasado el tiempo, que aún eran compañeras de internado en el colegio de las monjas, que los sucesos intermedios simplemente no existieron. La amistad que siempre las unió a pesar de las fuertes diferencias de personalidad y de carácter, permanecía intacta.

—¡Qué bueno es compartir con Emilia…. Sigue siendo la misma. Ojalá no se haya escandalizado mucho con mi historia! — dijo Lucía para sí mientras apresuraba el paso.

****

PARTE I

Primer viaje nocturno.

El primer lunes de junio del año 1979, cuando Sonia regresó de su clase, Irene le entregó un sobre diciéndole:

—Su esposo le dejó esta carta, profesora Sonia

Sonia recibió el sobre, agradeció a Irene y pasó a su cubículo mientras cortaba un costado del sobre para extraer el

contenido. Leyó el papel, apretó los labios y se dejó caer pesadamente en su silla mientras trataba de serenarse.

Dos minutos pasaron. Con gesto decidido Sonia se sacudió, sacó una hoja de papel en blanco y escribió una nota dirigida al Director, solicitando licencia de una semana por motivos de fuerza mayor. Hizo una copia, firmó los dos papeles y pidió a Irene los llevara y le trajera de regreso la copia sellada como comprobante de recibo. Solo añadió:

—Es urgente. Tengo que llevar el niño al hospital. El pobrecito sufrió un golpe muy fuerte…, me temo que tendrán que internarlo..., añadió con voz angustiada.

Cuando Irene regresó con la copia, Sonia le pidió que buscara a la profesora Mariela para pedirle que por favor la sustituyera en sus clases hasta que ella pudiera regresar. Guardó la copia en su bolso. Ordenó y guardó todo en sus lugares y salió apresuradamente.

Pasó por el banco para retirar el último sueldo abonado y el saldo de ahorros que quedaba, dejando solamente el mínimo estipulado para conservar la cuenta activa. Se fue a la carrera para su casa.

Sonia ya no tenía carro pues lo había vendido dos semanas antes sin informar a nadie. El día siguiente de esa venta, solamente dijo en voz alta a Lucila, mientras Oscar desayunaba, que ella salía para el trabajo a pie porque el carro estaba en el taller para revisión urgente de frenos y reajuste del motor…

Todo el dinero de esa venta más los ahorros que tenía en ese momento, los había convertido en dólares del mercado negro. En los últimos días Sonia había sorprendido gestos

amenazantes en su marido que mantenían sus alertas mentales todas encendidas.

Al llegar a la casa, Sonia encontró al niño sollozando en el suelo y a Lucila acariciándolo y tratando de darle cucharadas de leche tibia con algo de azúcar. Estaba muy sofocado y temblaba mientras miraba con temor hacia la puerta por si el papá aparecía. Se le dificultaba respirar en parte por falta de aire, en parte por los muchos mocos que no se dejaba limpiar.

Lucila explicó brevemente a Sonia mientras le señalaba las piernas del niño marcadas con la silueta de una de las suelas nuevas de los zapatos que el papá le había traído y que su hijo no quiso ponerse. Marcas excesivas, sin ninguna duda. En muchos puntos había sangre.

Sonia acarició a su hijito y le invitó a pararse y a cambiarse pronto con la ropa que más le gustara y con ayuda de Lucila, para que mamá y Jorge salieran solos a dar un paseo. Mamá tenía que arreglar lo que iban a llevar.

Mientras el niño ya aliviado de su terror se tomaba toda la leche y comenzaba a cambiarse, Sonia buscó su vieja mochila en donde venía ordenando las mínimas y necesarias cosas que llevaría durante el viaje. Dos mudas de ropa y zapatos tanto de ella como de Jorge, todo lo más usado, junto con el dinerito que venía ahorrando más los dólares que obtuvo por su carro. En un sobre impermeable y con especial cuidado dentro del bolsillo interior de su bolso, su pasaporte, sus tarjetas, su cédula y un registro de nacimiento del niño. También un pequeño botiquín.

Indicó a Lucila que dejara que Jorgito escogiera uno de sus peluches para llevarlo al paseo y le pidió a ella que se acercara. Le entregó como adelanto el salario de la semana,

explicándole que ella, Sonia, iba a llevar al niño con un psicólogo amigo que vivía en Tunja y que se quedarían allá en casa de su hermano. Que no volviera sino cuando ella la mandara llamar. Además le entregó una recomendación que, siguiendo sus alertas interiores, tenía escrita y lista para que Lucila pudiera conseguir trabajo con mayor facilidad porque, Sonia le explicó, ella estaría ausente el tiempo necesario hasta que Oscar fuera amonestado por las autoridades y obligado a mantener distancia con ellos.

En voz relativamente baja le recomendó que a nadie dijera esto que ella le estaba contando sino simplemente explicara que como la familia salía de vacaciones, ella había quedado libre para buscar otro trabajo mientras tanto. La abrazó y le pidió que saliera de una vez, llevando todo lo que fuera suyo. Además algo de comida.

Diez minutos después, Lucila salió triste pero se contuvo para decir a Sonia que comprendía perfectamente. Que don Oscar era muy violento y podía hacer mucho daño a Jorgito.

Sonia entonces, después de que Lucila salió, cerró la puerta y para alegrar a su hijo, comenzó a cantar. En esas vio un sobre del consultorio médico sobre su mesa de noche. Abrió y se encontró con la noticia de que su test de embarazo había dado ′positivo′.

Se sentó a respirar hondo y a pensar... unos minutos le tomó encontrar algo bueno en esa noticia: ...era una cosa menos para preocuparse por un tiempo… ′nada de períodos mensuales ni sus añadidos′ durante ocho meses. Sonrió por la simpleza del consuelo, pero pensó que era muy apropiado, como una tregua en el momento de comenzar un viaje incierto.

Jorge que esperaba que el canto de su madre continuara, se paró en la puerta. Sonia lo abrazó y canturreó sonriendo: ′vamos a ser felices...la, la, la...′ y el niño aplaudió riéndose a carcajadas. Ambos repitieron el estribillo.

El sobre del médico con la noticia ingresó dentro de la mochila. Lo necesitaría sin ninguna duda.

Sonia cambió su ropa por lo más cómodo, informal y usado que tenía. No iba a viajar como una señora fina de clase elevada sino como una madre común de clase media. Enseguida se peinó con dos trenzas, peinado que, según su experiencia era el mejor para un viaje largo. Ordenó en la casa todo lo que estaba fuera de sitio.

Finalmente puso los zapatos nuevos de Jorgito sobre la cama matrimonial, del lado de Oscar y sobre ellos un pequeño sobre apuntado con un clip, dentro del cual una tarjeta escrita con su bonita letra decía:

"Debes presentarte ante el Comisario de Familia según lo acordado. Después nos encontraremos para el paseo. Sonia"

Finalmente revisó que estuvieran en la mochila todos los apuntes que venía haciendo con el objetivo de planear el viaje y buscó el candado que acostumbraban poner en el exterior cada vez que dejaban la casa sola.

Como última medida, se sentó a escribir una ′Declaración de los hechos′, dirigida al Comisario de Familia, cuya dirección tenía apuntada.

En esa declaración, escrita de su puño y letra Sonia expresaba que, por segunda vez, el padre de su hijo lo había golpeado desproporcionadamente para un niño de cuatro años, produciendo en el pequeño un terrible estado de angustia y terror y dejando unas marcas de sangre sobre sus piernas.

Que ella no podía esperar que ese padre regresara para jurar un cambio rotundo porque su experiencia de educadora le indicaba que el caso era expresión de una sicopatía de origen cerebral y que era necesario que ese señor entrara en un tratamiento psiquiátrico y fuera impedido mediante orden médica y judicial de acercarse a su hijo sin la presencia de ella, la madre.

Explicó que ella salía en ese mismo día con el niño para llevarlo a consulta con un psicólogo especializado, en una ciudad diferente y que enviaría al señor Comisario la valoración médica de su hijo y estaría al pendiente de las noticias sobre el tratamiento del padre.

Terminaba haciendo alusión al Principio de la Buena Fe, respaldando todo con su firma y su número de cédula y anotando que ella conservaba, como comprobante, una copia de esa misma declaración obtenida mediante el uso de papel carbón mientras la escribía.

Metió la carta en el sobre que tenía preparado con nombre, dirección y estampillas. Cerró su escritorio y guardó la carta y la copia de la misma, más una copia del recado que dejaba a su marido, todo en la mochila. Buscó una manta, una pequeña almohada y su ruana y metió esos abrigos en una bolsa de plástico. Se echó al hombro la mochila y salió con la bolsa de los abrigos en la mano izquierda y con su hijo agarrado a su derecha.

Cuando Jorgito y su madre salieron y el candado quedó bien puesto sobre la puerta previamente cerrada con llave, el sol crepuscular vestía el mundo de oro. Sonia lo tomó como un buen augurio para el futuro que les esperaba.

A pie caminaron hasta el puesto del correo más cercano y, en el buzón del lugar, ella depositó el sobre para el señor Comisario de Familia del distrito que les correspondía.

Luego caminaron hasta el parque y se sentaron a charlar y a comer un helado para felicidad del niño. Sonia sacó su cuaderno y revisó su decisión final sobre el itinerario a seguir, escrita quince días antes, la actitud de Oscar reforzó en ella la sospecha que se iba volviendo una certeza, de que su marido era una persona mental y peligrosamente desequilibrada.

El primer tramo del viaje tenía como punto final Buenaventura. Se concentró en eso. Lo mejor era llegar a Buga y descansar allá un día completo. Así, el subsiguiente, esto es el miércoles, estarían en el puerto.

Terminado el helado, tomaron un bus para la terminal de transportes en donde encontraron un Expreso Palmira que estaba a diez minutos de salir. Sonia compró los boletos, también un par de refrescos con algo de pan y se subieron. Ese primer transporte estaba planeado en sus apuntes para la noche o la madrugada, con el fin de evitar en lo posible cualquier encuentro con personas conocidas que se acercaran para conversar. Sonia puso al niño al lado de la ventana y lo arropó con la manta pequeña que para eso traían. Ella se sentó en el puesto que daba sobre el pasillo, se metió en su ruana, envolvió su cabeza con una bufanda y abrazó a Jorgito. El niño se durmió enseguida y el bus arrancó.

Antes de intentar dormirse, Sonia observó que la carretera estaba en condiciones muy mejoradas, al compararla con el recuerdo de esa misma vía por la cual tantos viajes hizo durante ese tiempo fugaz, esos dos años que pasaron veloces, como si fueran dos días, de su vida de maestra en el puerto de Buenaventura. Le pareció que había pasado una era geológica

completa desde ese final, pero haciendo la cuenta encontró que solo habían pasado ocho años desde que abandonó el puerto… los dos primeros tuvieron una duración más o menos normal y los últimos seis fueron de una pesadez y duración casi infinitas. Si Jorgito no hubiera llegado, ella habría muerto de desolación interior, como mínimo dos años antes.

Sonia dormía ratos cortos y en los intervalos revisaba mentalmente los detalles previstos: Su pasaporte al día con ocho años de validez. Su diploma de licenciada en Ciencias de la Educación, su certificado de impuestos y judicial, ambos actuales y correctos.

Luego, los mapas revisados y las rutas posibles. Su experiencia le había enseñado que para un viaje largo se debe tener un plan. Si dentro del desarrollo se presentan inconvenientes insalvables, se buscará la alternativa, pero si no los hay, lo mejor es ceñirse al programa trazado, el cual en líneas generales, para este caso marcaba el puerto de Buenaventura como punto de partida. Allí se abrían dos alternativas para el destino final: la ruta del Norte apuntando a Panamá, México y quizás hasta Canadá, y la del Sur con miras a Ecuador y posiblemente Argentina.

Aunque prefiriera el Norte, el hecho de su estado maternal la inclinó hacia el Sur por la mayor cercanía de una ciudad extranjera con recursos médicos disponibles y a la cual podría llegar por vías terrestres y acuáticas de bajo perfil.

Pensó en Oscar. En su incapacidad de sentir afecto por nadie, en su inmenso egoísmo y también en su gran habilidad para comportarse y aparecer ante los observadores ajenos o ingenuos como si fuera un esposo enamorado y un padre amante, aunque ni un tris de sentimiento llegara a los que apuntaba desde esas formas precisas y aprendidas en el cine,

en las novelas y en los modelos de compañeros gentiles y amorosos con sus parejas…

En fin, pobre hombre. Sin duda, una carencia muy larga de verdadero afecto en su infancia debió ser la causa de esa vida de psicópata disfrazado de hombre normal y sensible. Sonia estaba segura de que Oscar no sabía que aparte de los actos y gestos externos unidos a eventuales momentos de placer, existían sentimientos asociados con el amor.

Durmió un rato hacia el final del viaje, después de haberse despedido con plena consciencia del sueño del amor conyugal y de repetirse que tenía que alejar a sus hijos de lo que pudiera acarrearles esa gélida mirada que ella ya había percibido en varias ocasiones, en las cuales Oscar observaba al niño como si mirara una piedra o un bicho que se podría pisar sin consecuencias, sin darse cuenta de que ella estaba cerca. En esos momentos, ella tuvo siempre el cuidado de alejarse sin ruido y regresar enseguida hablando en voz alta, para encontrarlo acariciando la cabeza de Jorgito…

Con las paradas intermedias y sus demoras, llegaron a Buga poco antes de las seis de la mañana. El olor ′del pan de bono′ unido al aroma delicioso del café en la parada final, la saludaron alegremente.

El niño agarrado a ella, se bajó del bus tapando sus ojos con la mano libre porque el sol que salía detrás del monte le llegaba de frente. Había dormido sin interrupción las nueve horas del viaje. Al mirar a la gente y ver la sonrisa de su mami, se emocionó mucho y la abrazó con todas sus fuerzas. Sonia se alegró de que Jorgito hubiera preferido el pantalón largo porque de lo contrario las señales de los golpes del día anterior llamarían la atención de muchos… Esas son las cosas que la gente del común mira y detalla enseguida. Son las marcas de

sufrimientos que se repiten… y podrían ser también señales para identificarlos si por alguna circunstancia alguien buscara rastros de esos viajeros …

Un día en Buga

Lo primero, desayunar. Enseñarle a Jorge el ′pan de bono' decirle que lo mirara y saboreara bien para recordar a Buga cuando lo volviera a comer. Después se estiraron un poco y salieron en busca de un hotel cercano. Era hora de darse un baño, cambiarse y salir luego a pasear hasta el barrio de Palo Blanco en donde ella había vivido y seguir hasta encontrar el Río Cauca.

En un hotel modesto y cercano a la estación, encontraron una habitación buena para ellos. Después de bañar al niño y vestirlo, la mami lo dejó sentado en la cama, con el compromiso de esperarla juicioso mirando su libro mientras ella se bañaba y lavaba rápidamente la ropa del viaje para que con el calor del día estuviera seca por la tarde. Solamente llevaban dos mudas para cada uno. Claro que podría comprar algo más, pero mejor no aumentar el equipaje.

En ese hotelito, Sonia decidió cambiar el nombre de su hijo, el suyo propio y además su firma. En la cédula aparecía como Sonia Lucía Mejía Torres. Ella acostumbraba presentarse y firmar como Sonia Mejía, pero desde ese mismo día se nombraría siempre como Lucía Torres. Un pequeño cambio que haría una gran diferencia, sin ninguna duda, y que no la obligaba a cambiar sus documentos de identidad. Así se registró y firmó.

Al salir caminaron un poco. En un parque pequeño se sentaron y conversaron cosas muy importantes:

─ A ver, mi niño, ¿cómo me llamo yo? ─le dijo la mamá señalándose a sí misma.

─ ¡Mami! ─contestó el niño

─ Y si alguien te pregunta cuál es el nombre de tu mami, qué le dices? ─volvió a preguntar

El niño dudó un momento y volvió a repetir ′mami′.

─ Mami soy para ti. Pero para toda la otra gente yo soy ′Lucía ′. A ver repite: ¿Cuál es el nombre de tu mami?

─ Lucía… ─repitió Jorgito dudando mucho.

─ ¡Bravo! Aplaudió la mami. Eso no se te puede olvidar.

─ Ahora repite: ″Yo soy Carlos y mi mami es Lucía″. A ver, dilo tres veces.

El niño aprendió esa primera lección sin entenderla pero la repitió bien.

─Ya vas a ser un niño grande. Falta poquito para que tengas cinco años. Por eso de hoy en adelante siempre te diré Carlos en lugar de Jorge como te llamábamos porque Jorge es un nombre para un niño muy chiquito ─dijo la mami y señaló con los dedos el número de años y volvió a preguntar a su alumno los tres aprendizajes del día:

1. Las personas, el hijo y la mami.

2. Los nombres, Carlos y Lucía.

3. Los años de Carlos, ′cinco′, mostrando al tiempo los dedos de su mano abierta.

Mientras iban andando, Lucía explicaba a su hijo-alumno que la ciudad en donde estaban también tenía nombre y ese nombre era Buga. Que ahí vivía mucha gente y que ella, su

mami había vivido ahí antes de que Carlos llegara al mundo. Le quería mostrar la casa en donde vivió.

Lucía vio el barrio Palo Blanco muy crecido y bien arreglado. Caminó emocionada por las calles conocidas y finalmente llegó hasta la esquina en donde vivió esos años de su juventud. Iba mostrando todo al niño y también le señaló las montañas que se veían a lo lejos desde el parque del barrio y le ayudó a descubrir el humo que salía hacia el cielo en una de esas montañas.

— ¿Sabes qué es eso que estás mirando?

—No —contestó el niño

—Eso es humo, sale de un fogón muy grande que hacen con madera seca y en ese fogón cocinan la panela —explicó la mami

—Uy, pero debe ser muy caliente! —dijo Carlos

—Sí, por eso está lejos del pueblo, porque es muy, muy caliente y peligroso. Eso se llama ′un trapiche′. ¿te acordarás del nombre?

—Un … tapiche…—, contestó Carlos

—Trapiche —dijo la madre y pasó a contarle un paseo que ella había hecho con muchos niños grandes del barrio, hasta llegar allá. Y que habían comido panela convertida en melcocha y que al volver se bañaron en un río pequeñito en donde había muchas mariposas…

El niño iba repitiendo tra..pi..che, tra pi che, para no olvidar la lección.

Atravesaron todo el barrio y caminaron hasta llegar a la orilla del río Cauca que por esa época de pocas lluvias iba tranquilo sin desbordar. El niño se admiró mucho de lo grande que era y

preguntó cómo hacía la gente que vivía del otro lado… en esas un pescador apareció en su bote y Lucía indicó a su hijo que así pasaban el río las personas que necesitaban ir de un lado al otro.

Ella aprovechó el momento para prometer a su hijo que pronto ellos dos montarían en una barca como ésa para pasear por encima del agua. Ese día no podían hacerlo, pero cuando llegaran a otra ciudad que estaba un poco más lejos, lo harían.

Regresaron lentamente. Carlos pensaba en montar en barca… y le parecía el colmo de la felicidad.

Luego fueron al centro de la ciudad y visitaron la Basílica y allá Lucía explicó a Carlitos que a ese lugar iban muchas personas para hablar con Dios y pedirle favores. Pero que otros preferían hablar con Dios desde sus casas o paseando por el campo, o donde les parecía mejor y que Dios siempre escuchaba. El niño no hizo ninguna pregunta y ella no le adelantó nada más.

Después de tanto caminar, volvieron lentamente. Entraron a comer en un lugar cercano al terminal. Tenían hambre y la comida estaba buena y nutritiva así que al finalizar se sentían muy satisfechos. La madre compró solamente dos refrescos para la noche. Luego fueron a la estación a preguntar el horario matutino y el precio de los boletos de los buses para Buenaventura y de ahí regresaron al hotel para descansar.

Lucía lavó los dientes, las manos y la cara del chiquitín y rápidamente lo empijamó con un short y una camiseta viejos. El niño ya acostado le preguntó:

— Mami, quién es Dios y cómo se habla con él? —La mami contestó:

─ Dios es un papá muy bueno que es el mismo para todos, todos los que vivimos en este mundo. Él vive en el Cielo, nos ama mucho y nos oye en cualquier parte en donde estemos. Podemos decirle simplemente que nos bendiga y nos ayude. Él siempre nos escucha.

─ Voy a hablarle desde aquí ─dijo Carlos. Lucía sintió que las lágrimas llegaban solas a sus ojos. Ella también habló con Dios mientras daba un beso a su hijito y se acostaba a su lado. Enseguida se durmieron ambos.

El Pacífico colombiano

A las siete de la mañana salió el bus. Carlos, sentado del lado de la ventana miraba con atención todo lo que iba apareciendo ante sus ojos. Realmente era el primer viaje que hacía dándose cuenta del avance del vehículo y de lo que había por fuera de él. Los animales, los ranchos, la gente y sus oficios, los niños que corrían a la escuela, los perros… todo lo emocionaba. La madre también estaba emocionada con sus recuerdos y pensativa con el proyecto que se proponía llevar hasta el final.

Cuando llegaban a un pueblo, ella le decía el nombre y Carlitos lo repetía. Las dos horas y media del viaje se fueron en volandas. El aprendiz repetía… Media Canoa,… Lobo Guerrero y Córdoba, que fueron los nombres que le gustaron más.

Al entrar al puerto, pasar por el el Puente del Piñal, y ver el mar… la emoción lo dejó mudo. ′Grande, muy grande′… decía una y otra vez. Al fin el bus paró y se bajaron. El día estaba cálido con brisa marina muy agradable.

─ y ese olor, mami, ese olor qué es?, ─preguntaba el niño una y otra vez, a lo cual la mami le contestaba: ─es el mar, Carlitos, es el mar Pacífico.

Lucía comenzó por buscar un hotel siguiendo su criterio de sencillez y limpieza. Pronto estuvieron ubicados en Pueblo Nuevo. Ella deseaba mucho estar cerca del muelle del pescado y llevar al niño para que viera el movimiento de las canoas que llegaban de la selva con plátanos y piña y también las de los pescadores… en fin el bullicio de ese inolvidable mercado, cercano al Instituto en el cual ella había trabajado durante el tiempo de su vida en Buenaventura. Ese Instituto cambió de sede, pero el viejo edificio seguía ahí, con sus paredes de cemento igualitas por la mugre y los vapores de todo tipo que caían sobre ellas.

─ No te sueltes de mi mano y camina bien pegado a mi pierna. Mejor agarra esta tira que yo me pongo como cinturón y yo tomo además tu mano, mientras te das cuenta de cómo es esto. No te asustes porque la gente es buena y no va a hacerte mal, pero hay que tener cuidado porque a veces llevan bultos muy grandes y no pueden verte. Esto lo vas a aprender muy rápido.

Carlitos muy emocionado tomó en serio las indicaciones de Lucía y caminó con ella hasta que encontraron un espacio cercano al borde del agua en donde él pudo ver todo lo que su mami decía de las canoas. En esas alguien llamó:

─ ¡Profesora Sonia!… y un hombre joven se acercó muy sonriente:

─ Hola Solís, ¡qué gusto verte! ─dijo Lucía sonriendo también al reconocer a uno de sus alumnos hecho un hombre muy alto y fornido.

─ ¿Cuándo llegó? ─preguntó el hombre.

─ Llegamos hace apenas un par de horas ─contestó ella e indicando al niño añadió: ─ te presento a Carlos, mi hijo.

─ El joven muy sonriente se agachó para saludar y muy atento dio la mano a Carlitos. El niño le dio su mano y dijo...'Buenos días'… e inmediatamente se hicieron amigos.

Lucía comprendió que Solís estaba en su trabajo y propuso:

─ Estamos en el hotel … de allí… y señaló en la dirección. ¿Por qué no te pasas cuando termine tu día de trabajo y conversamos?

─ Sí, claro profesora. ¿Le parece a eso de las cinco?

─ Perfecto. Estaré pendiente ─contestó Lucía y se despidieron enseguida porque evidentemente, Solís estaba a cargo del control de la venta de pescado.

Mamá e hijo pasearon un poco más, luego buscaron una heladería de paletas de una fábrica grande de Cali, cada una sellada dentro de su bolsa. Lucía buscaba en lo posible evitar alimentos preparados con agua cruda del puerto porque lo menos deseable era una diarrea por el cambio y los nuevos microbios para el organismo de Carlitos y el suyo propio.

En el hotel les ofrecieron almuerzo preparado ahí mismo. Ellos almorzaron y subieron a descansar un rato.

Carlitos comenzó a repetir los nombres de los pueblos y las cosas que había aprendido en el mercado de Pueblo Nuevo, incluido el de su amigo Solís. Enseguida sacó su libro y empezó a hojearlo y a reconocer las figuras. Sentía un impulso tremendo de grabar en su cabeza todas las palabras nuevas y repasar las antiguas…

Lucía lo escuchaba y sonreía muy contenta por la alegría del niño. Ella, por su parte también tenía que repasar los planes. ¿Qué le diría a Solís?…

Recordaba perfectamente que ese joven fue un alumno querido y muy sincero, buen amigo y colaborador. Era alguien en quien podía confiar, pero no lo iba a cargar con el asunto de fondo de su proyecto. Solamente quería su ayuda para que le aconsejara sobre transporte por el borde de la bahía, hacia el Sur. Hablaría de hacer contactos para algún trabajo futuro, pero no en Buenaventura sino en otro lugar de la costa, más pequeño y tranquilo…

Sin saber en qué momento, los viajeros se quedaron dormidos por un buen rato hasta que unos golpes en la puerta hicieron saltar a Lucía.

— Señora Torres, el señor Hernando Solís la busca —dijo una joven del servicio del hotel en cuanto Lucía abrió la puerta.

— Gracias,… ¿cuál es tu nombre?… — preguntó Lucía

— Matilde —contestó la joven

— Ok, Matilde. Dile al señor Solís que ya bajo y gracias a ti por avisarme. —contestó Lucía sonriendo.

— Carlos, tu amigo Solís vino a saludarnos. ¡Vamos! —dijo la mami mientras movía al dormilón.

Bajaron y se sentaron en la salita para tomar, ella un café y los varones sendos refrescos.

Lucía comenzó a hablar de lo muy contenta que estaba de haber tenido la oportunidad de viajar por dos semanitas a la costa. Sin entrar en ningún detalle, le contó a Solís que estaba casada y que su esposo tenía una reunión larga de su empresa en Cartagena. Por eso acordaron que se encontrarían dos

semanas después, posiblemente en Cali o directamente en Quito.

Solís le habló de que él también estaba casado y que esperaban su primer hijo para el final de año. Trabajaba de lleno en la administración de la Cooperativa de Pescadores, la misma que había creado el Padre Gil por los tiempos del trabajo de Lucía en el Instituto, hechos de los cuales ella se acordaba perfectamente.

Entonces para adelantar su tema, ella dijo:

— Oye, Solís, necesito un abogado para pedirle un favor porque no quiero perder una semana en hacerlo yo misma…

— ¿Tiene que ser un abogado?… o ¿puedo hacerlo yo? —preguntó Solís. Lucía le respondió sonriente mientras negaba con la cabeza.

— Es para conseguir el pasaporte de Carlitos sin tener que viajar yo misma a Cali y esperar allá hasta que salga.

— Un abogado puede hacerlo con un poder mío, porque tengo todos los papeles.

— Además me comprometí a tenerlo listo antes del viaje a Quito —Explicó Lucía

— Sí, claro que le tengo el abogado preciso. Es muy buena gente. Si quiere le digo que usted va a ir a buscarlo. Le recomiendo que sea temprano para que lo encuentre sin clientela. Es el abogado Darío Bermúdez, —contestó Solís.

— Bueno, dame la dirección y si alcanzas a verlo hoy dile que mañana, a las puras ocho, allá le caigo.

Con esto resuelto, y anotada la dirección del abogado, Lucía y Solís hablaron un rato largo de los recuerdos y sucesos alegres y también de los días tristes y terribles del puerto en esos años

pasados. Luego Lucía le dijo que ella quería pasar el fin de semana en la Bocana. Que cuando acordara con el abogado todo el asunto, entonces buscaría a una amiga que debía vivir todavía en el puerto y tal vez decidieran las dos irse de una vez a la playa, porque eso hacían en los tiempos del Instituto.

Solís sonriente la escuchó y estuvo muy de acuerdo. De todas maneras le dio las señas de su casa para que si algo se le ofrecía, le pudiera mandar un recado con cualquier 'pelao' de Pueblo Nuevo, o si ella quería y podía, pasara por allá y de paso conocía a Indalecia, su mujer.

Caminaron los tres un rato. Los 'nuevos amigos' jugaron a perseguirse, comieron helados y se despidieron en la puerta del hotel.

El conflicto entre lo legal y lo esencial

Solís deseoso de ayudar a su maestra, pasó esa misma tarde poco antes de las siete por la oficina del abogado. La puerta estaba cerrada pero había alguien adentro porque se veía la luz por las rendijas y se escuchaba una máquina de escribir. Entonces golpeó y desde afuera en voz alta dijo: ─Abogado Bermúdez, soy yo, Solís,… Una maestra de hace mucho volvió y dijo que vendría mañana… ─en esas el abogado mismo abrió la puerta y sin hacerlo seguir preguntó:

─ Y qué quiere la maestra?

─ Que usted le ayude con un asunto de un pasaporte…, respondió Solís y dudó un momento antes de agregar:

─ pero… yo creo que tiene más problemas, pero solo es intuición…

─ Mejor guárdate tus intuiciones para después. Y a qué horas vendrá? ─volvió a preguntar el abogado

─ Dijo ′a las puras ocho′. Esas fueron sus palabras.

─ Ah, la cosa es urgente. Bueno, gracias Solís, aquí estaré esperando a tu amiga la maestra… ─respondió el abogado. Su amigo hizo una venia y se fue silbando una tonada.

El abogado terminó de escribir la declaración de un cliente que pasaría a firmar al día siguiente. Cerró sus cuadernos y códigos y apagó la luz. Enseguida cerró y se fue a su casa.

Lucía y Carlitos por su parte, se sentaron en la cama por un rato mientras repasaban lo aprendido y recordaban las cosas nuevas y los cuentos de Solís y se reían de las payasadas que hacía al remedar el caminado de los animales de la selva. A las ocho de la noche bajaron para tomar una sopa y regresar a dormir.

La madre se levantó temprano en plan de buscar y ordenar los papeles que traía y repasar mentalmente lo que pediría al abogado. Se propuso hablar poco a poco, para ir observando la reacción del hombre y de acuerdo con ella, continuar o cambiar de tema, según la confianza que él le inspirara.

Para Carlitos llevó una revista de monos para colorear que había comprado el día anterior, junto con una cajita de lápices de colores, en una tienda de baratijas de Pueblo Nuevo. Era una sorpresa para concentrar el interés del niño en esa actividad, mientras ella hablaba con el abogado.

Desayunaron un vaso de leche con pan y salieron a las siete y media. En el parque se sentaron en un banco para que el niño aprendiera lo de colorear y se comprometiera a trabajar juicioso en eso mientras ella trabajaba con un doctor que iban

a ver. Luego siguieron hasta la puerta de la oficina que encontraron abierta.

─ Buenos días ─saludó Lucía en voz alta

─ Buenos días ─respondió el abogado mientras salía de la oficina del fondo.

Se presentaron mutuamente y la madre presentó a su retoño.

El abogado le pidió que se sentara y Carlitos miró como esperando órdenes para él.

─ Cierto que Carlos puede trabajar aquí en el piso? ─preguntó Lucía sonriente. De la misma forma, el abogado le respondió que sí, que ahí no lo molestaría nadie para que pudiera hacer bien su tarea.

Sin más demoras Darío preguntó:

─ La escucho, señora maestra. Cuál es el asunto que desea confiarme?

─ Gracias abogado. Pues el asunto es que me vine de afán pero necesito obtener el pasaporte para mi hijo y quería pedirle si usted puede hacer esa diligencia por mí. Es que tengo motivos para evitar los lugares públicos del tipo oficinas de Relaciones Exteriores y muchas otras.

El abogado pensativo preguntó a su potencial clienta:

─ ¿Cómo va su matrimonio?… ¿por qué llega usted hasta el fin del mundo y quiere un pasaporte para un bebé? ─enseguida sonrió suavemente y mirándola de frente le dijo pausadamente:

─ Puede hablar con toda confianza. Ni una palabra será dicha por parte mía, a menos que usted me autorice. Si decide no confiar, la comprenderé y seguiré aquí, siempre a su

disposición aunque usted se aleje, pero si confía en mí, haré todo lo posible por ayudarla.

─ Espere un momento, quiero que vea una cosa ─dijo Lucía y se levantó para acercarse a Carlitos:

─ Qué calor hace, verdad? ─peguntó al niño. Si quieres puedo quitarte ese pantalón grueso de encima y te quedas en 'chores' mientras coloreas aquí. Te lo vuelvo a poner cuando vayamos a irnos.

─ Ay, sí, mami!, como en la casa! ─dijo el niño.

Lucía con cuidado le quitó el pantalón e hizo una señal al abogado, mientras el niño se acomodaba de nuevo.

Los hematomas de dos días estaban en su peor momento. Eran una mancha oscura atroz. Los adultos sabían que ya no hacían sufrir al niño y él ni se acordaba del asunto, pero el abogado no pudo evitar una cara de espanto al verlos.

─ Entonces, mi abogado, ayúdeme, por favor!. Me casé con un psicópata y no lo descubrí plenamente sino cinco años después, cuando la existencia del pequeño puso en peligro su propiedad absoluta y su dominio sin restricciones del tiempo y la voluntad de la esposa.

Hace como tres meses fue la primera golpiza. Yo, quedé aterrorizada pero me controlé y le anuncié que si se repetía, yo misma lo iba a demandar…

Hace dos días fue la segunda y no esperé ni una noche más. Escapamos.

─ ¿Con qué tiempo contamos? ─preguntó el abogado Bermúdez.

─ Él está en Cartagena en una reunión de su empresa. El vuelo de regreso a Bogotá es esta noche o mañana. Así que al llegar

se enterará de que efectivamente lo demandé. Yo juraría que mañana por la mañana va a salir impecablemente vestido y con el gesto de gran señor, para ir a la Comisaría en donde hablará con toda corrección de mi sistema nervioso delicado y frágil, que me hace ver amenazas en donde no existe sino verdadero y buen interés… etc.

Lucía sacó la copia al carbón de la carta al Comisario y la copia de la tarjeta que dejó a su esposo y le dijo al abogado que ésa había sido toda su denuncia. Pero contaba con el super ego de su esposo que iría a defenderse, sin saber que ella ni se presentó ante el Comisario. En el fondo, ella quería que él recibiera realmente un tratamiento psiquiátrico, porque esas psicopatías son siempre producto de falta total de afecto en los primeros años de vida. Pobre tipo, pero dañar a su hijo no lo va a mejorar a él y ella no se va a exponer a que las autoridades le crean más a él que a ella. Por eso ahora solo piensa en ubicarse en el más bajo perfil posible, en algún lugar apartado, por los quince años siguientes, hasta que su hijo sea un adulto independiente.

Finalmente le dijo que pensaba en Ecuador, como el país, y la costa pacífica como la región más apropiada.

El abogado miró una y otra vez la carta y finalmente le dijo:

— Bueno, mi querida señora y clienta. De veras la admiro y claro que puede contar conmigo. ¿Qué otros papeles trae?

— Mi pasaporte al día con ocho años de vigencia y una copia del registro civil de… Jorge, ó… Carlos. Porque anoche pensé que era mejor volver a declararlo como mi hijo, de padre desconocido, nacido aquí en Buenaventura, siendo yo madre soltera,… si eso fuera posible. Así no será ilegal sacarlo del país sin permiso del padre.

─ Sí, eso puede hacerse… ─dijo el abogado─. Sin embargo, espéreme un momento que estoy pensando algo…

En ese momento Carlitos vino a decir a su mamá que quería ir al baño. El abogado le indicó la puerta y se quedó muy pensativo…

─ Y, por qué no le damos un padre diferente ─preguntó Darío cuando ella regresó.

─ ¿De dónde lo voy a sacar? ─contestó Lucía

─ Pues por ejemplo tu abogado. No tiene hijos y se sentirá muy contento de que una vieja amiga le llegue con la noticia de que es padre… ─contestó el Bermúdez sonriendo.

─ Ay!, dijo Lucía soltando la risa. Es un honor tu propuesta pero… ─y su sonrisa se ensombreció mientras dudaba en continuar…

─ Es que no te he dicho lo más grave de todo porque ni me acordaba del asunto.

Buscó en su bolsa hasta que encontró el sobre del Centro Médico con el resultado del test de embarazo y se lo tendió al abogado mientras le decía:

─ Este sobre lo encontré anteayer encima de mi mesa de noche, en el momento en el cual estaba dejando la tarjeta para mi marido invitándolo a ir a la Comisaría. Así que lamento decirte que te estás metiendo en un lío terrible.

─ El abogado leyó el informe y entonces fue él quien se rió a carcajadas ante tan inesperada noticia.

─ Bueno, este será el día más fantástico de mi vida… pero claro!, no voy a fallarte a la segunda si me aceptas la primera… , ni te lo imagines. Así los dos niños llevarán los mismos apellidos y el resto de la historia… lo sabrán en su

momento. De modo que si te parece, voy a declarar que soy el padre de … Jorge?, Carlos?…

— Hay que cambiar el nombre. Que sea Carlos y también agregar otro… —dijo Lucía. Además le comunicó el cambio que ella usaría en su propio nombre en adelante.

— Añadámosle Andrés. Que sea Carlos Andrés Bermúdez Torres y lo hacemos año y medio más viejo. Es decir lo hacemos nacer poco después de tu salida de Buenaventura —expresó Darío y sin más tomó los datos de la cédula de Lucía y le prometió que para el lunes ya estaría listo para comenzar el asunto del pasaporte.

— Sí. De todos modos, yo me voy a la Bocana, para evitar que otros, como pasó con Solís me reconozcan aquí… porque puede suceder que el hombre organice una búsqueda por mis antiguos lugares…

— Hablaré con Solís. Le diré que tenemos que protegerte y que lo mejor es que nadie sepa que tú viniste por estos lados —dijo el abogado, añadiendo enseguida: —Solís es un buen hombre y puedes confiar en su prudencia.

Se despidieron quedando en que se verían de nuevo el martes a las ′puras ocho′ para continuar con el plan.

Un momento después de salir de la oficina del abogado Bermúdez, Lucía vio un señor mayor que caminaba hacia ella. Enseguida reconoció en él a alguien a quien había tratado antes, aunque sin recordar ni su nombre ni su profesión.

— Buenos días, señora… — dijo él.

— Buenos días, señor…? —contestó Lucía mientras trataba de recordar el nombre.

— Rafael..., Rafael Nieto, a sus órdenes —dijo el aludido.

─ Sí, claro, me acuerdo de usted, abogado Nieto ─Contestó Lucía mientras apretaba la mano que le ofrecía el abogado.

─ Yo la recuerdo como una profesora muy especial de este puerto… ¿La profesora Sonia? ─terminó preguntando

─ Sí, doctor, pero por favor, y perdóneme que se lo pida así de repente, en adelante llámeme solamente Lucía. Es mi segundo nombre,… es que tengo algunos problemas por los cuales me escondo un poco, modificando mi nombre.

─ No se preocupe, Lucía. Si puedo servirle, cuente conmigo. ─Dijo con gran amabilidad el abogado Nieto.

Lucía sonrió y en voz baja agradeció: ─ Gracias, abogado. Confío plenamente en su bondad y en su experiencia. Espero que podamos hablar largamente en algún día cercano. Por hoy, debo irme. Muchas gracias! ─diciendo esto apresuró el paso motivando a Carlos a caminar con mayor rapidez.

Al mediodía de ese jueves, Carlitos tuvo la emoción de subirse a una lancha para ir con su mami a pasar tres días en la playa. Lucía estaba también muy contenta de relajarse por esos días, sabiendo que contaba con un abogado amigo del tiempo anterior y otro reciente, más el exalumno Solís que la apoyaban. Su experiencia le decía que podía confiar en ellos. Aunque no pensaba que el abogado viejo pudiera hacer nada por ella.

Fueron tres días felices. En el viaje de regreso los hematomas de las piernas habían desaparecido casi por completo y Carlitos estaba radiante y bronceado. Ambos habían tenido cuidado de protegerse debidamente del sol. En los puestos callejeros de la Bocana, Lucía hizo compras de ropa idónea para pasar desapercibidos en los medios populares del puerto.

Solís los esperaba el lunes por la tarde, según habían acordado antes de salir, y los llevó a un hospedaje diferente explicando que los dueños eran conocidos y de toda confianza y que en caso de necesidad o de alarma, les harían sitio en su propia casa.

— De todos modos es mejor que no llegue la gente a identificarlos como huéspedes de largo plazo en un mismo sitio. Eso por si los buscaran… —les explicó

— Gracias, tienes razón. Contestó Lucía y añadió detalles…

— Sí, me siento segura con los métodos de mis alumnos. Todavía recuerdo el día de la terrible revuelta…, cuando me llevaron hasta Palo Seco saltando por los barrios de la marea para evitar que la policía me identificara. Eso me salvó.

— El abogado dice que si puede, lleve a Carlos a tomarse fotos para el pasaporte hoy mismo… —, dijo Solís y agregó:

— Si quiere vengo a las cuatro para llevarlos con un fotógrafo amigo. Es buena hora para esa diligencia.

— Perfecto. Gracias mil. Te esperamos —dijo Lucía y añadió:

— ¡Ah, Solís!, en adelante, llámame simplemente Lucía. Somos amigos y para todo este asunto es mejor no mencionar mi profesión, ni mi nombre completo, ni nuestra relación anterior.

— Entendido… al comienzo me va a costar trabajo, pero es claro que es mucho más apropiado en estas circunstancias...—, contestó el amigo sonriendo y se despidió:

— Chao, Carlos… , chao Lucía…

— Chao Solís! —dijeron los dos a la vez . — Te esperamos a las cuatro —terminó Lucía.

Planificación detallada

Después de la toma de fotos cuyo producto les sería entregado al día siguiente a partir de las siete de la mañana, Lucía y Carlos tomaron una sopa y se fueron a descansar de las largas asoleadas en la playa y chapoteadas en el mar de la Bocana y del consiguiente exceso de calor y sequedad en la piel.

Una vez que el niño se durmió, Lucía se sentó a hacer planes para someter las diversas posibilidades al abogado Bermúdez.

Su primera idea fue llegar a Quito para esperar allí al bebé. Pero era arriesgado, porque faltaban más de seis meses para ese evento y Quito era la capital extranjera más próxima a Bogotá. Si Oscar enviaba gente a buscarla, podrían dar con ella y ese enfrentamiento podría ser muy dañino para su propio equilibrio y obviamente para el logro de la protección de Carlos y de su hermanito.

Quedarse en alguno de los caseríos de la costa, era mucho más seguro porque la gente del interior del país no se mete por esos vericuetos, pero ella quedaría aislada de un servicio médico especializado en caso de una urgencia y de todos modos, sería muy arriesgado esperar el parto en esas condiciones.

Concluyó que lo mejor era avanzar hacia el Sur, por jornadas cortas y llevaderas, ya fueran por el mar o por tierra. Calculaba que de esa forma podría llegar hasta Chile o por lo menos al Perú en el término de tres meses y tener tiempo de instalarse, buscar un Centro de Salud, hacerse los exámenes, conseguir una mamá sencilla que le ayudara con Carlos por los días de hospital…

Mirando el mapa que tenía a mano, hizo un pequeño esquema de cuáles podrían ser los recorridos. Lo urgente de momento

era salir del país. Eso sí podría ser a algún pueblo ecuatoriano cercano a Tumaco, en donde tendría el permiso de tres meses de permanencia que los países andinos dan a los viajeros andinos, de los cuales tomaría dos para relajarse, antes de continuar…

Pensó en el dinero con el cual contaba y calculó que, sin despilfarrar, podría alcanzarle bien hasta salir del parto y un par de meses más…

Con este plan en mente se durmió.

…….

El martes a las 'puras' ocho, Lucía y su hijo estaban de nuevo en la oficina de Bermúdez.

Él le dijo que iría ese mismo día a Cali para iniciar el trámite del pasaporte. Sacó un formato oficial que debía ser firmado por los dos padres del menor y autenticado en una Notaría en el caso de que uno o ambos no pudieran presentarse personalmente.

Lucía firmó y fueron de inmediato a la autenticación. Al salir de la Notaría el abogado se despidió y le dijo que hacia el atardecer esperaba estar de regreso y podría informarle exactamente cuántos días se demoraba el proceso hasta que le fuera entregado el pasaporte. Por ese día no hubo más conversación con el fin de optimizar el gasto de tiempo.

De regreso en su hospedaje Lucía compró un diario y al llegar se acomodaron para pasar un rato en sus respectivos intereses. Carlitos jugaba con las palabras aprendidas y miraba su libro de animales y Lucía leía todos los avisos limitados y los avisos oficiales.

En la parte de ′Citaciones oficiales′ encontró una en la cual se citaba al señor Oscar Medina para presentarse antes del día veinte del mes en curso, en la Comisaría de Familia número seis de la capital

─ ¿Significa que apenas hoy sabe que lo demandé? O significa que se esconde bajo la apariencia de ignorar el hecho y por eso no se ha presentado? o, quiere ganar tiempo para localizarme y obligarme a retirar la demanda… Si es así, antes del veinte van a llegar por aquí sus espías…

Con estos pensamientos, Lucía decidió proponer al abogado que ella se iría ese mismo día con Carlos a Guapi y que permanecería allá hasta que saliera el pasaporte. Entonces pasarían al Ecuador, por el lado de la costa… seguramente por San Lorenzo…, un pueblo con recursos y carretera que podría llevarlos a Quito sin necesidad de entrar de nuevo a Colombia…

Resolvió calmarse y esperar sin hacer ningún movimiento en la ciudad a la luz del día.

Hacia el mediodía apareció Solís para saludar y saber si las fotos estuvieron a tiempo. Lucía lo hizo entrar y le enseñó el aviso en el periódico. Luego le encargó que preguntara exactamente quién viajaría al día siguiente a Guapi y si de allá podría llegar a Tumaco y de Tumaco a San Lorenzo en Ecuador. Pero sin nombrarla ni mostrar todo como un programa, no fuera que se les soltara la lengua.

─ Te acuerdas de Juan Cortés, ′Juanito′, el que fue el maquinista de Monseñor Valencia? ─preguntó Solís

─ Sí. Claro que me acuerdo. Éramos muy amigos ─Contestó Lucía.

─ Pues si alguien sabe bien de esos viajes es él. Creo que hoy está aquí. Si quieres lo busco para que venga a conversar contigo dijo Solís.

─ Dile que le mando un abrazo y que quiero hablar con él. No le digas nada del asunto. Solo que si puede pasarse por aquí en algún momento, que me mande decir para esperarlo…, ah, y recomiéndale que no mencione mi nombre… ─expresó Lucía.

─ Perfecto. Me voy ya a buscarlo. Mejor quédate aquí mientras estamos seguros de que no hay peligros… ─dijo Solís y después de chocar puños con Carlos, salió.

Con estas perspectivas de colaboración, Lucía se sintió muy segura de que el plan saldría adelante. Pidió a la joven de la cocina que les sirviera a ella y al niño de lo que tuvieran preparado para almorzar y luego se fueron al cuarto a repasar palabras del mar como ′lancha′ y ′motor fuera de borda′ y los nombres de los pueblos, que ahora incluían la Bocana… Carlos estaba muy concentrado en estos asuntos tan importantes y también en colorear las figuras del cuadernillo sin salirse de los bordes.

Hacia las cuatro se acercó un niño para decir a la señora amiga de Solís que Don Juan venía en camino.

Antes de las cinco apareció Juan. Era un hombre grande y fornido con una apariencia indiscutible de lobo de mar. A Lucía le pareció que el Juanito que ella conoció había crecido y engrosado mucho, pero su expresión seguía siendo sencilla y bondadosa.

─ Mi querida profe! ─saludó Juan y ella le dio un abrazo. Estaba emocionada con todos los recuerdos de los inolvidables días felices y de los muchos viajes realizados en misiones

diversas por esa costa, en la lancha del Obispo. También los tristes recuerdos se reflejaron en sus miradas de nostalgia.

─ Juanito. ¿Sabes lo que pienso y deseo? ─preguntó Lucía

─ Que quieres llegar a San Lorenzo por mar. Entendí ─Dijo Juan.

─ Pues sí. Primero quiero saber si eso es posible. Pero todo debemos consultarlo con el abogado Bermúdez que fue hoy a Cali a comenzar la gestión para obtener el pasaporte para mi hijo ─contestó Lucía.

─ Lo primero es llegar a Tumaco y eso es posible. Solo hay que esperar el día en el que algún conocido y confiable boga vaya para allá ─contestó Juan.

─ Si ese viaje se demora, se podría por ejemplo ir a Guapi y esperar ahí? ─preguntó Lucía.

─ Eso es más fácil. Yo mismo tengo un viaje dentro de dos días. Voy a reservar un lugar para usted con el niño. Mañana me confirma, después de que hable con el abogado ─respondió Juan

Lucía se sintió muy animada al pensar en viajar otra vez con ese estupendo conductor y ser humano solidario y fraternal. Aceptó su propuesta y decidió ponerlo completamente en conocimiento de los hechos.

En ese momento, Solís regresó y Lucía lo invitó a participar en la conversación, explicándole que Juanito viajaría a Guapi en dos días.

Entonces ella repitió para sus amigos todo el relato de los hechos que la tenían en la situación de cuasi-prófuga y les señaló el aviso del periódico y sus posibles implicaciones, de las cuales no podía saber nada con certeza, pero lo mejor era

prevenir. Por eso pensaba esconderse en Guapi mientras salía el pasaporte del niño y luego sería el viaje al Ecuador, sin entrar de nuevo a Colombia por carretera. Si todo iba bien, ella podría quedarse en San Lorenzo un tiempo o seguir hasta Quito. Eso lo irían diciendo las circunstancias. Los amigos se miraron y cambiaron ideas entre ellos. Estaban pensando en despedirse cuando el propio abogado apareció.

─ Buenas para todos!, me alegra encontrarlos. La cosa es algo confusa. En Cali averigüé que el señor en cuestión no está en su residencia.

Que el mismo día, una hora después de su regreso, volvió a salir de su casa en un taxi y no se le ha vuelto a ver.

Que la citación es real… y nada más. Por otra parte el pasaporte de mi hijo..., ─al llegar aquí, los miró en tono de secreto compartido ─estará listo dentro de tres días y será enviado a mi oficina. Dejé pagado el costo del correo extra-rápido y recomendado.

─ ¿Su hijo? … no comprendo la relación ─dijo Juan.

Darío mismo les explicó el acuerdo sobre eso y añadió que había sido muy oportuno porque, siendo el padre una persona conocida y de buena reputación, quien solicitaba el pasaporte, el asunto saldría sin generar desconfianzas. Además aclaró que los nombres de la madre y del niño no aparecían publicados en ninguna parte.

Lucía expresó su sospecha de que el padre estaba ya buscándolos por su cuenta a través de espías y por eso era necesario que ella y Carlitos se escondieran mientras llegaba el pasaporte.

Juan expuso lo acordado hasta el momento y Darío les dijo que a las ocho de la mañana los esperaba a ellos dos en su despacho.

También añadió que era mejor, si Lucía debía salir a la calle con su hijo, que lo hiciera acompañada por alguien que pudiera pasar por su marido, porque sin duda, donde quiera que adelantaran pesquisas al respecto, estarían buscando una mujer joven sola, llevando de la mano un niño de cinco años.

Después de la reunión, el abogado Bermúdez envió a Solís para que se quedara con el niño mientras la madre iba a la Notaría para firmar un poder a las once de la mañana de ese día. En la Notaría Darío habló con Lucía de su propósito firme de viajar a Bogotá para ′actualizarse′ un poco mientras ellos estuvieran en Guapi.

Él pensaba que podría ser muy útil contar con un poder más amplio para representarla en caso de necesidad, si ella aceptaba firmarlo. Pero que muy bien podía esperar un poco más, si ella tenía dudas. Lucía leyó el poder y sin dudar lo firmó y de una vez fue autenticada esa firma. Al salir se despidieron, acordando que en ocho días que sería el siguiente viaje de Juanito, Darío le haría llegar con él todas la noticias.

El viaje a Guapi quedó acordado para el jueves. Solís se encargó de acompañar a Lucía y cargar a Carlos sobre sus hombros por todo el camino hasta el embarcadero.

Así Carlitos volvió a sentir la emoción de viajar por el mar. Lucía le advirtió que este viaje sería más largo y que era muy importante ir juicioso y calmado todo el camino, mirando bien muchas cosas nuevas que después pintaría en su cuaderno.

Una mirada de paso por Bogotá

El abogado Bermúdez acostumbraba hacer periódicos viajes a la capital del país para conversar directamente con algunos colegas y amigos, además de revisar las publicaciones y comentarios sobre los hechos sobresalientes de la actividad judicial en el país y en el mundo.

En este viaje, emprendido esa misma noche, además del propósito general y usual, se proponía averiguar un poco más sobre el tema de la violencia de los padres (varones) sobre los hijos menores y de las actuaciones de las madres en tales casos. Esto para hacerse una idea de los más recientes lineamientos establecidos para las prácticas judiciales del país en esa dirección.

En Bogotá, sus amigos fueron mostrando a Darío las visiones particulares de cada uno frente a la problemática de violencia intrafamiliar. En términos generales, desde la cúpula se estaba haciendo hincapié en la necesidad de evitar al máximo favorecer, por descuido, el crecimiento de conductas violentas, o peor aun, aceptar sin suficientes pruebas las explicaciones paliativas de situaciones denunciadas como abusos.

El abogado entonces decidió visitar la Comisaría de Familia para preguntar sobre el caso que le preocupaba.

Las respuestas fueron escuetas: el padre de familia citado no se había presentado aún. En relación con la esposa le informaron, después de darle el nombre de soltera de la misma, que ella no había dejado ninguna dirección, aparte de su domicilio al cual no había regresado desde el día del envío postal de la denuncia. Se sabía que ella tenía un único hermano que vivía en Tunja pero él no tenía ninguna idea del derrotero de su hermana y de su sobrino y estaba altamente preocupado por ellos. Ese

hermano, Raúl Mejía había viajado personalmente para ponerse a la orden de la Comisaría y había dejado su dirección. Además el ciudadano Mejía había expresado que su cuñado les había pedido a él y su esposa en términos bastante descorteses, desde pocos días después del matrimonio, que se abstuvieran de interferir de ninguna forma en la vida de su hermana y su esposo, que era él, llevando la cosa al extremo de que él, Raúl, su esposa y sus hijos no conocían a su sobrino y único primo. Él había sabido del nacimiento del pequeño Jorge por carta de una amiga de su hermana quien también había sido excluida de las relaciones con la familia.

Bermúdez tomó nota del nombre y la dirección mencionada. Y preguntó en qué situación legal se hallaba la esposa desaparecida.

La respuesta fue incierta. De momento, mientras el marido no respondiera al llamado de la Comisaría, de alguna manera se consideraba un acto de autoprotección el ocultamiento de la madre con el hijo, pero era una situación que no podría prolongarse indefinidamente.

El principal motivo de preocupación era que el padre emprendiera una búsqueda por su cuenta, mediante pago de espías, y tuviera éxito. Los funcionarios de la Comisaría escucharían atentamente cualquier aviso de personas extrañas que anduvieran buscando a la pareja madre-hijo, para actuar inmediatamente en plan de proteger a los fugitivos.

El abogado se retiró luego de anotar los datos que le proporcionaron y de expresar que él creía haber conocido unos diez años antes a una profesora con ese nombre en alguna ciudad del Departamento del Valle. Tal vez en Palmira o en Buga, cuando se encontraba preparando su tesis de grado por

esos lados. Prometió revisar sus apuntes de esos años y si encontraba alguna pista, les avisaría.

Con esta visita cumplida, el abogado Bermúdez decidió viajar a Tunja.

Esa misma tarde estaba en Tunja lamentando no haber llevado un abrigo mejor. Como solamente quería mirar el lugar, se sobrepuso al frío cortante y llegó hasta el número indicado. No era una casa de habitación sino una oficina de ′Gestión ante el Ministerio de Transportes′ para carros particulares. El nombre de Raúl Mejía y el teléfono estaban ahí escritos.

Bermúdez anotó ese número de teléfono que era diferente del que le habían dado en la Comisaría. Enseguida pensó que sin autorización de Lucía no debía decir nada a su hermano. Por esto decidió regresar para preguntarle directamente a ella. De todos modos, lo primero era tenerla fuera del país. Con esta decisión, volvió rápidamente sobre sus pasos y tomó el bus siguiente para Bogotá. Al llegar y sin alejarse del Terminal, compró un boleto y esperó para salir a medianoche rumbo a Buenaventura.

Los días de Guapi

El viaje a Guapi de Carlos y su madre sucedió en un día de mar tranquilo. El niño vio redes y pescadores, también algunas tortugas marinas y, sobre todo se emocionó con unos peces voladores que en algún momento se dejaron ver describiendo un arco alargado sobre la superficie del agua.

Una vez en el caserío, Lucía y su hijo bajaron de la lancha con ayuda de Juan y esperaron a que él entregara todos los encargos que traía, levantara el motor fuera de borda y dejara

amarrada la lancha, para acompañarlos hasta el lugar en donde se hospedarían por las siguientes dos semanas de vacaciones.

El lugar era la casa de un pescador, primo de Juan, llamado Leonel Cortés y su familia: Marina, la esposa, Genaro un chico de unos doce años y Esmeralda, una niña de seis. Todos se pusieron muy contentos al ver a su pariente Juan. Los huéspedes fueron recibidos con sonrisas y conducidos al cuarto que tenían siempre listo por si aparecían personas que necesitaran el servicio. Esos ingresos eran el complemento necesario para sobrellevar todos los gastos de la familia, sobre todo en tiempos de poco pescado, en los cuales disminuían las ventas y el alimento.

Juan se despidió de todos y prometió regresar ocho días después. El día siguiente muy temprano, regresaría a Buenaventura.

Esa misma tarde llegaron vecinas a saludar. Todas sabían que una amiga de Juanito quien había sido profesora en el puerto casi diez años antes, junto con su hijo, habían llegado de vacaciones. Carlitos, al principio muy tímido, fue perdiendo poco a poco todas sus reservas de modo que, dos horas después jugaba en la calle con otros de su edad, bajo la mirada sonriente y destensioanda de Lucía.

─ Mami, mami, viste que todos mis amigos corren mucho… yo también voy a correr más rápido mañana ─dijo Carlos al entrar, con voz entrecortada por la emoción y por todo el esfuerzo realizado.

─ Sí, claro que sí!, ─le dijo la mami mientras chocaba su puño cerrado con el puño cerrado del pequeño, repitiendo el gesto de Solís, gesto que Carlos había sentido y repetía como muy apropiado.

Marina se acercó y con ella su hijita Esmeralda. Esmeralda dijo: ─Carlos no puede correr muy rápido porque es cojo.

Lucía inmediatamente se acercó a la niña para preguntar: ─¿por qué dices que Carlos es cojo?

─porque no puede dar pasos grandes porque una pierna no estira como la otra…

Lucía se acercó a su hijo que estaba sentado en el suelo y le miró las dos piernas. Enseguida se puso de rodillas cerca de él para preguntarle:

─Esmeralda dice que no puedes dar pasos grandes porque una pierna te duele. ¿Cuál pierna?

─ No me duele, pero ésta no estira bien como esta otra. ─dijo Carlos tocando primero la pierna izquierda y luego la derecha.

Marina se puso al lado de Lucía y le dijo después de tocar la pierna izquierda detrás de la rodilla:

─ El niño tiene un nudo debajo de la rodilla. Eso debió ser un golpe malo o una torcida que le hizo encoger un tendón… pero la comadre Aurelia se lo puede sobar y en dos días va a estar bien…

─¿Desde cuándo te pasa esto? ─preguntó Lucía

─ Fue el otro día… no me pude poner esos zapatos y cuando traté de hacerlo con fuerza, se me torció la pierna… me dolió un poco pero no mucho, ─contestó Carlos.

─Bueno. Vamos a buscar una amiga que te la puede arreglar. Descansa por ahora.

Lucía encomendó a Esmeralda que acompañara a su mami y a Carlos en la casa y se fue con Genaro a buscar a la comadre Aurelia.

En la tarde Carlos se quedó quieto con su pierna envuelta en trapos, después de la fricción de Aurelia, experta en masajes y partera de urgencias en el pueblo. Ella volvería al día siguiente y según la situación liberaría los vendajes o los renovaría.

Entre Lucía y Martina construyeron una pelota de trapos viejos. Comenzaron por convertir todos los trapos en tiras delgadas que torcían de a dos. Añadían esos pedazos de cuerda con buenos nudos e iban formando un ovillo, el cual con las variaciones en la dirección del enrollado, se fue convirtiendo en una esfera maciza.

Cuando se acabaron de añadir y enrollar todos los trozos de cuerda fabricados con tiras de trapos, formaban una esfera de casi veinte centímetros de diámetro. Al llegar a ese punto, las mamás cosieron con hilo y aguja todas las partes exteriores de las cuerdas uniéndolas en donde se podía a las que se asomaban por debajo, para evitar que se movieran; luego envolvieron la bola en una pierna de un jean y con tijeras la dejaron apenas con la tela necesaria para convertirla en la cáscara de la pelota. Esta última fase la hicieron con aguja y un hilo más grueso, templando mucho y escondiendo los necesarios dobleces para que no quedaran arrugas en la superficie.

Así quedó terminada la pelota para jugar en grupo, pelota que fue encargada al cuidado de Genaro quien la prestaba según el orden de las solicitudes y la reclamaba cuando se acababa el tiempo establecido.

El juego de pelota fue el motivador de emociones y peleas y grandes satisfacciones entre la gente menuda de Guapi. Las niñas a veces jugaban pero su principal ocupación era gritar los nombres de los amigos para animarlos a correr más y a meter goles.

La semana pasó en un vuelo. La rodilla de Carlos se compuso del todo y el niño aprendió a correr con sus compañeros y a perseguir el balón para patearlo. Fue, sin duda, la mejor semana de todos los cinco años de su vida.

El miércoles Juanito llegó con una carta para Lucía y dulces para Carlos. En la carta el abogado Bermúdez avisaba a Lucía que el siguiente miércoles él mismo iría a Guapi para acompañarlos hasta Tumaco. Que avisara que terminaban las vacaciones. Solo eso. Posiblemente podrían regresar en unos meses.

Lucía preguntó a Juan al respecto y él le dijo que el personaje que temían había organizado una búsqueda de los prófugos y que lo mejor era salir cuanto antes del país. En Buenaventura no se habían detectado espías, pero en cualquier momento llegarían. Que en el siguiente viaje, el jueves, él los llevaría hasta Tumaco y allá les buscaría transporte terrestre a Ecuador. El abogado quería acompañarlos para aparentar un viaje familiar.

Juan le hizo entrega del pasaporte de Carlitos. Ella lo puso cuidadosamente al lado del suyo, en el bolsillo interior de su bolsa y se despidieron.

Durante la semana, Lucía anunció que se terminaban sus vacaciones y que tendrían que regresar con Juanito el jueves siguiente. Marina y todas las vecinas amigas manifestaron su gran pesar. Lucía les prometió regresar en algún momento futuro, en cuanto ella y su niño pudieran viajar de nuevo. Ahora les tocaba regresar al interior para continuar con la vida de siempre que consistía en su trabajo de maestra y el preescolar para Carlitos, además de atender al papá, quien regresaba también de un viaje de negocios.

Los niños aprovecharon los días al máximo. Jugaban incansablemente a la pelota y se bañaban en el río cuando la marea estaba tranquila y las madres se turnaban para cuidarlos.

El viaje a Tumaco

El miércoles siguiente poco después de mediodía, el abogado llegó a Guapi con Juanito. Lucía tenía todo listo por si el viaje a Tumaco era esa misma tarde. Juanito dijo que mejor al otro día muy madrugados para tener buena marea a la llegada. Esa noche el abogado dormiría en la misma pensión en donde se hospedaba Juanito y todos estarían saliendo antes del amanecer.

Mientras miraban a los niños jugar con su pelota de trapos que continuaba con vida, Bermúdez habló con Lucía para ponerla al tanto de lo visto y escuchado. Comenzó por el final. Su viaje a Tunja y la decisión que lo hizo desistir de conocer a Raúl.

─ A mi hermano puedes contarle todo, cuando Oscar esté fuera de cualquier posibilidad de actuar por su cuenta en contra nuestra.

─ Perfecto, contestó Darío. Quiero utilizar el poder que me firmaste para presentarme como tu abogado y solicitar la anulación de tu matrimonio por problemas mentales de Oscar, existentes con anterioridad. Se puede demorar más o menos, pero sin duda saldrá positivo y te liberará absolutamente de toda dependencia de él. ¿Qué piensas al respecto?

─ Es buena la idea. En cuanto Oscar aparezca y tengamos una certificación psiquiátrica confirmando el hecho, pues hazlo ─respondió Lucía. Luego añadió:

— Antes de que Oscar aparezca, mejor que nadie se entere de que tú me conoces y sabes en dónde estoy. Me da miedo.

— Descuida que no diré una palabra. Pero estaré muy pendiente de lo que se vaya poniendo de manifiesto y te lo haré saber.

Lucía pensó un poco y luego expresó lentamente su propuesta:

— A propósito, solo por precaución, creo que respecto de asuntos graves o muy urgentes podemos comunicarnos por escrito cambiando nuestros nombres y personajes. Tu serás Dalia Bermúdez y yo seré Andrés Bermúdez y así nos comunicaremos en cortas misivas las cuestiones que consideremos de gran importancia. En cuanto a lo ordinario, mejor evitar. Eso lo repetirán los periódicos o los chismes de los bogas…

Llegó la hora de retirarse y, habiendo quedado de acuerdo en llegar minutos antes de las cinco de la mañana al muelle, cada uno por su lado buscó cena y se fue a dormir.

Lucía se despidió de todas las amigas de esos días, repartió entre los niños unos bombones que el abogado había llevado para eso, acostó a Carlitos con la promesa de levantarlo de noche para hacer otro viaje por el mar. El niño se emocionó con la perspectiva y, cansado como estaba, se durmió enseguida.

Antes de dormirse, Lucía pensó que si el parto estuviera muy próximo, ella se quedaría ahí para esperar a su bebé. Le había sorprendido la habilidad y seriedad de la comadre Aurelia al curar la rodilla del niño y aceptaría confiadamente que ella como partera, ayudara a nacer a su segundo hijo. Lo malo eran los meses que faltaban para tal evento, a lo largo de los cuales era fácil que se filtraran informaciones que llevaran a los

aliados de Oscar a descubrirlos. En ese caso, su situación empeoraría terriblemente.

Así fue como a las cinco y cuarto de la madrugada, los viajeros salieron por mar, rumbo a Tumaco. La marea comenzaba a subir y les daría tiempo para llegar en buen momento y desembarcar.

A las doce del día, estuvieron en Tumaco. Desembarcaron en el muelle aparentando ser una familia que iba a pasar unos días en ese puerto y que deseaba conocer el municipio ecuatoriano más cercano. Juan los acompañó hasta una plaza en la cual él mismo buscó un contacto conocido quien les conseguiría un carro expreso que los llevaría en dos horas hasta la frontera. Allá encontrarían, una vez que sus pasaportes fueran aceptados y sellados, otro transporte que en menos de media hora los dejaría en el centro de San Lorenzo, Ecuador.

El abogado Bermúdez no tuvo ningún inconveniente al presentar los tres pasaportes y en todos les fue puesto un sello con una visa de tres meses como turistas.

San Lorenzo era una localidad urbana con relativamente buenos desarrollos en materia de construcciones. Una escuela amplia y bien presentada, un Hospital y la Iglesia eran los edificios públicos que se destacaban por su buena apariencia y conservación al menos en lo externo. El chofer los condujo al Hotel San Lorenzo y allí tomaron un cuarto por una noche.

En ese hotel Darío y Lucía se pusieron de acuerdo en lo que dirían a quienes preguntaran: El abogado venía a dejar a su esposa con su hijo mientras él iba por razones de trabajo hasta Quito, de donde volvería en un par de semanas. Ellos,

mientras tanto se hospedarían en una casa de campo de unos amigos, en donde los esperaban.

La casa de campo pertenecía a una pareja conocida por Juan. El dueño era un colombiano de Buenaventura y la esposa ecuatoriana de San Lorenzo cuyos padres, muertos hacía más de cinco años, le habían dejado esa casita como herencia. Los dueños vivían en Cali y alquilaban su casa de campo por vacaciones. Juan había hablado de unas cinco o seis semanas…

En el vecino país

Al comienzo, la vida en San Lorenzo, no tuvo para Carlos el atractivo de la vida en Guapi, tan cercana a las casas de otros niños y con la calle como patio de juegos. En San Lorenzo, la casa en donde se quedaban estaba un poco apartada de las viviendas más cercanas, aunque no era propiamente un campo separado, pero no había muchos niños a mano. Lo que sí estaba más próximo era la playa, extensa playa en donde se podía jugar en las horas de marea baja como si fuera en un enorme patio de arena.

El abogado se devolvió después de dejarlos instalados y no fue a Quito sino a Buenaventura hacia donde se dirigió, porque allá era el mejor lugar para tener conocimiento de las acciones y movimientos de quienes buscaban a sus protegidos.

Lucía comenzó por volver al hotel de la primera noche para conversar con la encargada con quien había hablado de realizar alguna caminata.

Carmen, la señora a cargo del hotel resultó ser una persona muy conversadora y muy bien relacionada con toda la gente de San Lorenzo. Ella le explicó hacia dónde iban los caminos y

cuáles poblaciones estaban sobre la carretera que los unía con Quito, la capital del país.

En particular, Carmen quiso relacionar a Lucía como maestra colombiana que estaba de visita, con Julia, la maestra de la Escuela Primaria de San Lorenzo quien era amiga de Carmen desde que ambas eran niñas.

Julia invitó a Lucía a su escuela y le dijo que podía llevar a Carlitos al preescolar, que el año estaba terminando y los pequeños la pasaban jugando la mayor parte del tiempo. Fue una oportunidad encantadora para ambos. Desde el siguiente día, Carlos Andrés Bermúdez Torres se convirtió en un escolar atento y aplicado en la escuela de San Lorenzo y, sin ningún esfuerzo extra, se identificó con su nombre completo y aprendió a presentarse con él, además de hacer amigos de su misma edad y correr y jugar en equipos de pelota, sin cansarse.

Lucía se hizo entonces el proyecto de permanecer en San Lorenzo hasta el final del año escolar que sucedería el último viernes de julio, para salir de ahí en plan de vacaciones hacia el interior del país, aprovechando el movimiento general de los vacacionistas.

Ella se propuso construir poco a poco el esquema preciso, detallando las fechas, los pueblos y las actividades posibles, hasta llegar quizás a Bolivia o a Paraguay, países que en los mapas le parecían más cercanos y accesibles que los grandes del Sur, a la vez que significativamente más retirados de Colombia que el amable Ecuador. Pensó que en uno de esos países podría obtener un permiso para permanecer un tiempo más largo, durante el cual prepararía lo necesario y enfrentaría el nacimiento del bebé.

Quito estaba demasiado cerca de Colombia y pintaba como un objetivo muy posible para sus perseguidores. Por eso quería avanzar más hacia el Sur antes de tener que hacerlo con un bebé en brazos.

En la escuela de San Lorenzo, Lucía obtuvo permiso de visitar libremente la biblioteca y la colección de mapas. Con los padres de los niños conversaba periódicamente sobre los recorridos, sus puntos especiales, sus dificultades y les pedía consejo porque quería aprovechar al máximo ese viaje para conocer el país.

Hacia la mitad de julio tenía el plan completo. Entonces escribió al abogado la siguiente misiva.

Mi querida Dalia. El viaje de vacaciones con dirección sur se iniciará el último día de julio. Abrazos. Andrés.

En la última semana de trabajo escolar Lucía quiso hacer un taller de construcción de estrellas con los niños que quisieran y también con sus maestras, mamás y otras personas que lo desearan. La idea era que cuando llegara la época navideña, ellos pudieran adornar los lugares con festones de estrellas de diferentes estilos. Fue un ejercicio muy divertido e interesante y se utilizaron materiales existentes en las alacenas de la escuela desde años anteriores. Todos quedaron entusiasmados con su nueva habilidad.

Para el día treinta, Lucía tenía reservados sus boletos para iniciar el viaje. El primer día irían desde San Lorenzo hasta Quito. Supo por los informes de choferes y de pasajeros que ese trayecto se tomaba unas seis horas. Todos pensaron que ella no pasaría de Quito y que de ahí seguramente buscaría entrar a Colombia por la carretera internacional. Ella no hizo

nada para disuadirlos. Le convenía que ninguno sospechara el gran periplo que se proponía recorrer.

En estos preparativos llegó el momento de abrir el paquete de sus dólares para fraccionarlo de acuerdo con los recorridos propuestos y organizarlo en el orden de las etapas anotadas.

En materia de ropa llevaba mudas mejores para ambos en Quito, y una muda vieja y gastada de cada uno, junto con los mismos abrigos de Bogotá para los viajes.

Según sus cuentas, el viaje total hasta entrar a Bolivia le tomaría entre tres semanas y un mes.

Pocos días antes de salir llegó una carta para Andrés:

En adelante, escribe por favor a la casa de Solís. Hay fuerte presión de extraños que buscan a una pareja desaparecida. Les hemos dado indicaciones para su búsqueda en Docordó y Cabecera por el lado del San Juan y Puerto Merizalde y San Francisco por el Naya… pero vuelven y vuelven. Escribe aunque yo no pueda contestarte. Me importa muchísimo saber de ti. Cuídate mucho. Abrazos. Dalia

Lucía se sintió acompañada por su amigo que se esforzaba en despistar a sus perseguidores y confiaba plenamente en que todo llegaría a un buen final. En su mente y su corazón se agarró a esa certeza. Quiso hablar al Padre Dios en compañía de Carlos. Él lo tomó muy en serio, repitió las peticiones de la mami y se sintió como el hombre responsable de una gran aventura. El tiempo de vida sin temores, el clima y el ejercicio en Guapi y en San Lorenzo lo habían fortalecido mucho. Tenía cinco años pero parecía como de siete y comprendía en parte lo que él y su mami estaban haciendo. Supo por intuición que de eso no debía hablar con nadie aparte de ella y estaba muy

resuelto a viajar mucho, aunque se cansara, con tal de que ella estuviera feliz.

****

PARTE II

Primera etapa de un viaje largo

Después de muchas despedidas y abrazos y promesas de volver, los viajeros salieron de San Lorenzo en un bus de los llamados ′de escalera′ porque no tienen ni puertas ni ventanas sino que se entra directamente a los puestos al subir dos o tres peldaños y los equipajes se acomodan sobre el techo, atados con cuerdas de toda clase y colorido.

Lucía estaba contenta de comenzar su proyecto y de tener más o menos bien calculado el costo y en su poder el dinero necesario para llevarlo a cabo midiendo los centavos pero alimentándose correctamente y durmiendo en lugares confiables.

Ese primer viaje fue muy variado. Salir de la selva para emprender la subida de la cordillera de los Andes hasta llegar a Quito, ciudad colonial y bien conservada. Lucía le explicaba a Carlitos el tema de las montañas y de la variación de las plantas y del clima según la altura. El viaje no fue muy largo y los dos se bajaron tranquilos y sin tensiones a la llegada.

Por la mente de Lucía pasaban olas de nostalgia por ese Pacífico Colombiano tan amado que quién sabe si volvería a ver. Ella las apartaba pensando en la construcción de su familia que le tomaría todas sus capacidades y energías y sacudiéndose, se ubicaba en el momento concreto: Buscar un hotelito, comer y dormir bien y caminar mucho durante el día siguiente para conocer la ciudad y grabar las cosas más importantes en la memoria de su hijo.

Cuando, a las ocho de la noche el niño se durmió, ella se sentó a escribir a Dalia.

Queridísima Dalia,

Ya estamos en Quito. Fue un viaje de seis horas muy llevadero.

Con mi amigo Carlos hemos tenido buenos ratos de observación de la naturaleza. Él asume una posición de hombre fuerte y verlo me ayuda a superar tu ausencia. Cómo quisiera que estuvieras aquí para recorrer juntos esta ciudad… Bueno, no pierdo la esperanza de lograrlo en algún punto del globo, algún día no demasiado lejano.

Mañana estaremos aquí y pasado mañana recorreremos el tramo Quito-Cuenca. De allá te escribiré. Te mando un gran abrazo. Andrés

Las dificultades y la prudencia

El abogado Bermúdez, a su regreso de San Lorenzo encontró que nada extraño había sucedido en Buenaventura, ni personas en plan de búsqueda de fugitivos habían sido detectadas.

Revisando los diarios y las noticias, el asunto del señor citado por la Comisaría de Familia continuaba en silencio.

Fue Juanito el primero en ser interrogado en Pueblo Nuevo por un extraño, sobre los destinos de los viajes de las lanchas que salían de ahí.

─ Estas lanchas, en su mayoría son de personas que viven en la orilla de los esteros y de los ríos y que vienen con sus productos y su pescado a venderlos y a comprar lo que necesitan para sus familias ─contestó Juan

─ Es que buscamos a una señora que fue profesora aquí y a quien de vez en cuando le falla la cabeza y desaparece de su

casa. Su esposo teme que se ponga en peligro y él piensa que aquí en Buenaventura puede estar escondida ─dijo el hombre.

─ Y, ¿cómo se llama esa profesora? ─preguntó Juan

─ Sonia Mejía ─dijo el buscador

─ Pues … me parece recordar ese nombre… pero no que una profesora estuviera mal de la cabeza ─replicó Juan pausadamente

─ Bueno, yo no sé sino lo que me dijeron. Yo no la conozco ─dijo el desconocido

─ Y usted, ¿qué piensa hacer?, ¿Irse en una lancha?… ¿hacia dónde? ─Preguntó Juan

─ Yo quiero contratar a alguien que la busque. Es muy buena la recompensa ofrecida ─dijo el hombre

─ Pero si no la encuentra, quién paga el costo del viaje y el trabajo?, preguntó Juan de nuevo

─ Pues de eso se trata, de que muchos busquen a la profesora y compitan por la recompensa… ─aclaró el tipo.

─ Pues, hable usted con los dueños de las lanchas a ver si consigue esos muchos que se van a poner a buscar a la profesora. ─dijo Juan haciendo un gesto indicando hacia las lanchas y sus bogas. Enseguida se retiró.

Esa noche hablaron Juan, Solís y el abogado Bermúdez.

Si aparecen muchos como el de hoy y quieren conquistarse a los bogas, pues podríamos informarles acerca de los lugares que la profesora visitaba en esos tiempos: sugerirles Cabecera, Docordó, Puerto Merizalde, San Francisco del Naya, Punta Soldado, Juanchaco y Bahía de Málaga… , además de los

pueblos cercanos sobre la carretera del Calima. Esos sitios le gustaban mucho a ella, expuso Solís.

─ Es una buena lista. Y es verdad que a ella le gustaban esos metederos, además de los barrios de la marea. Los bogas verán si se meten en esos vericuetos sin pago asegurado ─terminó Juanito. Y en eso quedaron.

El abogado les dijo que a él no lo nombraran. Él ni siquiera vivía en el Puerto en esos tiempos. Y estaba pensando irse a Cali unos quince días, para evitar toda relación con ese asunto. Les recordó de su compromiso con el nombre y el registro del niño… y, claro no habría mucho que explicar si llegaban a descubrirlo. Pero les sugirió que acudieran al abogado Nieto para pedirle consejo en relación con los espías… , el viejo abogado que sí conoció a la profesora.

─ Es un viejo sabio. Nadie le mete el dedo en la boca ─terminó diciendo Bermúdez.

Juanito salió y el abogado le dijo a Solís:

─ si te llegan cartas dirigidas a Dalia Bermúdez, de parte de Andrés Bermúdez, guárdamelas como un tesoro. No las dejes ver de nadie. Son los informes de la profesora, escritos en una clave que ella inventó. Dalia, soy yo. Ella es Andrés. No te rías. Le voy a pedir que en adelante las envíe a tu dirección.

Solís agradeció la confianza y prometió estar muy pendiente de la llegada del cartero.

Segunda etapa del viaje

Lucía eligió viajar directamente a Huaquillas, cercana a la frontera con Perú, sin dar la vuelta por Guayaquil aunque le

habría dado la oportunidad de asomarse nuevamente, con calma, al Pacífico, pero al fin lo más importante era hacer crecer la distancia entre ella y sus perseguidores, tan rápidamente como le fuera posible.

En diez horas, con varias paradas, se cubrió esa distancia y el par repitieron sus rutinas. Buscar hotel, bañarse, lavar la ropa, comer y dormir. Escribir la carta era siempre el último paso de Lucía antes de irse a la cama.

Esa noche escribió:

Dalia querida,

hoy hemos pasado nuestro último día en Ecuador. Mañana será el paso de la frontera con Perú. Según he escuchado, lo mejor es demorarse lo menos posible en ese país porque toca cambiar cinco dólares diarios por persona, al precio del gobierno, que es el más bajo. Si se cambian dólares para tres días y se permanece cuatro días, hay que pagar una multa desmesurada para poder salir. Así que haremos esos viajes en el mínimo que son tres días, pero cambiaré dólares para cuatro por si acaso. Hay transportes que viajan día y noche. Por eso te escribiré solamente cuando estemos en Bolivia, dentro de unos cuatro o cinco días. Sigo poniendo mi esperanza en que pronto podré ver el atardecer en tu compañía. Todo va bien. Hoy me pateó un chiquitico.

Saludos de mi amigo Carlos. Un abrazo, Andrés.

El abogado en Cali

Cuando Darío Bermúdez preparaba su maleta para viajar a Cali, lo sorprendió Solís para contarle que había una reunión de bogas interesados en la búsqueda de la profesora, junto con

cuatro o cinco personajes de los que iban llegando. Que el doctor Nieto había llamado a Bogotá a la Comisaría de Familia para informar del asunto y que de allá, al día siguiente enviarían dos investigadores.

Bermúdez le dijo a Solís que tranquilo, que hiciera lo que Nieto indicara y que colaboraran con los que iban a llegar oficialmente, pero siempre bajo la dirección de Nieto. Bermúdez repitió que él por su parte, con mayor razón, debía alejarse del barullo. Cuando iba saliendo, Solís le entregó una carta que había llegado la víspera.

Después de leerla, Darío dijo en voz baja:

─ Ella sabe que está en peligro. Ya va viajando al Sur por tierra ecuatoriana. Esto solo para nosotros tres: Juan, tú y yo. Yo estoy preocupado por los recursos que ella pueda tener, pero, al menos está suficientemente lejos como para que algún buscador de estos la encuentre.

─ No te preocupes. Ella es más lista que todos esos cazadores de recompensas juntos ─respondió Solís riendo.

Se despidieron y después de pedir a su amigo que reenviara al hotel acostumbrado en Cali, cada carta que llegara, metiéndola en un sobre con su nombre real, Bermúdez salió para el terminal.

En Cali, Bermúdez se abstuvo de pasearse por los sitios acostumbrados en los cuales sin duda sus colegas le harían preguntas sin cuento sobre la persecución de los fugitivos.

Nieto viajó dos días después a Cali para buscar refuerzos cercanos porque eso le olía a negocios raros… , ¿quién era ese fulano que de tal forma desafiaba una orden de presentarse en la Comisaría de Familia? Y, ¿de dónde provenía todo el dinero necesario?…

Él recordaba a la profesora Mejía como una joven inteligente y buena maestra. Conscientemente admiraba y apoyaba el arte con el cual ella y su hijo habían desaparecido sin dejar huellas, aunque se abstenía totalmente de hacer comentarios al respecto. Regresó a Buenaventura en el mismo día, sin enterarse del viaje de Bermúdez.

Sucedió que, en una reunión de los buscadores de recompensas con los bogas que diariamente hacían el viaje a la Bocana, uno de éstos dijo que hacía un tiempo, un joven desde la playa llamaba una y otra vez "¡maestra Sonia!", mirando hacia su lancha que estaba en el momento de salir, pero el ruido era mucho y nadie respondió a ese llamado. El boga no sabía cuál era esa maestra, de modo que no le dio importancia.

Muchas pesquisas hicieron los espías para determinar la fecha de tal viaje, el lugar de permanencia de la maestra Sonia en la Bocana y el asunto de un niño que sin duda había ido con ella, pero las respuestas fueron vagas y contradictorias.

Alguno dijo que sí, que la conocía y que esa señora vivía en una casa de la marea desde hacía como un mes.

La búsqueda por ese lado fue todo un espectáculo: un niño se ofreció a llevarlos por los puentes y, de cuatro espías que comenzaron, dos cayeron al agua, uno se devolvió y solamente uno logró llegar al sitio y entrevistar a una maestra Sonia, negra, que tenía un hijito también negro, como de seis años. Lo curioso fue que el hombre regresó para pedir una lancha, seguro de que esa joven era la que ellos buscaban, porque nadie les había informado sobre el color de la piel de los fugitivos. Las risas de los infaltables mirones fueron bastante concluyentes, Nieto, cuando lo supo solo comentó:

— Pues el niño y todos los vecinos tenían razón, ¿por qué iban a imaginar que una maestra negra no servía lo mismo que una blanca … a la hora de cobrar una recompensa?

Los refuerzos enviados desde Bogotá y Cali llegaron pronto a la conclusión de que la maestra no estaba en Buenaventura ni en sus alrededores, pero que el patrón de los espías debía conducirlos al supuesto esposo abandonado. Se volvieron a sus lugares todos ellos menos dos, quienes de común acuerdo se quedaron para continuar en buena amistad con los del propio puerto y sus cercanías y acompañarlos en los viajes a las localidades sugeridas, mientras desarrollaban un plan para dar con la clave.

Así iba la cosa cuando Bermúdez recibió una carta de Andrés acompañada por una de Solís que le informaba sobre los hechos y sobre lo que Nieto había dejado entender: resumiendo, él podría asegurar que en poco tiempo los investigadores oficiales tendrían un capo a tiro. Así las cosas, el abogado Nieto les informó que de su parte dejaría todo el asunto a las autoridades judiciales y les aconsejaba que hicieran lo mismo y olvidaran a la maestra. Ella estaría mejor si nadie la encontraba.

La carta de Lucía tenía tres días de haber sido enviada desde la frontera con el Perú cerca de Huaquillas. De manera que la siguiente tardaría unos seis días. Bermúdez releía las tres palabritas relacionadas con la esperanza de su amiga… y quería dar algún paso que les permitiera cumplir esa esperanza.

Pensó en hablar con Nieto, pero se abstuvo. Aunque el marido abandonado quedara preso de por vida, su espíritu vengativo no descansaría en cuanto tuviera alguna noticia. De forma que tal vez lo mejor sería que Lucía cambiara de nacionalidad y de

nombre…, también pensó en hablar con el hermano de Lucía para contarle la verdad. Eso sería establecer una amistad que los podría beneficiar a ambos y que no atraería enemigos por esos lados boyacenses.

Así que escribió una nota a Solís informándole que salía para Bogotá en avión y esperaría allá algún indicio de la marcha final del adolorido y preocupado padre. Cuando regresara a Cali le escribiría de nuevo. Recomendó seguir las indicaciones de Nieto y mandó saludos para Juan.

Del aeropuerto El Dorado, Bermúdez fue directamente a contratar un taxi que lo llevara a Tunja a la dirección de Raúl. El taxi lo dejó en la puerta de la oficina de Gestor de Tránsito.

─ A la orden! ─dijo Raúl acercándose al recién llegado.

─ Buenos días señor Mejía ─respondió el abogado. Enseguida mirando que no había otras personas presentes le dijo:

─ Deseo hablarle en privado porque no soy completamente dueño de toda la información pero pienso que mi deber es comunicarla a usted … ─bajando mucho la voz dijo:

─ Sé con toda certeza en dónde se encuentra su hermana. Ella está bien, muy lejos de aquí. Tengo pruebas, pero esto no puede hacerse público porque quienes la persiguen no descansarán hasta eliminarla. Por eso vengo directamente desde Cali.

─ ¡Uf!, qué noticia. ¿Desea que hablemos en otro lugar o que lo hagamos a puerta cerrada? ─preguntó Raúl.

─ De todos los métodos el más sencillo es conversar mientras caminamos por un parque o por el campo ─ , dijo Darío.

─ Perfecto. Cerremos y dejo un aviso de que regresaré después de las cuatro ─contestó Raúl

Ya andando, el abogado se presentó, expuso a Raúl el total de los hechos acaecidos hasta el momento, y como disculpa personal, agregó la advertencia que le había hecho Lucía de no decirle nada antes de que el marido fuera puesto bajo custodia psiquiátrica o judicial. Eso estaba a punto de suceder y él prefería estar lejos cuando se diera el hecho, que sin duda tendría lugar alrededor del Puerto de Buenaventura.

Bermúdez imaginaba que el tal Oscar era un capo mafioso ligado con asuntos ilegales en el puerto y de ahí su afán de casarse con una señorita absolutamente ajena a tráficos sospechosos, a quien él presentaría como su esposa, persona conocida y respetada, cuyo nombre le abriría paso hacia las cúpulas no criminales existentes en ese medio del transporte marítimo internacional. Él no lo aseguraba, pero una cosa como ésa estaba en el fondo del tremendo operativo organizado con espías para encontrarla.

Finalmente, le comunicó su propio temor de que los sobrinos de la fugitiva fueran objeto de alguna forma de venganza, por eso quiso venir a Tunja para cerciorarse de que eso no se veía como evento posible o cercano.

Finalmente le enseñó una a una las cortas cartas de Lucía y terminó confesándole que lo tenía obsesionado ponerla completamente a salvo, junto con sus hijos.

— Bueno, abogado Bermúdez. Si usted estuviera en mi lugar, ¿qué haría? —preguntó Raúl

— Yo, me iría detrás de ella. La familia es el gran valor que tenemos en esta vida. Y esta familia son ustedes y sus hijos… y yo… , si ella acepta. De todos modos, soy el padre de sus hijos, si nos atenemos a los papeles legales. Pero nunca faltaré al compromiso sagrado de velar por esos niños, el

segundo de los cuales ya patea, como dice ella en su última carta.

─ Voy a estar muy pendiente otra vez. Cualquier dato que vea que pueda involucrarnos lo detectaré enseguida y se lo comunicaré ─dijo Raúl.

Con este acuerdo se despidieron. Raúl le comentó que por prudencia había tomado un buzón en el correo y le dio el número. Era una dirección mucho más confiable para las cartas. Le pidió que se la diera a su hermana para que le escribiera, claro que con su nuevo nombre y sin entrar en datos peligrosos.

─ Le informaré por mi parte lo que pueda saber de interés y quizás algunas alternativas para el futuro inmediato… ─contestó el abogado.

Esa misma tarde Darío Bermúdez regresó a Bogotá. Buscó un hotel central y se encerró a leer todas las publicaciones de la rama judicial y las noticias referidas a mafias en el Occidente del país, tres de las cuales mencionaban el Puerto de Buenaventura y próximas cargas de mercancías que se esperaban en él con ansiedad y temor debido al alboroto ocasionado por la presencia de investigadores del gobierno, involucrados en la búsqueda de la maestra y su hijo.

En la mañana, voló a Cali para reflexionar y esperar…

Lo primero que encontró fue una carta de Solís y la última de Andrés en un mismo sobre.

Solís se divertía con los fiascos de los espías en sus recorridos por los barrios de la marea y los pueblos cercanos. Él se encontraba completamente al margen y veía que la profe estaba más allá de lo que pudieran imaginar todos esos buscadores .

La carta de Andrés decía:

Queridísima Dalia,

Ésta es la última que te escribo porque la profe Lucía quiere hacerlo ella misma y me parece lo más correcto.

Solamente te cuento que el viaje hasta la Paz, fue un interminable recorrido. Dos tramos de veinticuatro horas bordeando el Pacífico, con un día intermedio en Lima. El pequeño está cansado y encogido y el más pequeño está alegre y se mueve mucho, por eso vamos a pasar un par de días de descanso antes de seguir.

Esta es una ciudad muy a mi gusto. Las casas de los barrios populares son de colores: amarillas, rojas, azules, verdes, lilas, todo se ve alegre. El paso de la frontera no tuvo contratiempos. Nos dieron tres meses que podemos alargar con un permiso oportuno, si lo deseamos. Por lo demás, esperaré al próximo lunes para acercarnos a las oficinas gubernamentales y ver las posibilidades de una estadía más larga. Eso te lo contará Lucía en una muy próxima. Estamos en un hotel familiar y agradable. Ahora vamos a descansar bien estirados. Es un alivio no tener presiones de llegar a tiempo a ninguna parte y poder dormir sin ansiedad por excesivas preocupaciones en un viaje largo.

Recibe mi abrazo y de nuevo te digo que quiero que pronto estés con nosotros. La vida nos conceda el cumplimiento de esta solicitud.

Un abrazo,

Andrés.

Darío suspiró y sonrió ampliamente. Si Lucía no sentía ningún peligro, era que no existía peligro. La imaginó en La Paz y deseó con toda su alma llegar allá.

Entonces decidió comenzar por averiguar sobre tiquetes de avión a La Paz y a Asunción que era la ciudad capital siguiente, para hacerse un presupuesto de un viaje de al menos cuatro o cinco meses… que bien podrían convertirse en años. Sin más, después de un duchazo y cambio de ropa, ordenó sus pertenencias que habían caído sobre la cama al vaciar el maletín del viaje, tomó su billetera, su estilógrafo y una libreta y salió hacia el centro.

Recorrió todas las agencias de viajes, anotó horarios y precios, habló de regresar en los días siguientes para hacer una reservación y se fue al banco para efecto de calcular los costos y las posibilidades, sin dejar conocer sus intenciones reales. Mostrando siempre su proyecto como un viaje de negocios para ampliar la cobertura de los productos que su empresa, por el momento vendía solamente en Colombia y Panamá.

Como lo presumía, el día siguiente llegó la carta de Solís. El sobre que venía adentro iba dirigido a él con su nombre y traía como remitente Lucía Torres, Hotel Familiar 'Los Cerezos', La Paz. Bolivia.

Mi queridísimo Darío,

Me siento muy feliz de poderte escribir sin camuflajes. Creo que fueron buenos medios aunque demasiado pocos. Te cuento que la entrada a Bolivia me dio ella sola, la sensación de entrar en un lugar protegido de todos los fantasmas y temores.

Hoy estuve en la Oficina de Relaciones Exteriores para preguntar sobre políticas de concesión de asilo a personas como yo.

El funcionario muy amable, me extendió unos formularios largos y tediosos que yo me comprometí a llevar en unos días completamente contestados. Cuando le agradecí, mientras los metía con cuidado en mi bolsa, él me dijo en voz baja, como dándome un consejo:

"¿Por qué no va hasta Asunción en Paraguay?, allá los colombianos honestos son recibidos siempre con los brazos abiertos, se pueden quedar el tiempo que quieran, pueden entrar a trabajar y si lo desean les conceden la ciudadanía. Yo le aconsejo que primero haga ese viaje y después, si sigue prefiriendo Bolivia, llena esos formularios y me los trae. Yo se los recibiré sin ninguna objeción".

¿Podrías tú Darío querido, encontrar en alguna parte la razón legal de esa actitud de los paraguayos hacia nosotros?, porque para mí, eso sería muy muy bueno por los próximos seis o siete años, como mínimo.

Por la siguiente semana me quedaré aquí, haciendo paseos cercanos con Carlos Andrés hasta recibir una carta tuya que me diga lo que piensas al respecto. Así nos recuperaremos para un nuevo viaje no tan largo. De aquí a Asunción son dos jornadas de once horas cada una por unos terrenos mucho más amables que el desierto bordeando el Pacífico.

En cuanto a mí, no me queda duda de que deseo que estés conmigo. No quiero obligarte a nada, salvo a que sigas siendo mi amigo y mi hermano.

A propósito de mi hermano, búscalo y cuéntale toda la historia. Él es bueno y generoso y se sentirá contento de saber

que su hermana está viva y que pronto tendrá un segundo hijo. Puedes contarle que tú eres el padre putativo de mis dos hijos.

Y tú.. ¿Qué piensas de todo esto? Y de nuestra relación de hoy, proyectada al futuro?

Te mando un abrazo inmenso y quiero que escuches la silenciosa voz con la cual te llamo muchas, muchas veces, sobre todo frente a la belleza que periódicamente nos envuelve.

Espero tu carta para entrar de nuevo en acción. Mis recursos económicos resisten aún. No te preocupes por eso. Las Matemáticas me han servido bien en el asunto de llevar cuentas.

Escríbeme a: Lucía Torres. 'Hotel familiar Los Cerezos'. La Paz. Bolivia, como va en el sobre.

Un beso de tus hijos y uno pequeñito con mucho amor, de mi parte.

Lucía.

……

─ Ah!, me voy de una vez! ─ dijo Darío en voz alta mientras doblaba la carta y la volvía a su sobre.

Salió enseguida y fue a la agencia de los pasajes que le habían parecido más apropiados, e hizo una reservación para el jueves siguiente: El avión, procedente de Bogotá, saldría a las ocho de la mañana de Cali y estaría aterrizando en La Paz, después de dos escalas, una en Quito y la otra en Lima, a las cuatro cuarenta de la tarde.

Buscó una oficina de telégrafo y puso un telegrama a Lucía:

Jueves 15 aterrizaré 4:40 pm en La Paz. Besos. Bermúdez.

Volvió a la agencia por su tiquete, lo pagó y regresó al hotel. Entonces escribió a Solís informándole que tardaría un poco más en regresar. Que pronto le escribiría más largo.

Después escribió a Raúl Mejía y le contó todo lo del viaje y su proyecto de acompañar a Lucía en todas las diligencias del parto, como mínimo, hasta que el bebé tuviera unos tres meses. Le prometió que escribiría informándole de las decisiones de lugares y de trabajos. A ese respecto solamente le dijo que saldrían juntos de la Paz para hacer un recorrido y elegir. Al final añadió la dirección actual de Lucía diciéndole que en una semana quizás la habrían cambiado, pero que si escribía inmediatamente, seguro su carta alcanzaría a llegar antes de que ellos salieran de viaje.

Tejer, unir, remendar la vida…

El abogado Nieto, aunque al margen de todo el barullo generado por las acciones y la ansiedad de los buscadores de la maestra fugitiva, no había abandonado el hilo de sus observaciones al respecto:

Lo primero fue concluir que Bermúdez sabía todo y que muy seguramente estaría trabajando para ayudar a Lucía sin intervenir públicamente en el asunto. Lo segundo, decidir acercarse al asunto legal cuanto le fuera posible para ayudar a la maestra o a su familia, sobre todo si llegara a existir algún riesgo de que el ofendido neurótico optara por cobrar sus frustraciones en víctimas inocentes.

El abogado Nieto había lamentado mucho los desaires de su hija hacia Darío Bermúdez su joven colega, desaires que

llevaron ese posible enlace a un rotundo fracaso y a cierto alejamiento entre ellos. Aunque en lo personal sus relaciones de amistad no habían sido tocadas, en la práctica sus encuentros se habían reducido a las reuniones fijas del gremio.

Después de hablar con Solís sobre su abandono del tema, Nieto viajó a Cali. Las ayudas de los colegas no faltaron. Supo que Bermúdez había estado en el comienzo de los problemas, averiguando sobre la citación de Medina ante la Comisaría de Familia en Bogotá y supo que el citado no había aparecido aún. También supo de la existencia de un único hermano de la profesora Lucía de quien obtuvo el nombre, el número del teléfono y el de un buzón de correo en Tunja.

Esa misma tarde llamó desde una cabina telefónica:

— ¿Hablo con el señor Raúl Mejía? —preguntó Nieto cuando contestaron del otro lado.

— Un momento por favor… —y escuchó la voz del señor Mejía que decía a quien lo llamaba que dijera que por favor esperara solamente mientras se lavaba las manos… o algo así, pero enseguida estuvo al habla

— Buenos días señor Mejía —saludó Nieto. Enseguida añadió:

— Soy el abogado Nieto y le hablo desde Cali. Quiero decirle que he estado al frente del trabajo de controlar las acciones de espionaje que han venido apareciendo en Buenaventura, pagadas por su cuñado y dirigidas a encontrar a su hermana y su hijito, acciones que no son amables ni prometedoras de nada bueno. Lo bueno es que han fracasado pero me han llegado rumores de que las retaliaciones se las harán sentir a la fugitiva a través de sus seres queridos. Por eso lo llamo. Creo que hoy mismo usted debe salir con todos los suyos de su casa, dejarla cerrada y recomendada a la policía e irse a un

hotel o a otro pueblo… o tomar un bus y venirse a Buenaventura. Aquí nosotros los ubicaremos. Mi colega Bermúdez debe estar cerca de su hermana, eso lo imagino yo y por ella estoy tranquilo. Me preocupan usted y sus hijos… Dígame qué piensa.

— Pues que ya mismo salimos. Hoy, cuando venía, vi desde lejos unos tipos que caminaban despacio frente a mi casa… Creo que lo primero será tomar un bus a Bogotá. De allá lo llamaré. Deme por favor su número de teléfono y mil gracias —contestó Raúl

— Llámeme aunque sea tarde en la noche. No se preocupe que estaré muy contento de saberlos fuera de peligro, así me despierten. Eso es mucho mejor que despertarme en la mañana sin saber nada —terminó Nieto.

Raúl no tuvo dudas. Llamó a su esposa y le dijo que pocas ropas, las cosas precisas, algunas frazadas y que fueran saliendo graneados, como que no se viera que era toda la familia. En media hora se encontrarían en el Terminal de Transportes.

— Lo primero, la vida. Así que antes de que oscurezca tenemos que estar lejos de aquí —le dijo en voz baja.

— Seguro, Raúl. Tú haz tus cosas que yo me encargo con los niños de las maletas y la casa —contestó Liliana

Así, con habilidad y orden organizaron todo en morrales escolares y en bolsas que iban sacando por la puerta de atrás y tenían listos casi al final de la cuadra bajo la mirada del menor. La madre y el mayor de los hijos cerraron la casa, pusieron candados en las dos puertas y salieron cuando todavía no llegaba la noche, como si fueran a un paseo de tres o cuatro días por la tierra caliente.

El último en llegar al Terminal fue Raúl. Pasó primero por el Banco, explicó brevemente que salía de vacaciones y estaría ausente tres semanas… retiró una suma como para un paseo así. Sacó de su bolsillo una hoja de papel en donde había comenzado una carta para su hermana y rápidamente la terminó diciéndole que en ese mismo momento salían rumbo a Cali para encontrarse con el abogado Nieto quien les había avisado que estaban en grave peligro de ser objetivos de retaliaciones del hombre frustrado. Que le escribiera a través de algún amigo de ella en Buenaventura que conociera a Nieto. Mandando abrazos firmó, metió la carta, cerró el sobre lo puso en su bolsillo para llevarlo al correo en el Terminal de Bogotá y luego siguió casi a la carrera para encontrar a los otros.

El bus llegó a Bogotá a las once de la noche. Después de que todos estuvieron de acuerdo en continuar el viaje de una vez, en un Expreso Palmira que salía en media hora, si el abogado lo veía bien, Raúl fue a poner su carta en el correo siempre abierto y a buscar un teléfono para llamar a Nieto.

─ Que vayamos a Cali. En el Terminal lo encontraremos y él nos indicará lo que crea que será mejor para todos ─dijo Raúl al regreso. Traía los tiquetes ya comprados y sin más se subieron al bus y se acomodaron felices como si se tratara de un paseo maravilloso.

En el lejano Sur

El miércoles, Lucía se levantó descansada, observó a su hijo que dormía plácidamente y se sintió feliz por lo logrado y muy decidida a hacer el viaje a Asunción en cuanto Darío contestara. Calculaba que la carta llegaría entre viernes y

sábado. Sacó su cuaderno de apuntes para revisar los últimos relatos, en particular estaba recordando esos dos viajes que le parecieron tan largos por el borde del Pacífico, cuando golpearon a su puerta.

— Un telegrama, señora —dijo el mensajero mientras le entregaba lo anunciado.

— Gracias! —contestó Lucía al momento de recibir el papel . Cuando el muchacho cerró la puerta, ella con mano temblorosa comenzó a despegar el borde. Finalmente leyó y releyó:

— Jueves 15… eso es… ¡mañana!… —gritó. Entonces se sintió como loca de alegría y comenzó a bailar de un lado para otro. Se agachó y besó a Carlitos y enseguida se puso a mirar la ropa que tenían. Muy poca cosa. De modo que tenía un día para comprar algo bonito para ambos e ir al aeropuerto vestida como una señora de clase…

— ¿Cuál clase? —ahí solamente le quedaba reírse. Nunca había creído en clases, pero ahora sí deseaba vestirse mejor que como lo venía haciendo en los últimos tiempos, desde que abandonó su casa de Bogotá con su armario lleno de ropas y abrigos… , abandono que no le pesaba ni un punto.

— ¿Por qué?… , tal vez estoy enamorada… o quizás solo llevo largo tiempo muy sola y la idea de que Darío viene a hacerme compañía resucita los sueños de mis años juveniles…

Luego pensó que, fuera por lo que fuera, ella estaba feliz de tener con qué comprarse un vestido nuevo y apropiado, tanto por el clima del momento como por su notorio embarazo. También comprarle a Carlos un pantalón de niño grande y un suéter de rayas de colores, a la moda.

Los dos sintiéndose muy elegantes, llegarían al aeropuerto para esperar al jefe de la familia… sus reflexiones volvieron al punto de tener fe en que ésa era realmente su familia. Darío había elegido ser el padre de sus dos hijos y, eso es más, mucho más que simplemente ser padre para demostrar hombría, pero no paternidad. Él parecía amarla, ella pensaba que lo amaba, ambos amarían a sus niños y construirían para ellos un hogar, verdadero hogar.

Carlos había despertado y veía a la mami que hablaba sola y se reía…

— ¿De qué te ríes?… corazón —preguntó la mamá

— De que tú hablas sola y te ríes —contestó el aludido

Lucía se acercó para hacerle cosquillas a su muchacho loco, y luego le preguntó si quería ver aviones de cerca.

— Sí, sí… ¿vamos al aeropuerto, mami? —preguntó Carlos

— Hoy no, pero mañana sí. Hoy vamos a comprarnos una ropa nueva. ¿Quieres acompañarme?

— Sí un vestido rosado, que se te vea lindo —contestó el enamorado

— ¿Y para ti, qué quieres? —preguntó la mamá

— Un pantalón azul y un saco de rayas —contestó con toda seguridad el joven.

— Bueno, entonces, a levantarse, bañarse y arreglarse para salir —terminó la madre y se paró.

En una hora estuvieron listos. Lucía recontó sus finanzas y en el sobre de 'viajes', dejó solamente un saldo suficiente para pagar un transporte hasta Asunción.

─ Mientras él no llegue, mejor no acabar las reservas ─se dijo─... puede presentarse algún problema súbito que le impida viajar

El sobrante después de volver a guardar en el mismo sobre esa reserva que conservaba, sería lo dedicado a la ropa nueva. Ya verían para qué les alcanzaba. Los otros sobres seguirían a su ritmo. Ella no deseaba convertirse en un peso repentino, añadido sobre las responsabilidades de Darío.

Antes de ir de compras preguntó a la dueña del hotel sobre la venta de dólares. ¿Quién compraba dólares, además de los bancos, y cuáles eran los precios?

La señora muy amablemente le mostró el periódico del día en donde estaban esos datos, y le ofreció comprarle los dólares que ella pensara vender, al precio del mercado libre.

Entonces conversaron de precios de ropa y ella le dijo lo que quería comprar y le pidió consejo sobre tiendas no demasiado elegantes ni costosas, en donde vendieran ropa de buen gusto.

Con el dinero en bolivianos y unas buenas indicaciones de los sitios adecuados, Lucía y Carlos hicieron el camino a pie, mientras hablaban del país en donde estaban, de lo que más les gustaba, de lo que habían visto desde el bus en el viaje largo de los días anteriores y de la ciudad grande, Lima, en donde estuvieron todo un día…

Ambos estuvieron de acuerdo en que La Paz les gustaba más.

─ ¿Te gustaría vivir aquí, en esta ciudad? ─preguntó la madre

─ Sí, mucho, pero que el papá que pega no venga por aquí ─dijo el chico.

─ No te preocupes. Él no va a venir porque está enfermo de la cabeza y no lo dejan salir. Además él no va a seguir siendo tu

papá, y él ya lo sabe. Así que ahora Bermúdez es tu papá. Por eso te llamas… ¿cómo es que te llamas? ─lo tranquilizó Lucía

─ Carlos Andrés Bermúdez Torres es mi nombre ─dijo el niño.

─ Sí porque Darío Bermúdez firmó en la oficina donde se anotan los nacimientos que tú eras su hijo y, por eso ahora él es tu papi. Así que no tienes que pensar más en el papá que te golpeó ─explicó ella.

El niño sonrió y preguntó emocionado: ─¿Cuándo vamos a ver a mi papi?

─ Pues adivina: ¿para qué iremos al aeropuerto mañana? ─dijo Lucía sonriendo

─ Ah… ¡Viva!… mi papi va a llegar en avión…─concluyó el emocionado hijo.

Siguieron andando hasta la primera tienda con vitrinas de ropa para toda la familia. Ahí entraron.

Al salir de esa tienda llevaban más ropa que toda la que tenían junta, que era la misma que habían cargado desde la salida de Bogotá, más los cuatro shorts comprados en la Bocana. El dinero les alcanzó además para pijamas, medias, zapatos y una chaqueta de abrigo para cada uno. Lucía pensaba y se reía de todo el lío que hacemos con la ropa, siendo que para vivir es muy poca la que en realidad hace falta, pero... es muy agradable comprar ropa nueva, quién lo puede dudar…

Esa tarde los dos se cambiaron e hicieron un paquete con toda la ropa vieja que estaba limpia. Lucía lavó la que estaba de lavar. Así al día siguiente, antes de ir al aeropuerto preguntarían a la dueña en dónde se podía dejar esa ropa para los mendigos y los más pobres.

Cuando dejaron la ropa nueva guardada, salieron a buscar en donde almorzar, dieron una vuelta por un parque vecino y regresaron a descansar de la caminata y a recordar los sucesos del día. Ambos estaban muy contentos. Entonces el bebé se movía y Lucía decidió contarle a Carlos del hermanito que venía en camino.

— Mira mi vestido. ¿Cómo lo ves? — , preguntó ella

— Lindo, pero me gusta más el rosado —contestó el niño

— ¿Ves que mi barriga está grande? —preguntó la madre.

Como Carlos no entendía lo que ella preguntaba, lo atrajo hacia ella y puso una mano del chico sobre su estómago de embarazada

— ¿Sientes algo? —preguntó

— Sí, está un poco duro y se mueve… —dijo el niño

— Pues es que ahí está un bebé chiquito que da pataditas —explicó la mamá acariciando la mano de Carlos y mirándolo sonriente

— ¿Y cuándo va a salir?, … Y ¿va a querer jugar conmigo? Preguntó él

— Claro que va a jugar contigo, pero primero tiene que crecer un poco para que pueda salir y después tiene que dormir en una cunita y ahí va a empezar a crecer para jugar

— ¿Y quién va a ser el papi de él? —preguntó ansioso.

— El mismo Darío Bermúdez, tu papi. Lo que no sabemos todavía es si ese chiquitico es un niño o una niña —contestó la mami

Esta respuesta no le preocupó mucho a Carlos. Lo importante era que iban a tener el mismo papi, que no pegaba. Entonces

se sentó a continuar con sus dibujos, diciendo: … un bebé … y … un papi que no pega…

Hacia las cinco de la tarde golpearon en la puerta:

─ ¡Entre! ─dijo Lucía. El mensajero llegó con una carta.

La carta de su hermano Raúl. Lucía la abrió con emoción y se quedó muy asombrada del nivel que había llegado a adquirir el asunto de su desaparición y del empeño de Oscar en encontrarla y al no lograrlo, la opción de castigar a sus seres queridos por causa de ella…

─ Qué buena persona ese abogado Nieto ─se dijo Lucía y dejó el asunto para conversarlo con Bermúdez.

A las siete Carlos quiso leche con pan porque tenía ganas de acostarse rápido. Así que en media hora estuvieron satisfechas esas peticiones y el niño se durmió contento con su pijama nueva.

Entonces Lucía escribió a Solís contándole que esperaba a Bermúdez pero que no tenía idea de quiénes sabían de ese viaje del cual ella acababa de saber, así que si él, Solís, no había sabido, debía continuar sin mencionarlo porque los peligros no se terminaban. Luego le contó de su hermano y del abogado Nieto y le pidió que entregara la carta adjunta directamente a Raúl si sabía en donde estaba o le preguntara al abogado Nieto por si lo tenía escondido o con un nombre diferente por seguridad.

Que a ella por el momento no le escribiera porque primero esperaría a ver qué decía Bermúdez y entonces tomaría la decisión de quedarse un tiempo largo en alguna dirección fija para restablecer buenas comunicaciones. Le preguntaba por Juanito y le mandaba abrazos pero secretamente, porque se ponían en peligro si hablaban de saber en dónde estaba ella.

Le pidió decirle a Nieto que ella le agradecía en el alma el interés puesto en el bienestar de su familia.

La carta a Solís terminaba diciendo:

"Me encantaría que tú y Juanito hicieran amistad con mi hermano y su familia. Son personas sencillas y realmente buenas".

Terminada esa carta, Lucía escribió a su hermano recomendándole prudencia, sobre todo no hablar de ella y de su parentesco, pero lo animaba a que, con ayuda de sus amigos Solís y Juan, realizaran algunos viajes para conocer la región e incluso buscaran trabajos cortos mientras se calmaba la borrasca desatada por ese pobre y peligroso loco que era Oscar. Enviaba abrazos a sus sobrinos y a su cuñada. Lamentaba que por su causa tuvieran que pasar esos momentos tan complicados.

Metió esta carta en un sobre para Raúl y ese sobre en otro junto con la carta para Solís y dejó listo para enviarlo al día siguiente a la dirección de Solís.

Finalmente Lucía tomó la leche que había pedido junto con la del niño y se acostó pensando en la emoción de ver a Darío.

Boyacenses en Cali

Era pleno día y hacía mucho calor en Cali. Raúl dejó a los suyos para que buscaran algún sitio por ahí cerca en donde pudieran desayunar mientras él iba a llamar al abogado Nieto.

El abogado contestó enseguida y le propuso que se encontraran en media hora en una venta de donas que estaba en una de las esquinas.

Ya el desayuno de café con leche y pan de bono estaba servido y lo comieron con gusto. Enseguida fueron a la esquina de las donas, en cuya puerta vendían los diarios que llegaban a Cali cada día. A todas estas el abogado había hablado por teléfono con Solís acerca de la familia Mejía y le había recomendado conseguirles al menos dos cuartos en un hospedaje decente sin muchas ínfulas ni alborotos, en Buenaventura, prometiendo llamarlo para avisarle en qué bus llegarían al puerto y cuál nombre usarían todos para el hermano de Lucía que era el único nombre conocido por los perseguidores.

Cuando llegó Nieto, Raúl no tuvo dudas al ver el porte y escuchar la voz de quien se acercó a comprar un periódico. Enseguida se acercó y en voz baja:

— Es usted el abogado... ?

— Nieto —contestó el aludido.

Se acercaron al grupo de la esposa y los hijos y el abogado les dijo:

— Bienvenidos a Cali. Me alegra conocerlos y ver que logramos actuar a tiempo. Nos avisaron que la policía de Tunja fue llamada por vecinos que oyeron golpear y llamar en la puerta de la casa de ustedes, a medianoche. Parecía que intentaban echar abajo la puerta cuando llegaron los efectivos y los llevaron detenidos. No pasó nada grave pero hubiera podido ser muy lamentable.

Ellos se miraron asombrados y agradecieron al doctor. Enseguida él entró en materia:

— No podemos estimar si volverán a intentarlo pronto. Nuestros investigadores andan en eso. Mientras tanto, todos pensamos que Buenaventura es el mejor lugar. Allá nadie los conoce. El único nombre que podría atraer miradas es el de

usted, dijo señalando a Raúl. Lo que en este momento tenemos que decidir es cómo llamarlo a usted mientras la situación no esté completamente controlada. Así que escucho sus propuestas ─dijo Nieto

Raúl dijo, sin pensar mucho: ─ Llámenme ′Chepe′. Así le decía la gente a mi padre. Además me llamo José Raúl. Lo que pasa es que a mi madre siempre le gustó más el segundo nombre y por eso me quedé con él. Pero en mi cédula está primero el José.

El abogado confirmó:

─ Perfecto. Entre otras cosas, a su hermana todos le decimos Lucía, no Sonia que es el nombre conocido por quienes fueron sus alumnos y por los espías que la buscan. De todos modos es preferible que no la nombren. De eso depende su seguridad. Nadie aparte de los amigos que los estarán esperando en Buenaventura quienes se llaman Solís y Juan, debe relacionarlos con ella. Ellos los presentarán a ustedes, donde sea necesario, como don Chepe Mejía y su familia que están de vacaciones en el puerto.

─ Yo regresaré mañana a Buenaventura pero quiero despacharlos a ustedes ahora mismo y tomar nota del bus, para llamar a Solís (Hernando Solís es su nombre) a fin de que esté en el estacionamiento final y los lleve a descansar. Él les ha reservado un alojamiento sencillo y muy poco llamativo. En materia de dinero, toda duda o problema pueden conversarlo con Solís, que entre todos lo resolveremos

─ No se preocupe, abogado. Yo tengo recursos como para unas vacaciones de dos semanas. Si es más tiempo, la preocupación será conseguir trabajo ─finalizó Chepe.

Entonces se despidieron y tomaron el bus para Buenaventura.

.....

El jueves quince

A las ocho de la mañana, Lucía despertó. Había sido difícil conciliar el sueño, pero al fin sus sobresaltos y ansiedades fueron dejando el paso a la dulzura de mínimos recuerdos cargados de promesas de días felices. Sonrió al pensar que era el día y que debía comenzar ya para salir con tiempo suficiente. Dejaría para el final el arreglo del niño. De momento quería hablar con la dueña para pedir que, si fuera posible se añadiera una cama sencilla en el cuarto, pues su esposo llegaría esa tarde y la necesitaban para Carlitos.

La señora se alegró mucho con la noticia y puso manos a la obra. Además cuando Lucía le preguntó sobre qué hacer con su ropa vieja, ella se ofreció a entregarla en un lugar especial que recibía esos dones y los repartía de acuerdo con una lista de peticiones de la gente necesitada, con datos de edades y demás circunstancias para que todo sirviera realmente a alguien.

Regresó a su cuarto para bañarse antes de que Carlitos despertara y estar lista para dedicarle el tiempo necesario para un arreglo que incluyera corte de pelo y de uñas, masajes en rodillas y muslos, y también repaso de cosas que le sirvieran al niño para pasar el rato de espera en el aeropuerto.

Comenzó su propio baño, con un masaje abdominal como un saludo al bebé, mientras tarareaba una canción de cuna muy bajita pero dulce y sentida. Luego el baño general, el lavado de su pelo y una limpieza de manos y pies y de las uñas correspondientes, cuidadosamente realizada.

En todo el tiempo desde que salió de Bogotá, se había limitado a limar someramente lo que iba estorbando para su trabajo y

nada más. Añadió finalmente un corte rápido y parejo de las puntas de su cabello, cosa que no había realizado en todo el tiempo a pesar de tener siempre consigo las tijeras necesarias que desde el comienzo formaron parte de su mínimo equipaje.

Al salir del baño se vistió provisionalmente con un pantalón amplio y cómodo, desenredó su cabello y lo dejó envuelto en una de las toallas para que no se alborotara demasiado y comenzó a llamar a Carlos para despertarlo.

El niño una vez bien despierto se sentó y preguntó por el papi.

— Tranquilo que tenemos tiempo para llegar al aeropuerto antes que él. Pero lo primero, ¡a bañarte!. Anda, ve metiéndote que yo voy a lavarte bien la espalda y ese pelo que parece un nido.

Carlos se metió feliz bajo la ducha y a su modo se enjabonó. La mamá, tratando de no mojarse mucho, le ayudó y finalmente lo dirigió desde afuera para que enjuagara completamente todo el jabón que llevaba encima.

Siguió el trabajo con las uñas de pies y manos y finalmente la peluquería completa. También provisionalmente le puso un short y una camiseta y ambos salieron a buscar desayuno en una cafetería muy cercana y regresaron para ponerse elegantes.

Ella se puso el vestido rosado que Carlos había aprobado como el más lindo, y a su acompañante lo vistió con su pantalón largo azul marino y un lindo suéter a rayas rojas y amarillas. Ambos con zapatos nuevos y, ella con un bolso pequeñito colgado de su hombro, estuvieron listos.

A las doce del día pidieron al chico de los mandados que les buscara un taxi. Mientras se subían al taxi, Lucía puso una moneda de las de mayor valor en la mano del mandadero

quien quedó casi extasiado por la emoción. Era la primera propina de ese tamaño que recibía en su vida. Lucía por su parte no tuvo tiempo de medir que se salía del valor esperado por esos servicios. Pero lo hecho, hecho estaba, para contento de todos, y ella se sintió bien.

En el aeropuerto tendrían mucho para conocer y aviones para mirar y seguramente conseguiría alguna revista de muñequitos o de animales para el niño y otra para ella.

Cuando llegaron al aeropuerto, Lucía pagó el viaje y dando la mano a Carlos entró. Se sentía liviana, feliz, sin cargas ni preocupaciones, y, ciertamente el vestido rosado le sentaba muy bien. Su primera búsqueda fue en las pantallas de aviso de llegada de aviones. Debía esperar uno de Bogotá pero aun no había anuncio al respecto. El reloj marcaba la una de la tarde, luego, faltaban casi cuatro horas. Entonces se dedicaron a pasear por el interior, se asomaron a todos los ventanales que permitían ver las pistas. Carlitos rápidamente comenzó a identificar los aviones que llegaban cuando en el cielo solo parecían puntos… así pasaron casi dos horas sin que ellos se dieran cuenta. Entonces volvieron a mirar las pantallas de los avisos de llegadas y apareció la nota de un Avianca de Bogotá. Llegada cuatro treinta. A tiempo. El reloj marcaba las tres de la tarde. Era cosa de hora y media de espera.

─ Ahora nos quedamos aquí para oír cuando avisen por los parlantes que el avión de tu papi va a aterrizar. ─dijo la mami y añadió bajando la voz:

─ Es que es un secreto, pero en los aeropuertos, el tiempo va más rápido. No se quiere dejar ganar de los aviones. Por eso hay que estar muy atentos.

Carlos la miró con los ojos muy abiertos y le dijo:

─ Y, entonces si uno está adentro del avión, ¿qué pasa con el tiempo?

─ Pues el tiempo se aprovecha de que casi siempre uno tiene sueño y no se da cuenta, y pasa como quiere. Rápido si el cielo está lindo y despejado, o, despacio y como si no volara, cuando el cielo está gris o lluvioso… ─contestó la mami inventadora de cuentos.

El niño se puso a dibujarr dos aviones según los que veía por la ventana en el aeropuerto. Y en eso se concentró un buen rato. Luego guardó sus lápices y su cuadernillo y se paró para estar listo. Lucía también se levantó y ambos comenzaron a caminar sin alejarse del sitio por donde podrían mirar al papi cuando viniera por el corredor.

─ Mami, mira, ése que viene allá… con un maletín en la mano… ése es el papi! ─dijo Carlos señalando con el dedo a un viajero que acababa de asomar bastante lejos por el corredor.

Lucía miró atentamente y le pareció que podía muy bien tratarse de Darío, pero no estaba tan segura. Entonces se acercó al puesto de la pantalla y en ella estaba claro que el avión ya había aterrizado, por tanto lo más probable era que ese pasajero u otro muy similar correspondiera a quien ellos esperaban. Entonces tomando al niño le dijo que tenían que ir a esperarlo abajo, en donde les entregaban las maletas, que por ahí era por donde salían de ese corredor. Y se bajaron.

Y lo vieron asomar y salir y Carlos desesperado gritaba ¡Papi!, ¡Papi Darío!, (Lucía le sopló el nombre), y Darío miró al niño y la felicidad del muchachito lo conmovió como no había imaginado nunca que le pasaría a él. Le mandó un beso con la mano y el niño hizo lo mismo y rápido con la mami fueron al

extremo por donde iban saliendo los pasajeros. Cuando ya estaba para salir, Darío recordó que traía una maleta y que no la había buscado. Entonces le dijo a gritos a Lucía que ya volvía que por loco olvidó la maleta y se devolvió rápidamente.

Fueron unos largos diez minutos de espera, pero al fin llegó el papi con todo y maleta y se reunieron los tres en un gran abrazo.

Carlos era el más feliz de todos los niños del mundo en ese momento. Él no sabía exactamente sino que tenía un papi y que ese papi había ido así de lejos para buscarlos a él y a su mami. Darío con una sensación de absoluta verdad sintió que tenía una familia y que para eso había vivido hasta ese momento. Esa verdad de que su hijo era feliz, feliz por su llegada, más el brillo de los ojos de Lucía cuando él la besó un instante en el saludo, hicieron más que todas las declaraciones de testigos o de partidas de bautismo y de matrimonio, o de uniones físicas posibles e imposibles para convertirlo en el compañero indisoluble de la madre y el más verdadero padre del niño de ambos.

Salieron en medio de un nuevo tropel formado por los pasajeros de otro avión que comenzaban a empujar. Buscaron un taxi, y se fueron al Hotel los Cerezos.

En el camino Carlitos le contaba mil cosas al papi. De barcos, de ríos, de mar y más mar y muchos peces…. Darío apretaba la mano de Lucía y ella le correspondía, sonriendo a cada cuento de su hijo. En algún momento Darío rozó por encima del vestido rosa, la prominencia de la barriga y ambos se rieron pensando en el segundo bebé de esa familia cuyas existencias, la del bebé y la de la familia eran absolutamente reales y verdaderas.

En el hotel la dueña se acercó a Lucía para decirle que de parte del hotel les habían dejado una botella para que celebraran en el cuarto. Ella le agradeció en el alma y le pidió solamente un vaso de leche para Carlitos, indicando que se lo pusiera en la cuenta.

Encontraron una botella de vino y vasos y galletas y refrescos para todos. Se sintieron conmovidos por la generosidad de esas personas.

Carlos tomó un refresco y galletas. Ellos se sirvieron vino y lo saborearon despacio. El niño comenzaba a dar señales de sueño cuando vino la señora con la leche. La mami le ayudó con la pijama y enseguida de la leche, el niño dijo en voz muy baja: *"Gracias Dios porque ayudaste a mi papi a llegar hasta aquí"*. Y enseguida devolvió el beso del papi en su mejilla y lo mismo el de la mami y quedó como fulminado. Ellos acercaron la cama a la pared y por el otro lado pusieron una almohada levantando un poco el colchón para que no fuera a caerse. Entonces se miraron…

— Sí que debemos agradecer a Dios… —dijo Darío.

— Sin duda. Hemos llegado hasta aquí… y me parece mentira… —dijo Lucía.

— ¿Me aceptas como tu esposo, como el padre de tus hijos, como el hombre que te quiere con todo su corazón? —preguntó Darío mientras tomaba con sus dos manos las manos de Lucía

— Sí, con todo mi corazón y mi amor. —Respondió Lucía.

Y con ese vínculo sagrado retomaron una vida que habían soñado por separado y que hacía contacto con la fuente del amor y la energía en el punto en el cual se encontraban. No hubo ninguna duda de ninguna clase. Los otros saldrían a su

vez de sus dificultades, si se lo proponían. Ellos tenían una gran tarea: defender la familia.

Giros y sorpresas

Lucía fue la primera en levantarse. Recordó los sorbos de vino tomados la noche anterior y prefirió en ese momento beber agua para contrarrestar el alcohol ingerido, seguramente muy poco, pero al fin alcohol que puede hacer daño al bebé en formación. Luego miró a su hijo que continuaba plácidamente dormido y al hombre amado. Con todo su corazón dio gracias a Dios, aunque no lo entendiera pero en quien creía absolutamente, por ese hombre que apareció en su huida y decidió compartir la vida con ella.

Entonces miró el lado práctico. Ciertamente la vida en Paraguay era posible para todo colombiano sin antecedentes penales que deseara vivir honestamente allá. No pedía demasiado y había oportunidades de trabajo sobre todo para profesionales. Concluyó que era un buen consejo el del funcionario boliviano que le sugirió la idea. Podrían optar por ella por unos seis meses o un año, ya que de momento era lo más fácil y cercano, pues la propia Bolivia no actuaba tan rápidamente y ella deseaba entrar pronto en un servicio médico para atención de su maternidad. Eso sería lo que propondría a Darío.

Mientras despertaban sus hombres, Lucía se bañó y se vistió con el pantalón amplio del día anterior. Salió y pidió al mensajero que la acompañara a la cafetería para ayudarle a traer el desayuno para su familia porque su esposo había llegado por la tarde.

Cuando regresaron con jugo de naranja, café, leche, panes y mantequilla, Carlos corrió a abrir la puerta. Su papi se estaba bañando y él se bañaría después, le dijo a la mami.

Entonces Lucía le dijo que primero tomara leche con pan y un poco de jugo de naranja para que estuviera listo para meterse al baño. El chico del mandado se fue con su propina, Carlos desayunó y Darío salió del baño ya afeitado y casi completamente vestido.

— ¡Buenos días amor! —Y se acercó para besar a Lucía, pero a Carlos eso del beso lo asustó:

— ¡No! —gritó angustiado.

— Mi mami es mía y tú eres mi papi, pero no eres el papi de ella, por eso no la puedes besar.

— ¿Quién te enseñó eso? —preguntó Lucía

— El que pega. Él me dijo que él era tu papi y por eso él te podía besar y se ponía furioso porque yo te besaba, porque yo no era tu papi.

— Ah, es que los que pegan ponen esas reglas. Pero Darío no es de ésos y él no pone ninguna ley. Él me puede besar y tú también, y yo los puedo besar a ambos, sabes por qué?

El niño estaba pendiente y peguntó muy interesado

— ¿Por qué?

— Porque nosotros tenemos la ley del Padre Dios que es el papá de todos. Así, que alégrate. No hay esa ley horrible de los que pegan, que creen que pueden mandar más que el Padre Dios.

— Tú me puedes besar a mí y puedes besar a tu papi

— Yo te puedo besar a tí y también puedo besar a tu papi

─ Tu papi te puede besar a ti y también puede besarme a mí.

Esto es porque el beso significa amor. Y somos una familia y la familia es un lugar de amor que es la ley del Padre Dios.

─ ¿Y cuando llegue el bebito de tu panza ¿él nos puede besar a todos y todos lo podemos besar a él? ─preguntó Carlos muy interesado

─ Claro, él también es de la familia ─Lucía y lo abrazó y enseguida añadió:

─ Olvídate de esas cosas que te enseñó el que pega. Esas son leyes malas. Verás que todos estaremos muy bien y contentos.

El niño la miró con su sonrisa y miró a Darío y le dijo: ─Sí la puedes besar. El Padre Dios es el que manda. El que pega no manda.

Darío se enterneció y abrazó con todo su amor al niño tan confundido por los cuatro años iniciales de su vida cerca de un monstruo tramposo vestido de hombre elegante.

Pocos minutos después, Lucía repartió el desayuno y todos tres comieron y se rieron mucho y Carlitos se reía y repetía ″el que pega no manda″.

Darío muy serio preguntó:

─ Bueno, vamos a ver señora mami y señor Carlos: ¿Quieren que viajemos un poco para llegar a otra ciudad en donde podemos conseguir una buena casa para vivir nosotros tres y el bebito que va a llegar?

─ ¡Síi! ─contestó Carlos y la mami lo repitió con él.

─ Entonces, espérenme aquí ustedes y tengan listo todo lo que vamos a llevar. Vuelvo pronto.

Darío salió para contratar un carro que los llevara hasta Asunción, o hasta la mitad del camino… como era el plan de Lucía.

Mientras tanto, los dos que se quedaron guardaron su ropa mejor y se quedaron con la más sencilla y cómoda. Lucía buscó la ropa de Darío pero él había dejado su valija lista, de modo que solamente recogieron la cobija, la ruana y la almohada pequeña que traían desde Bogotá y la mochila de todo el viaje un poco más llena, el osito, el cuaderno y los colores, los apuntes de Lucía… y nada más.

A la carrera Lucía apuntó en su cuaderno como urgente:

<<Escribir a Solís y a Raúl sobre nuestro próximo destino, informarles de la llegada de Bermúdez y pedirles que lo comenten con Juan y con el abogado Nieto y que no nos escriban hasta tanto reciban la nueva dirección>>.

Antes de que el papi regresara, Carlos se acercó a Lucía y la abrazó y le dijo:

— Mami, el papi es bueno y me creyó lo que le dije. El que pega nunca me creía. Siempre decía que yo era un mintiroso.

— No pienses en él. Lo que pasa es que cuando el que pega era chiquito ni el papá ni la mamá lo querían y por eso se volvió así. Pero tú nos tienes a nosotros que te queremos mucho y vas a olvidar esas cosas tristes. Ya nunca volveremos a vivir con el que pega. Claro que puedes pedirle al Padre Dios que le ayude a él para que sea mejor persona, pero nosotros no vamos a vivir con él nunca más.

El niño la abrazó muy feliz y se separó saltando contento.

El papi llegó con la noticia de que había contratado un carro para todo el viaje hasta Asunción, fuera con una o varias

noches de parada por el camino. El chofer llegaría a la una de la tarde para salir cuando el sol comenzara a mandar un poco de sombra hacia donde iban.

Lucía entonces propuso preparar un picnic para comerlo en el camino, cuando pasaran por algún lugar de descanso, de esos con sombra y mesitas y servicios que vio tantas veces desde los buses. Los hombres aprobaron y entonces todos tres fueron hasta el pequeño mercado cercano para escoger y comprar lo del picnic.

Bermúdez la miraba pensando en los duros días que ella había pasado, en esos viajes larguísimos, seguramente con sed, con temor, cuidando a su hijito y su embarazo… sin perder consciencia de los gastos que podía permitirse y de lo que faltaba todavía… de veras estaba muy admirado y quería aportar todo lo que le fuera posible para lograr una vida serena y satisfactoria sobre todo para ella. Porque si ella era feliz, todos los demás lo serían.

Así, con canasta nueva especial para picnic, regresaron a Los Cerezos para despedirse de la dueña, pagar lo que adeudaban y agradecerle su buena hospitalidad y servicios, esperar al carro contratado y salir. El ayudante-mensajero recibió una moneda grande de manos de Darío, y chocó puños con Carlos quien practicaba esos pases siempre que se trataba de hombres jóvenes, como el método masculino de expresar amistad.

Lucía se sentía plena. Solamente la evidencia de la maldad con la cual Oscar había intentado torcer al niño y la tremenda capacidad de ocultar tan terribles intenciones la paralizaban a ratos. Llegó a dar gracias por la circunstancia externa de los castigos que dejaron marcas, porque de otra manera, quién sabe hasta dónde hubiera llegado el trabajo de pervertir

psicológicamente al niño, mientras ella continuaba confiando en su esposo.

Salieron a la una y media en un automóvil cómodo. Los tres se sentaron atrás y el chofer ya informado por Darío no hizo ningún gesto de desacuerdo sino que desempeñó en forma muy profesional su oficio. Él anunciaba poco antes de llegar a cada sitio, los lugares en donde encontrarían comercios o restaurantes o servicios de algún género, por si deseaban detenerse.

A las tres de la tarde hicieron un alto en un lindo lugar de descanso y merendaron los cuatro, porque el conductor fue tratado durante todo el tiempo como alguien de la familia.

La conversación entre Darío y Lucía fue siempre sobre los temas del viaje, los pueblos de Ecuador, sobre todo el Pacífico y la carretera panamericana por el borde peruano del océano. Lucía había estado realmente impresionada a la vista de los pueblos de ese desierto que no correspondía a la imagen de los desiertos africanos que eran su referencia… , estos pueblos de casas tal vez de lata o de cartón… , sin oasis por ninguna parte… , nada parecido a las fotos de la National Geographic de los pueblos del Sahara, construidos en tapia pisada, con calles y palmeras… Tal vez estos pequeños asentamientos albergaban a los mineros del cobre,… ella no podía saberlo. Al mirarlos pensaba que ella nunca había imaginado siquiera que existieran pueblos así, pero sabía de la existencia de las minas de cobre, causantes de las variaciones de los colores de las arenas y pensaba que tenía lógica su idea.

Las gentes que barrían la arena con escobas de paja, a todo lo largo de ese gran número de kilómetros, para impedir que se acumulara peligrosamente, sin duda no eran los habitantes de esos pueblos. Esos barrenderos debían vivir en pueblos

normales y ser transportados a sus puntos de trabajo con horarios establecidos, y regresados después a sus casas en donde tendrían agua y comida y algo de frescura para recuperarse de la terrible sequedad y calor de ese trabajo…

La ciudad de Lima, debido al cansancio y a la necesidad de relajarse, no había sido objeto de especial conocimiento por parte de ella. Con Carlitos había visitado un par de iglesias coloniales muy bonitas y algunas calles cercanas muy bien conservadas. Esperaba regresar en algún período posterior sin afán de llegar pronto al destino y sin preocupación por el aumento del costo si alargaban el tiempo de estadía en ella.

Cuando el sol se ocultó, el conductor pidió indicaciones. Habló de posibilidades de dormir en Oruro o en Potosí. Se decidieron por avanzar hasta Potosí y buscar alojamiento.

Carlos se durmió pronto y el papi hizo lo mismo. Lucía estuvo todo el tiempo en duerme-vela, intercambiando algunas frases con el conductor de vez en cuando. Como cosa especial le escuchó: ″Siga tranquila, señora que todo está bien. No dude ni un momento″, ella solo respondió: ″gracias″ y volvió a sus pensamientos con la sensación de que ese chofer sabía más que ella misma de su situación. Como tal pensamiento le pareció absurdo, volvió a sus recuerdos del viaje.

El conductor paró y ellos despertaron en una ciudad, frente a un hotel sencillo, del mismo tipo de Los Cerezos.

Bermúdez habló un momento con el chofer y juntos entraron al hotel para pedir el cuarto para la familia y uno sencillo para el conductor.

Rápidamente se acomodaron. Carlitos no quiso comer nada. Bebió una taza de leche y medio dormido dejó a la mami el trabajo de lavarle los dientes. ″Chao″, se despidió de todos y

cayó como piedra en pozo. Al chofer, Bermúdez le dijo que podía pedir su cena y autorizó que la sumaran a la cuenta de la familia. Darío dijo a Lucía que iría a conversar con el chofer sobre la jornada del día siguiente y que pediría una sopa caliente para él. Que, ¿qué deseaba para ella ? Lucía no iba a dejar a su hijito solo por nada, así que puesto que había quedado parte de lo que llevaron para la merienda, ella cenaría perfectamente con eso. Respondió que fuera tranquilo, comieran bien y determinaran completamente la ruta. Ella quería hacer apuntes y escribir a Solís y a su hermano que estaba en Buenaventura.

─ ¿Tu hermano en Buenaventura? ─preguntó Darío.

─ Sí. Pero mejor ve. Yo te espero y hablamos de eso ─contestó ella.

Lucía escribió una carta conjunta para Solís y Raúl en donde les contaba lo principal de los sucesos, desde la llegada inesperada de Darío, la emoción de Carlos y el hecho de estar en camino hacia Asunción. Les pidió paciencia para esperar a la siguiente y les mandó saludos a todos, incluidos Nieto y Juanito.

Al regreso de Darío, ella le enseñó la carta de su hermano, llegada hacía dos días, escrita quizás cuatro días antes y la de Solís ligeramente anterior. Las fechas se le hacían un enredo tremendo en la cabeza.

Entonces Darío por su parte le contó de su propia visita a Tunja y de la conversación con Raúl.

Luego hablaron de Nieto. Darío le contó una historia larga en pocas palabras.

<<Él, Darío, había llegado a Buenaventura poco después de graduarse y habían establecido una muy buena relación él y n

Nieto. Esa relación lo puso en contacto con Leticia, la hija de Nieto, de la cual Darío se enamoró perdidamente pero ella no lo miró nunca ni siquiera como una remota posibilidad. El propio Nieto deseaba que se pudiera dar un matrimonio entre esos jóvenes pero la chica fue muchas veces exagerada en las manifestaciones de poco aprecio, de modo que esa actitud muy repetida terminó por impedir que ellos continuaran con sus encuentros y su amistad. Él entonces se volvió a Cali y por esa razón no vivía en el Puerto cuando ella, Sonia Lucía, fue maestra en el Instituto.

Como cuatro años después de haberse ido él para Cali, la chica Nieto se casó con uno de los grandes del Valle del Cauca y se fueron a vivir a alguno de sus feudos y él, Bermúdez, regresó entonces al Puerto pero no se recuperó completamente la amistad con Nieto aunque las relaciones entre ellos seguían siendo cordiales. De hecho, él mismo había recomendado a Solís y a Juanito que se asesoraran con Nieto en cuanto comenzaron a llegar descaradamente los espías de Oscar. Ahí, él se salió del puerto para evitar cualquier palabra al aire que lo vinculara, porque enseguida harían seguimiento de sus pasos y podrían llegar al tema del registro y pasaporte del niño. Hasta ese momento, él no había vuelto a saber nada de ninguno, salvo por una carta de Solís burlándose de los tontos espías.>>

— Pero esto que veo y me cuentas, me dice que hay mucho más que tontos espías. Nieto no hace algo como eso de llamar a un posible chivo expiatorio para ayudarlo a escapar del peligro, salvo en el caso de estar muy seguro y comprometido con el caso. Por eso, tengamos cuidado...

Lucía le mostró la carta que acababa de escribir y las cartas anteriores de Solís.

Darío miró todo y dijo:

─ De momento no hablaremos sino de ti y de Carlos. Nada del bebé en camino, ni de nuestro amor. Para todos por el momento, menos para tu hermano a quien comuniqué mis deseos al respecto, yo solamente quiero dejarte a ti y a tu hijo a salvo con una nueva nacionalidad e identidad en algún lugar seguro. Esto es lo que ellos sabrán.

─ ¿Qué sabe mi hermano? ─preguntó Lucía.

─ Que yo te amo y que legalmente soy el padre de tus hijos. Él sabe del chiquitín, y que si tú me aceptas seré parte de tu familia, en la cual él, Raúl con su familia, está por derecho propio.

Lucía se acercó y lo besó con todo el amor de su corazón.

─ Yo también te amo, mucho te amo. Ya eres parte de mi familia.

─ Me haces el hombre más feliz del mundo. ¡Te amo! ─contestó Darío y a continuación dijo simplemente:

─ Bueno, amor de mi vida, ahora dejemos esa carta lista y descansemos. Mañana iremos hasta Villa Montes. Son unas diez horas y quizás algo más de camino

Pronto el amor y la alegría de estar vivos los juntaron. Durmieron en gran serenidad y siete horas después estaban de pie reorganizando el equipaje y levantando al niño.

Sucesos en Cali

Rafael Nieto, el abogado amigo de Solís, se encontraba en Cali, cerca de la parada en donde acostumbraba tomar el bus

de regreso a Buenaventura, cuando un hombre a quien había visto en el puerto entre los espías contratados por el marido ofendido y escondido, se le acercó y sin palabras le indicó respetuosamente que lo siguiera. Nieto supo enseguida que habría novedades ese mismo día y echó a andar en la dirección indicada, después de dejar que se hiciera un espacio suficiente para impedir que cualquier observador que se fijara en él hiciera conjeturas de que andaban juntos.

El hombre entró rápidamente por una puerta abierta y Nieto perdió el rastro, pero continuó en línea recta. Cuando pasaba frente a la puerta del escape del hombre, escuchó una voz baja diciendo ′...puerta 22′. El abogado siguió su camino y en el número indicado se detuvo, consultó una supuesta dirección en su libreta y se animó a golpear.

Se sorprendió cuando la puerta fue abierta y pudo escuchar una voz infantil que le decía: ′por aquí, doctor.′ Subió la escalera detrás de su guía. Al llegar arriba, la niña llamó: ′Mami, abre que es el amigo de mi papi′.

Una señora de clase obrera vestida con pulcritud, abrió y amablemente saludó al recién llegado, invitándolo a seguir:

─ Buenos días señor abogado Nieto. Siga por favor. Mi esposo lo espera. Dejando el paso libre indicó al abogado un angosto corredor al final del cual había una puerta entreabierta.

─ Buenos días abogado, ─dijo el hombre saliendo de la habitación. Enseguida añadió:

─ Perdóneme el método pero en mi oficio puede ser muy peligroso demostrar que se conoce a un abogado de renombre.

─ Buenos días señor… ─expresó el abogado

— Huertas, Jaime Huertas —completó el otro inclinándose un poco y de una vez comenzó a hablar:

— Yo pertenezco a una organización amplia de investigadores independientes que contratamos nuestros servicios para asuntos puntuales con cualquier persona que los desee y pague lo que estipulamos. Cada uno juzga si un caso que le ofrecen merece ser aceptado y si la respuesta es sí, la organización firma el contrato.

— En cuanto a mí, el único renglón en el cual actúo es el referido a búsquedas de niños. Me preocupa mucho la inseguridad y los peligros que rodean a los menores. Si tengo éxito y recibo paga, toda la invierto en otros casos cuyas familias no tienen con qué pagar. Para el sostenimiento de mi familia, en mi vida diaria soy obrero de la construcción.

— Así, me fue comunicado el caso contratado por un padre muy angustiado por la fuga de la madre de su hijo, llevándose al niño … etc, y lo acepté. En nuestra organización los miembros no nos conocemos personalmente, así que no sé si había otros conmigo en este caso.

— Lo que sé es que yo acepté el reto de buscar a la maestra en un barrio de la marea y logré llegar hasta el fin y contactar a la maestra cuyos datos de nombre, profesión e hijo de seis años se cumplían. En nuestra organización no podemos tocar físicamente ni empujar ni obligar a ninguno a ir con nosotros. Solamente damos el dato de dónde y cómo llegar al lugar en donde se esconde la persona buscada.

Tuve éxito pero fue falso porque resultó que la maestra buscada era blanca y la que yo encontré, junto con su hijito era negra. Eso me valió una rechifla tremenda y al día siguiente me retiré. Nadie había especificado el color de la maestra, y en

Buenaventura no es un asunto extraño que se trate de alguien de raza negra. Pero dejé la cosa así y pedí que me pagaran porque había hecho el esfuerzo correcto. No me pagaron. Me acababa de subir al bus en el cual me venía para Cali, cuando escuché un comentario que me hizo bajarme con disimulo y volver mis pasos para buscarlo a usted.

Dos hombres hablaban del caso:

El de la voz cantante dijo, hablando de mí:

— Ese pendejo no tenía ni idea de quién es el Medina. ¿Cómo pudo ocurrírsele que semejante capo se haya gastado dos años enteros conquistándose a una maestra negra para casarse con ella y usarla como punta de avance para entrar al círculo de los poderosos del azúcar del Valle del Cauca? No, él se conquistó a la que era. Una mujer blanca, bonita e ingenua. Buena maestra de los hijos de los ricos y apreciada por todas esas familias encopetadas... Solamente que ella no le caminó o tal vez se olió que el plan era más o menos venderla a cambio de la entrada de él en los negocios de la droga que comenzaban a crecer en esos medios económicos altos.

El otro preguntó:

— Y el chico. ¿por qué ella quiso llevarse al niño?.. ¿Para pedirle dinero al taita?…

El conocedor dijo:

— Eso es lo peor de todo. El muy bruto se iba a llevar el niño a Cartagena para dejarlo a cargo de mafiosos que lo enseñaran a pasar droga pero el pelao no se quiso vestir y él lo golpeó con toda su fuerza con los mismos zapatos que le acababa de comprar y que el mocoso no quiso ponerse.

— Y dejó una carta para la mujer en el colegio en donde trabajaba… y ella se olió algo muy malo y … quién sabe por dónde andará con el crío!.

El que escuchaba dijo:

— Pues mejor yo me salgo de este lío. Esto no es lo mismo que ayudar a pasar mercancías de contrabando. Esto es como ayudar a un hombre a robarse su propio hijo y venderlo.

El hombre terminó explicando a Nieto que, como estaba escondido detrás del bus y el bus empezaba a moverse, le tocó moverse él también. Entonces echó a andar como si se hubiera distraído y se vino para Cali más tarde porque a esa hora y sin tener las señas, le resultaba muy difícil hablar al abogado sin despertar demasiadas suspicacias.

Hacía dos días había visto al abogado Nieto ahí en Cali, cerca de su casa y se propuso buscar el momento de contactarlo para contarle esa conversación de dos de los investigadores contratados por el gobierno…

Nieto le preguntó a Huertas por alguna señal que le permitiera a él identificar a alguno de esos sujetos. Le aseguró no tenía por qué preocuparse, que él sabía de los riesgos que se corrían actuando como él acababa de hacerlo y que él, como abogado estaba en el caso pensando en seres inocentes. Porque a esa maestra la había conocido y podía dar fe de su corrección y total honradez e inocencia.

Huertas le dijo que el más conocedor llamó al otro 'Juanchaco' y que antes había escuchado a alguien decir así a un compañero. Si era un sobrenombre de alguno, tal vez sería más fácil localizarlo.

— Perfecto. Es el tipo de sobrenombres que se usan en el Puerto. Mil gracias. Estoy seguro de que este encuentro va a ser de mucho provecho para esas personas buenas que están en peligro.

Sin más se despidieron y Nieto tomó las señas de la casa y le prometió informarle del avance del asunto. Acto seguido volvió a su puesto de espera del bus para Buenaventura.

La historia del capo Oscar

En el camino al puerto, el abogado Nieto organizó sus ideas:

Primero hablaría con Juanito, …″ él conoce a todo el mundo en esta costa por los muchos años que lleva de motorista navegando todos los rumbos que incluyen a Buenaventura″. Pensó y decidió que a él le contaría todo lo que acababa de saber y con él conformarían un plan no público, para desentrañar en cuanto les fuera posible los dobleces de la organización del padre del pequeño Carlos.

Buscaría a Solís para conocer exactamente el trabajo de Bermúdez en plan de ayudar a escapar a la maestra. En ese momento Rafael Nieto pensó que quizás habría algo de romance en el corazón de su amigo y deseó que fuera así y que él lograra finalmente una vida completa con ella. Se acordó del hermano de Lucía… Chepe Mejía. Hablaría también con él. Era importante reunir todas las fuerzas amigas para que entre todos vencieran al monstruo y pudieran continuar con sus vidas sin temor de una amenaza permanente.

Juan identificó fácilmente al tal 'Juanchaco'. Resultó ser un tipo simpático que no quería saber nada más de la investigación. Sin embargo contó a Juanito todo lo que había

sabido al respecto por un compañero que era más aficionado a esas cosas y que, seguramente habría informado oficialmente del resultado de sus pequisas. 'Juanchaco' no tuvo ningún inconveniente en indicarle a Juan quién era ese fulano, pero le pidió no nombrarlo a él para nada, porque no quería ni siquiera la paga.

Esa parte de aproximarse al otro, se puso muy dura para Juan. El fulano, observado de lejos, era un tipo callado, desconfiado y posiblemente tramposo que no había informado nada a las autoridades. Juan, con pies de plomo, trató de acercarse a él y no obtuvo sino frases inconexas, dejando a Juan con el presentimiento de que el hombre buscaba venderse al mejor postor. Entonces, Juan pensó que tenía que ser el abogado Nieto quien se acercara, con la autoridad que tenía al haber sido él quien pidió esos investigadores en los días de la aparición de los espías.

El plan de Nieto recayó completamente sobre sí mismo. Dedicó una noche completa a pensar y estudiar cuáles derechos podía alegar para obtener informes y cuánto podría negociar o amenazar, o si eso resultaría peor…, de momento él y Juan quedaron en verse regularmente a las siete de la mañana de cada día.

A Solís le encargarían escuchar y conversar de lo que fuera con los otros que continuaban dando vueltas sin tener nada para justificar una exigencia de pago superior al mínimo estipulado.

Fueron apareciendo evidencias: la existencia de organizaciones amplias en donde se contrataban espías e investigadores. Podía suceder que de una misma empresa uno fuera contratado por la parte delictiva y otro por el gobierno, sin saber nada el uno del otro. Por regla general los miembros

de cada una de esas organizaciones no se conocían entre ellos como tales, aunque fueran amigos o parientes en la vida diaria.

Al fin alguien habló del pasado del capo Oscar Medina: Personaje con un pasado pendenciero, nacido en el centro del país, hijo de un matrimonio desastroso por los egoísmos y las peleas inacabables de sus componentes poco cultos pero ricos. Intentó hacerse abogado pero no llegó a titularse en ninguna de tres universidades de baja reputación que frecuentó. Heredero repentino de dos líneas familiares de altos recursos de origen dudoso, se obsesionó con el deseo de entrar en la sociedad de los grandes capitalistas del Valle del Cauca e intentó sin lograrlo conquistar alguna heredera. Después de dos o tres fracasos, y de una reclusión en un Hospital Psiquiátrico, alguien le aconsejó que ese triunfo deseado por él podría dársele con mayor facilidad si se radicaba en Buenaventura. La idea le gustó y se trasladó al Puerto para vivir en él y dirigir sus negocios desde allá…

Finalmente, tomando por modelo el ascenso social de un ingeniero culto pero pobretón que había conquistado a una mujer bonita y bien educada de clase media y con ella y su don de gentes y la manera absolutamente correcta de ambos para comportarse en los círculos más distinguidos, habían entrado sin inconvenientes en la vida social de la clase más alta, Oscar Medina empezó a buscar su escala mágica en la forma de una joven similar.

La maestra Sonia Mejía se le apareció como el ideal perfecto para obtener sus fines. Lo malo fue que el momento en el cual la conoció, coincidió con la despedida que las familias de la alta sociedad de Buenaventura ofrecían a la maestra, quien había recibido un ascenso y correspondiente traslado a Bogotá.

Sin perder el ánimo, en los pocos días que siguieron, Oscar Medina se hizo asiduo visitante y colaborador de la joven maestra quien se sintió estimulada por tanta cortesía.

Así, con esos inicios prometedores, la amistad continuó en Bogotá, a donde el enamorado perfecto viajaba cada ocho días, llevando siempre finos regalos europeos, obtenidos en los barcos transatlánticos de manos de contrabandistas de bajísima ralea.

Dos años duró el noviazgo. La maestra tenía como único familiar cercano a su hermano Raúl, seis años mayor que ella, quien vivía en Tunja con esposa y dos pequeños hijos, conformando una familia ordinaria y común de clase media boyacense.

Al final Sonia y su flamante novio los visitaron e invitaron a la boda a celebrarse próximamente en Bogotá.

Igual procedimiento fue seguido respecto de la única amiga de Sonia, una joven pianista de nombre Emilia, casada con un músico. Esa pareja tenía un hijo y todos vivían en Bogotá.

Estas dos familias constituyeron el total de invitados a la ceremonia religiosa y a un desayuno elegante contratado por el novio en un salón especializado.

Después de la boda, la pareja se instaló en Bogotá, pero el abogado continuó con su vida de negocios y alpinismo social en Cartagena y Buenaventura .

Oscar Medina, por sus propios medios, se metió de lleno en las cúpulas económicas de los grupos que comenzaban el lucrativo negocio de las drogas importadas del Oriente, negocio que iba conquistando los mercados de los países del tercer mundo. Se olvidó de sus sueños de pertenecer a la clásica alcurnia cuyo brillo lo había llevado a un matrimonio

que, lejos de servir sus propósitos iniciales, realmente era una piedra absurda que estorbaba su camino al éxito financiero, como el comerciante inescrupuloso y arribista que era.

El dinero comenzó a llegar y a permitirle todo tipo de caprichos. ¿Para qué quería una gran posición social llena de cultura y de conocimientos si el dinero que los negocios no públicos hacían entrar en cantidades crecientes, le proporcionaba a él todo el poder y la adquisición fácil de cuanto se le antojaba? La esposa permanecía en Bogotá absolutamente ignorante de los reales triunfos del gran hombre con quien se había casado, trabajando como tonta maestra.

Así iba la vida conyugal. Aprovechando una estadía de su esposo en Bogotá, una noche que cenaban en un restaurante de gran nombre y precio, sin que ella notara en él ninguna emoción especial al recibir la noticia, le comunicó la maravillosa nueva de que iban a ser padres. Inmediatamente Oscar Medina se levantó para brindar, ante los desprevenidos aunque muy elegantes comensales del lugar, por el heredero afortunado de ese industrioso y avispado padre. Brindis que fue acogido con un aplauso y una repartición de copas para todos los presentes.

Inicios del heredero del gran señor

Comenzó la segunda parte de la vida de la maestra Sonia. Ella se entregó a su maternidad: a la preparación de las cosas para el bebé y todo lo restante. Su esposo quien puntualmente estaba en Bogotá los fines de semana comenzó a alargar sus viajes de trabajo a dos semanas seguidas y sobre todo, ella notó que dejó totalmente de preocuparse por ella, por el bebé,

por la vida de los dos. Incluso abandonó casi totalmente la vida íntima de pareja.

Nació el bebé y ella lo declaró oficialmente en la clínica como Jorge Medina Mejía, porque el padre solamente llegó ocho días después, cuando la madre y el hijo ya estaban en la casa, atendidos por una sirvienta de nombre Lucila, contratada por Sonia.

No había pasado ni el primer cumpleaños de Jorgito cuando la relación matrimonial había dejado de existir. De ella solamente habían quedado las formas externas y la rigurosa minusciosidad que el padre implementó para las cosas sencillas y obligantes tanto para la madre como para el hijo.

Evidentemente, él no quería ni ver ni estar cerca del pequeño llorón. Pero tampoco iba a permitir que su esposa pudiera dedicar mucho tiempo al cuidado del crío sobre el cual él tenía ya previsto un futuro muy productivo y muy próximo. Sonia, despertó a la situación absolutamente anormal que interpretó como una reacción de celos de su marido enfocados en el amor del bebé y ella.

La crianza y crecimiento de Jorge tomaban el tiempo total de Sonia, cuando Oscar, su marido, decidió que ella tenía que trabajar y dejar al niño de dos años al cuidado de Lucila, porque el niño estaba creciendo demasiado consentido. Además él tenía que trabajar más y permanecería fuera de la ciudad la mayor parte del tiempo.

Sonia consiguió trabajo en un colegio privado y se desempeñó en él cumpliendo sin protestar los deseos de Oscar por casi tres años, hasta un día en el cual, horrorizada, vio a su marido golpear al niño.

Después de advertirle que lo demandaría si volvía a suceder, empezó a preparar una estrategia de huida y, cuando tuvo la evidencia del hecho ocurrido por segunda vez en su ausencia, ella optó por ejecutar lo que venía preparando en su mente y en sus ahorros.

Oscar ignoró el llamamiento de la Comisaría de Familia y mandó buscar espías para dar con el paradero de los fugitivos. Luego ofreció grandes recompensas en efectivo por cada uno, indicando que el lugar más posible para su escondite era Buenaventura y sus alrededores. Él se estableció en Cartagena, en donde declaró que su hijo estaba destinado a ser el heredero del emporio y que comenzaría desde sus cinco años a practicar el asunto de trasladar mercancías especiales… Es más… ya estaría comenzando ese aprendizaje de no ser por la madre estúpida y voluntariosa que no veía el porvenir del hijo y por un simple correctivo que él había aplicado, decidió huir robándose al heredero del gran Oscar Medina, como si ella, una simple maestra, fuera capaz de encontrar en dónde esconderlo de él y de su poder…

Así más o menos estaba el conocimiento que tenían del capo Oscar los espías que habían respondido a su llamado. Algunos desertaron rápidamente pero entre los que quedaron resultó fácil tarea para Solís conquistarse a los más deseosos de la recompensa y sonsacarles la historia que ellos conocían del gran jefe.

Toda la historia llegó a Nieto. Entonces Nieto habló en Cali para comunicarla a quienes tuvieran la dirección del caso de forma que ellos pasaran los datos a los más altos y se organizara a nivel nacional una captura.

Y se dio. El propio capo se hizo visible en alguna borrachera, insultando a los supuestos investigadores por la nulidad de sus acciones y fue capturado en Cartagena.

Desde la cárcel continuó dando órdenes y pagando sumas. Entre tres de los espías ansiosos, montaron una gran mentira internacional según la cual sus aliados se acercaban al lugar del escondite de los fugitivos pero necesitaban medios económicos para sacarlos y obligar a un avión a llevarlos a Colombia.

Para ellos hubo dinero y el capo se sentó a esperar la noticia de que su hijo había llegado a Cartagena en manos de sus súbditos para aprender el oficio de multi-operario de las mafias y heredarlo a él, el primero de los capos colombianos sobre el Pacífico…

Después del desplome de Medina, Nieto fue a buscar a Chepe (Raúl) Mejía con el objeto de que supieran el estado de las cuestiones y tomaran sus propias decisiones. Chepe agradeció en el alma pero respondió que de momento no se volverían a Tunja porque todos en la familia se habían entusiasmado con los viajes cortos por el mar, con la idea de visitar todos los pueblos y lugares que a su hermana le habían gustado e incluso con el clima, a pesar de la molesta humedad y habían decidido en total acuerdo quedarse en el puerto hasta restablecer completamente la relación con su hermana y con el abogado Bermúdez, quien sin duda estaría formando ya parte de la familia.

Nieto le pidió explicaciones sobre esto último y Chepe le contó de la visita y la amistad establecida entre ellos y Bermúdez, con anterioridad de unos cuatro días, al momento en el cual él, el abogado Nieto los había llamado para que salieran de Tunja, pero de la cual (visita) por todo el atropello

de cosas y movimientos no habían tenido oportunidad de conversar.

Nieto se rió un buen rato. Alegre por Bermúdez y por Lucía. Quiso ser más joven para emprender un viaje a buscarlos, a lo cual Raúl le dijo.

─ Pues hagámoslo, abogado,… ¡hagámoslo!. Si mi hermana sin dinero, sin ayuda y encima embarazada y perseguida y llevando un niño de la mano, arrancó… ¿por qué no vamos a poder nosotros? Todos descubrieron que sí se podía y aplaudieron la idea.

.....

La familia Bermúdez

Con el acompañamiento del conductor contratado que conocía la región, Darío y su familia recorrieron la Villa de Potosí, una ciudad colonial muy antigua de Bolivia, fundada en el sector de la mina de plata, antigua fuente de riqueza del país. Visitaron los lugares más llamativos, bien conservados y adornados con arte. Despacharon la carta para Solís en el correo. Comieron en un restaurante moderno y decidieron sobre el resto del viaje a Asunción.

Serían posiblemente dos jornadas: Una de Potosí a Villa Montes y la última de Villa Montes a Asunción en Paraguay, jornadas que se tomarían un día cada una.

Todos de acuerdo en salir de una vez para Villa Montes, levantaron y ordenaron sus cosas y fueron acomodando todo en el carro. Antes de las dos de la tarde, arrancaron.

El largo camino hasta Tarija les pareció corto y suave. Descansaron un par de veces en sitios agradables y continuaron mirando el paisaje y las variaciones de la

vegetación. Al final, antes de la llegada a Villa Montes se hizo de noche y no pudieron apreciar en ese momento el verdor del Chaco que les abría sus puertas.

Rápidamente cenaron y se ubicaron en un hotel con ánimo de salir temprano, para llegar a la frontera antes de que se acumularan muchos carros y personas para chequear pasaportes.

Lucía sentía que estaba completando su propia vuelta al mundo y no podía sino alegrarse. Carlos se acostó sin desvestirse y se durmió de inmediato.

— Es la última vez que me haces esto — , dijo la madre despierta a su hijito profundamente dormido y añadió: La próxima te baño para que te despiertes y te pongas la pijama.

Darío la observaba y se reía de la buena lógica de esa mamá.

— Eso, amenázalo, sigue el ejemplo de los que pegan… —le dijo sonriente.

— Ah!, menos mal tiene un papi que lo defienda —contestó ella fingiendo mucha seriedad.

Y siguió dormir y levantarse para volver a empacar y seguir.

A las diez de la mañana salieron. El viaje avanzaba por un terreno lleno de vegetación, muy amable. Dos horas más o menos tardaron en llegar al punto fronterizo, denominado el Boquerón. Allí les chequearon los pasaportes y los saludaron ′Bienvenidos amigos colombianos′ enseguida les permitieron continuar, concediendo a cada uno seis meses de permanencia en Paraguay.

Lucía no había experimentado nunca como en ese momento tal nivel de satisfacción: el sentimiento de ver cumplidos cabalmente sus deseos. Se sentía en deuda con el país que así

la acogía, como si se hiciera cargo de enfrentar los monstruos que podrían perseguirla y la liberara a ella del temor.

El tramo final de la carretera lo hicieron lentamente. Pararon cuatro veces en lugares muy apacibles, a la orilla de riachuelos, o en pequeños parques infantiles en donde aprovecharon para que Carlitos se balanceara un poco y se riera a carcajadas cuando ella o el papi empujaban el columpio. Lucía sintió que era bello el país y que la recibía con un abrazo.

Al subir al carro después de la última parada, dijo a Darío: Tenemos que volver por estos lados. Para mí, éstos serán siempre los recuerdos de mi luna de miel. Darío la apretó un poco entre su brazo y su cuerpo y el dio un pequeño beso en el cuello mientras le ayudaba a acomodarse. Carlos ya cabeceaba con sueño, aunque el cielo estaba todavía claro, así que la mami le propuso si quería ponerse la pijama para llegar listo para acostarse. El niño contestó que no. Que él estaría despierto todo el tiempo. Al arrancar el carro, de todos modos se durmió.

Y llegaron a Asunción. Y fueron al hotel que habían acordado en Villa Montes: un hotel familiar, con patio y jardín interior y una huerta de frutales. Allí se hospedaron. Lucía y Carlos se despidieron del conductor y le agradecieron su amabilidad y paciencia. Él la miró y le dijo: ″nada aparte de lo que usted merece. Continúe tranquila que todo terminará bien″. Luego agradeció a Darío por haberle dado ese trabajo y por el pago y se despidió de Carlos ya despabilado, con el choque de puños convencional. El conductor dormiría en el mismo hotel pero saldría muy de madrugada para hacer en dos jornadas todo el recorrido hasta la Paz. Ellos le insistieron en la prudencia necesaria y en comer y dormir bien. Él se alejó sonriendo.

Cartas

Una vez solos en el hotel Lucía sacó su cuaderno de apuntes y leyó para ambos las actividades que tenía previstas para cuando llegara al punto en donde se dedicaría a esperar a su hijo.

1. Escribir cartas avisando de su llegada y enviarlas con remite desde la dirección del hotel. Pedirles que escriban ahí, que se recogerán las cartas aunque hubieran cambiado de dirección

2. Buscar un Centro Médico Materno y pedir una cita.

3. Comprar un diario local para mirar casas en arriendo. Pedir asesoría y señalar las cuatro más apropiadas para cumplir los deseos y cubrir las necesidades de la familia durante un semestre.

Lucía enseñó sus apuntes a Darío y le dijo que si le parecía, comenzaran por las cartas. Que él escribiera a Nieto, lo que quisiera, que de parte de ella le diera mil gracias por el cuidado de su familia y que en su casa siempre habría un lugar para él. Que viniera a visitarlos.

Ella escribiría lo correspondiente en una sola carta para Solís y Raúl. Cuando ellos contestaran por separado, ella les escribiría por separado. De momento lo importante era establecer los vínculos y ponerse todos al día en las novedades de un lado y otro.

Este oficio les llevó una hora. Al final estaban las dos cartas listas para llevarlas al correo en la mañana y el joven volvía a tener sueño. Con su leche y su pijama, se acostó y durmió como un ángel.

Entonces los padres también se relajaron y durmieron muy contentos y en paz.

El día siguiente se cumplieron los pasos que seguían en la lista: Llevar las cartas al correo y comprar el diario, fueron dos encargos para Darío. Regresó con el segundo pero sin cumplir el primero.

Se sentaron a mirar las ofertas de casas en arriendo y decidieron pedir consejo a la dueña del hotel. Ella muy sonriente les fue describiendo los barrios y las casas mismas. Ellos señalaron cuatro para visitarlas en el día.

Cuando Carlos se levantó, desayunaron en el mismo hotel y salieron todos a buscar el Centro Médico y a mirar las casas que habían elegido.

El médico no pudo menos que reírse de esa paciente que le presentó como único testimonio de atención médica de su embarazo un certificado de preñez de seis semanas, con fecha cuatro meses anterior al día actual.

Le mandó hacer exámenes de laboratorio. En la revisión física encontró que todo estaba dentro de las condiciones óptimas para el tiempo de embarazo y la edad de la paciente. Quedó en esperarla dos días después, con los resultados del lab.

Al despedirse le dijo que por favor no fuera a desaparecer tanto tiempo sin dejar alguna seña, por si acaso…

Lucía salió contenta, pasó de una vez por el laboratorio y luego se reunió con sus hombres que la esperaban comiendo helado en el parque.

Seguía visitar las casas. No estaban lejos.

Estaban en un barrio nuevo de casas de igual diseño. Dos de las disponibles eran de tres alcobas y dos de dos alcobas. Se inclinaron por las de tres alcobas y después de visitarlas optaron por la más alejada de la esquina por la cual pasaba una

avenida grande. El precio, por su equivalente en pesos les pareció aceptable. Los encargados ofrecieron arrendarla con los muebles básicos de las alcobas y la sala-comedor, además del baño y la cocina que los tenían completos. Ellos aceptaron y dejaron sus nombres y números de pasaporte para que el encargado adelantara el llenado de los formularios y avisara al dueño. Quedaron de regresar al día siguiente por la tarde.

Todo fue muy rápido. Una vez en la casa, buscarían lo que hiciera falta. De momento podían pasear por la ciudad. El tema de preguntar oficialmente por la posibilidad de vivir permanentemente allá, lo enfrentarían cuando tuvieran siquiera un mes de conocimientos prácticos al respecto.

Con la dirección de la casa en la mano, al llegar al hotel corrigieron la que habían escrito como remite en los sobres que aún no se había llevado el correo. Así todo quedó completo y coherente. Lucía suspiró contenta y decidió hacer ella misma la vuelta de llevar las cartas, mientras padre e hijo jugaban fútbol en el patio con un pequeño balón del hotel.

El día les alcanzó para darse una vuelta por el sector más comercial de la ciudad. Carlitos no había visto nunca tal cantidad de juguetes y ni siquiera mostraba deseos de tenerlos. Solamente los miraba asombrado.

Darío estaba muy contento. No sentía nada parecido a nostalgia ni a sentimientos de culpa. Pensaba que su vida era un rompecabezas que se había desajustado pero las piezas, con el movimiento reciente, acababan de ocupar sus puestos. Todo era coherente. Esa idea le había venido a la mente mientras escribía a su amigo Nieto y en esa carta quedó expresada.

Los Bermúdez se sentaron a conversar un poco. Hablaron en términos generales de economía y posibilidades de trabajo.

Darío tenía recursos con los cuales podrían vivir bien todos por un año completo. Durante ese año él pensaba estudiar toda la ley civil paraguaya a fin de validar su profesión y ejercer como abogado en el país. Con eso tendría más tiempo para colaborarle a ella, sobre todo en los primeros meses después del nacimiento del bebé.

Lucía le hizo una síntesis de sus riquezas: Le quedaban en total poco más de mil dólares, con los cuales había pensado que podría vivir con sus hijos hasta que su bebé cumpliera un par de meses y entonces buscaría trabajo como maestra. Ella nunca había tenido dudas de que lo lograría. Ahora con la compañía, la ayuda y sobre todo el amor de Darío se consideraba más rica que la mismísima Reina de Saba.

Ambos se rieron y desapareció por completo el sentimiento de prevención que se deriva de unas finanzas secretas, sentimiento que había sido dominante en la vida de Lucía a lo largo de todo el tiempo que duró su matrimonio, sobre todo en los primeros años, en los cuales se le impidió con poderosa autoridad ejercer su profesión de educadora y tener su propio dinero.

Poco a poco Darío fue intuyendo que la vida de Lucía con muchas cosas, ropa fina, joyas, reuniones elegantes, etc, la había hastiado.

Ella solamente sabía que Oscar era bueno en los negocios y se admiraba de que con esa mediocridad intelectual para razonar y sacar conclusiones, lograra tanto éxito, pero como no sabía de qué negocios se trataba porque él no decía nada al respecto, ella dejó de admirarse. Oscar viajaba la mayor parte del tiempo y regresaba con más regalos finos, inútiles y feos. Hasta que llegó el pequeño Jorge..

Entonces se acabaron los regalos. El tiempo de su marido en la casa era menor que el que destinaba antes para compartir con ella, pero ella era muy feliz con su bebé.

Cuando el niño tuvo dos años, él la presionó para que buscara trabajo de maestra en un colegio y consiguiera una niñera que cuidara al niño si Lucila no podía con todo. Ahí ella despertó a la realidad de que su marido era un psicópata, lleno de celos contra su propio hijo. Comenzó a vivir asustada. Ya no era aburrimiento sino temor lo dominante en su existencia.

Ahorraba en secreto cuanto podía. Compró un carro a plazos para disimular sus ahorros y a los dos años, cuando entró en pánico ante el primer castigo violento que recibió el niño, vendió el carro y convirtió todo el dinero en dólares y esa fue la riqueza que le permitió viajar como lo hizo. Oscar no se fijaba en nada que no fuera él o para él. Ni siquiera preguntó por el carro.

En total, Darío y Lucía supieron que podían darse el lujo de esperar el parto dedicando todo el tiempo a la preparación del mismo y al trabajo pedagógico con Carlitos con miras al inicio de su educación primaria en el siguiente período.

El pronóstico del médico sobre fecha posible del próximo parto indicó el período del 1 al 10 de enero. En la consulta, vistos los resultados del laboratorio, formuló vitaminas especiales. Sugirió a Lucía que se acercara al menos una vez por mes para un chequeo. La secretaria anotó la fecha de la siguiente cita y le dio una copia para ella.

Con esto y el aviso de que la casa estaba lista, agradecieron a la dueña del hotel y le pidieron el favor de guardarles cualquier carta que pudiera llegar para ellos. Luego de pagar

lo adeudado y de informarle de su dirección, en un taxi fueron a recibir la casa.

Lucía estaba radiante. Se sentía feliz de ser realmente un ama de casa en una casa manejada por ella y para el bienestar de su familia. No en una casa para mostrar ni sabía qué, como su casa de Bogotá, la cual era algo para que la gente lo viera y guardara distancia. Ni siquiera su amiga Emilia pudo ir a visitarla nunca.

Esa tarde acomodaron en sus lugares definitivos lo que habían traído en las maletas que era todo lo que poseían y salieron a buscar cena en un pequeño restaurante. Al volver, con gran rapidez estuvieron listos para dormir esa primera noche en la casa familiar.

Al día siguiente compraron ropas de cama, toallas, elementos de cocina y de aseo, un estante para libros y un escritorio. El tercer cuarto sería un estudio que de momento serviría para tener en orden todo lo relacionado con el bebé.

El cuarto de Carlos fue objeto de especial cuidado. Importaba que el niño tuviera a la vista cosas interesantes, podían ser posters o juguetes educativos, no muchos, pero llamativos. Una mesa y dos asientos para niños. Carlos tendría sus propios libros, sus cuadernos, sus pinturas, además de algunas pelotas y espacio para nuevas sorpresas.

El niño rápidamente comprendió que él debía cuidar todas sus cosas y mantener el orden en su cuarto.

Una vez tendida la cama y cubierta con una colcha de colores, Carlos se quitó los zapatos y se tendió con su osito a quien comenzó a mostrar lo que iba mirando y a nombrarlo cuando se acordaba. Si había olvidado un nombre, se paraba e iba hasta donde la mami o el papi le pudieran contestar cómo se

llamaba el objeto. Estaba realmente descubriendo un mundo nuevo.

Lucía preparó la primera comida familiar. Una rica sopa con algo de arroz más ensalada de tomate y pepino cortados en cuadritos.

En una semana la casa estaba completa y se veía linda. El viernes 23 llegó un telegrama de Nieto.

Viernes 30 estaré allá. Abrazos. RafaNieto

Bermúdez se quedó como en paro. Al fin dijo: ─ ¿Quée??

Lucía no había sentido la puerta y solo escuchó el casi grito de su marido.

─ ¿Y… ? ─ le preguntó.

─ Pues que de hoy en ocho tendremos visita ─ contestó Darío y le entregó el papel

Ella lo leyó y sonrió contenta. Sin duda le pareció una emocionante misiva. Se volvió a Darío para urgirlo:

─ Ve y contesta que lo esperamos con los brazos abiertos!

Darío hizo lo que le mandaban y regresó animado.

─ Muchas cosas buenas me han llegado contigo… incluida la restauración de una gran amistad que llevaba años medio caída ─explicó a Lucía.

─ Pues en estos ocho días prepararemos un programa para realizar con él. Yo lo recuerdo como un señor muy educado y muy bondadoso ─dijo ella.

Dos días después del telegrama llegaron cartas de Raúl y de Solís.

En ambas ellos hablaban de que gracias a Nieto se había descubierto la verdadera identidad de Medina y sus muy malas intenciones. De momento el asunto estaba silenciado y el prisionero recluido sin contacto con el exterior. Era necesario esperar el fallo del juez.

Raúl pensaba gastar todos sus ahorros en un viaje familiar a visitarlos, después del nacimiento del segundo sobrino. Querían recorrer por tierra el trayecto de Lima a Asunción… y esperaba consejos de su hermanita y de su amigo Darío quien le había dicho, antes de todo el gran barullo, que la familia era el valor más importante.

— Quién sabe cuántas cosas habrán sucedido… —dijo Darío, pensó un momento y agregó:

— Algún soplo especial me movió a venirme así, de repente. Y cómo me alegro de haber hecho ese aparente viaje de locos.

— Ahora que dices lo del soplo, no te he contado que el chofer que nos trajo desde La Paz, dos veces en diferentes momentos me dijo, como si supiera algo con certeza: "Puede estar tranquila. Todo va a salir bien, muy bien… "

— Pues a mí me dijo que te cuidara mucho que ése era mi principal trabajo —Comentó Darío.

— Mejor no hablemos de esto. Me siento no sé cómo cuando suceden cosas que parecen extraordinarias. Lo mejor es limitarnos a dar gracias al Padre Dios —expresó Lucía y Darío afirmó con un movimiento de cabeza.

.....

El caso de la madre y el niño fugitivos

Nieto, en cuanto Oscar Medina fue puesto en prisión, decidió buscar el expediente preparado por Bermúdez para pedir anulación de matrimonio de la maestra y lo encontró haciendo bulto en un juzgado. Entonces lo pidió, lo revisó y volvió a presentarlo añadiendo el antecedente de la carrera delictiva del mismo sujeto a quien se acusaba de haber ocultado la existencia de sus problemas mentales muy anteriores a la celebración del matrimonio.

Además, por decisión propia, Nieto añadió una solicitud de que se declarara libre de todo delito a la madre ausente quien se convirtió en fugitiva por el temor de las acciones perversas del padre sobre el pequeño, temor ampliamente justificado según los hechos recientes.

El juez a quien fue adjudicado el caso no demoró sino diez días en dar salida positiva a las dos solicitudes.

El abogado junto con Juan, Solís, Chepe y familia celebraron el resultado y Nieto anunció que tenía decidido viajar en cuanto pudiera, para llevarles las noticias y los documentos, antes del nacimiento del pequeño.

Los otros aprobaron con aplausos esa decisión y Raúl se prometió hacer el viaje con los suyos, en cuanto hubiera nacido su nuevo sobrino, para celebrar como gran familia todos los sucesos.

Nieto fue a Cali para reservar un vuelo y anunciar su próximo arribo a los nuevos habitantes del Paraguay.

.....

El abogado Nieto en Asunción

La semana siguiente al aviso del abogado, los Bermúdez aceleraron el arreglo de la casa y prepararon el estudio como alcoba de huéspedes, destinada a quien los honraba con su visita.

Averiguaron sobre llegada de aviones procedentes de Colombia y encontraron que el viernes a las siete y treinta de la tarde llegaba uno de Aerolíneas Argentinas, cuyo destino final era Buenos Aires.

Así que con Carlos muy entusiasmado se fueron al aeropuerto para esperar al 'tío Rafael', como Bermúdez le dijo que lo llamara.

Y llegó el viajero y abrazó a su amigo y colega Darío Bermúdez como podría haberlo hecho un padre muy afectuoso. Luego se reconocieron Lucía y Nieto y Carlos lo llamó tío mientras extendía su mano para saludar, saludo que el abogado respondió levantando con un gran abrazo al sobrino acabado de conocer.

Después de volver sobre sus pies, Carlos muy contento le dijo al papi que ese tío era muy fuerte y que le gustaba mucho.

Llegaron a la casa y se sentaron a compartir la comida fría muy variada que Lucía había dejado lista, un refresco de uvas para la madre y el pequeño, y un vino muy bueno procedente de un lugar llamado Camargo en Bolivia, con el cual los abogados brindaron muy sonrientes.

El horario de Carlos llamó al orden y todos se preocuparon porque el chico se durmiera muy feliz con un oso grande que el tío le llevaba desde Colombia.

Entonces escucharon la historia completa, con las circunstancias tan precisas de salvamento de los familiares de Lucía y del niño que, gracias a su rabieta y a que los zapatos no le entraron fácilmente, en lugar de irse de viaje a Cartagena para no volver nunca, se ganó unos golpes que denunciaron al padre.

Lucía escuchaba verdaderamente asombrada y con estremecimientos de temor tardío por todo lo que hubiera podido pasar si ella no hubiera tenido casi listo su escape… Sin duda, alguien los había protegido desde la propia salida de Bogotá.

El abogado les dijo que Juanito contó para quienes se reunieron antes de su viaje, que muchas, muchas personas sencillas por toda esa costa tenían un acuerdo de ayudarse y ayudar cuando alguien estaba en peligro, en memoria del obispo que les había enseñado lo que significa la solidaridad y la fraternidad humana. Por eso cuando alguno mencionaba que tal o cual persona necesitaba soporte, se pasaba la voz y esa persona, sin saberlo, se convertía en un punto permanente de cuidado por parte de gentes en apariencia sin importancia pero que llenaban los detalles mínimos necesarios para que se lograra lo bueno y se impidiera que lo malo llegara a realizarse.

Darío y Lucía supieron en ese momento que el chofer que los transportó, sin ninguna duda, era alguien dentro de esa gran red de fraternidad. De esos detalles hablaron y se sorprendieron, junto con el abogado Nieto al constatar que el bien sí se reproduce, muy eficazmente, sin hacer ruido ni buscar recompensa …

Con los documentos sancionados por la ley colombiana, ellos podrían regresar al país para llevar su vida en él, pero Lucía y

Darío querían estar en Paraguay hasta que los niños crecieran y tuvieran la oportunidad de conocer bien el país de su infancia. Además, mejor ser prudentes porque la ley no suele ser obstáculo para posibles revanchas de quienes viven al margen de ella.

El abogado Nieto confirmó esa opinión al decirles que, aunque en prisión, Medina seguía encontrando medios para comunicarse con sus secuaces e increíblemente, continuaba manejando y haciendo crecer su empresa, no en su propio nombre por supuesto. Que, por ejemplo los del engaño que le sacaron dinero para un supuesto rescate de la esposa, habían muerto sin que los asesinos dejaran ningún rastro… Esta era la razón por la cual Raúl pensaba seriamente instalarse en Cali, porque en Tunja de nada le serviría su cambio de nombre, puesto que cualquiera lo reconocería.

Otra cosa que acordaron los del grupo en Cali fue mostrar como dos destinos completamente diferentes el del abogado Bermúdez quien en un viaje de estudio comparado de las leyes migratorias de los países de América del Sur, se había casado con una abogada paraguaya que asistía al mismo curso y vivían en Argentina, en donde juntos ejercían su profesión y por otro lado, el destino de la maestra colombiana fugitiva, Sonia Mejía, absuelta de toda culpa, quien vivía con su hijo en un pueblo de la cordillera en Bolivia y ejercía su profesión bajo otro nombre que ese país le adjudicó.

Sin dar demasiadas explicaciones, esos serían los hechos para quienes intentaran sonsacar nombres y lugares. Del hermano de la maestra solo se supo que se fue para el exterior con su familia.

Bermúdez se reía pero aceptó absolutamente lo propuesto como la solución que debían sostener por los siguientes veinte años cuando menos.

Con Rafael Nieto hicieron paseos. Volvieron al Chaco según el deseo de Lucía y disfrutaron del bello paisaje y de un clima exquisito. Además hicieron un viaje interior para conocer Ypacaraí y su lago azul, y las maravillosas Cataratas de Iguazú. Nieto les propuso que volvería cada dos años a visitarlos, por la misma época, para revivir esas bellas sensaciones y revisar el paisaje de cada lugar y los posibles cambios acaecidos en su ausencia.

Carta de Solís

Al regreso de Iguazú se encontraron con una carta de Solís para el abogado Nieto.

El caso es que la señora Leticia Nieto de Arboleda lo estaba buscando. Ellos le dijeron que posiblemente estaría en Bogotá, pero que no sabían nada al respecto.

La señora insistía en que necesitaba urgentemente hablar con él. Como no aparecía por ninguna parte, la señora preguntó por el abogado Bermúdez, un hombre más joven que su padre.

Ellos le contestaron que lo conocían pero que hacía años que se había ido de Buenaventura.

Ella preguntó si seguía soltero y le dijeron que no sabían nada…

Entonces dijo que ella estaba de viaje para los Estados Unidos porque se acababa de divorciar. Que de eso quería hablar con

su padre, que cuando volviera a aparecer, le dijeran que ella escribiría cuando estuviera instalada en USA.

Medio en serio medio en guasa, Solís pedía consejo de qué contestar si la señora volvía. Por lo demás todos ellos, esto es Solís, Juanito y Chepe Mejía seguían en contacto pero nada sabían de los destinos de los abogados Nieto y Bermúdez.

─ Bueno, mi viaje de regreso es dentro de tres días, así que no contestemos nada de momento. Al fin solamente estuve paseándome por los campos boyacenses para bajar todas mis tensiones y comenzar a escribir mis memorias. Cuando vuelva, hablaré de los paisajes y del frío tunjano y también de la bella Villa de Leyva ─ , dijo Nieto.

Y así terminó esa visita muy grata y amable. Quedaron en escribirse frecuentemente con algunas particularidades en la dirección del remitente, o a través de los servicios de Solís, por si acaso aparecían señales de peligro.

Fueron al aeropuerto a despedir al tío. Carlos volvió nostálgico a la casa. 'El tío Rafael es muy bueno!', dijo muchas veces.

Nacimiento de Beatriz

Llegó el mes de diciembre. En Asunción, la piedad tradicional alrededor del Nacimiento de Jesús absorbía la atención de la gran mayoría de las familias, centrándose en los niños y en los cantos navideños. También la representación del pesebre era un elemento esencial en el interior de las casas y un punto de confluencia de juegos infantiles y rezos antiguos.

Los Bermúdez vivieron el mes compenetrados con los paraguayos. Lucía recordó lejanos días de su infancia, antes de

cumplir ocho años, cuando la orfandad los dejó a Raúl y a ella al amparo variable de algunos parientes mayores. Durante todo el tiempo restante, mientras fue soltera había participado en las celebraciones de acuerdo con el lugar en donde vivía cada temporada. Pero vivir la Navidad a lo paraguayo, en vísperas del nacimiento de su segundo hijo, fue todo un renacer de la alegría infantil en su corazón.

Darío compró un tocadiscos y discos con música muy variada. Esa música llevó un sentimiento nuevo a los cuatro miembros de la familia, pues el movimiento del bebé parecía indicar que tenía afán de mostrarse a los suyos.

En el amanecer del Año Nuevo, se produjo el nacimiento de la pequeña Beatriz Bermúdez Torres. Darío y Lucía salieron de la casa a las diez de la última noche del año, dejando a Carlos dormido bajo el cuidado de una vecina muy bondadosa, en la casa de esa vecina. A las ocho de la mañana, Darío volvió para avisar a Carlos que tenía una hermanita pero que no podría verla sino hasta el día siguiente cuando el médico la dejara salir.

Carlos aceptó quedarse muy juicioso con sus amigos, con quienes jugaba sin parar y Darío agradeció a todos y volvió rápidamente al hospital.

En el hospital, Darío pasó el día entero acompañando a sus dos mujeres y los ratos que ellas dedicaron a dormir, él los aprovechó para escribir cartas a los pocos compinches enterados de sus andanzas.

Por la tarde la enfermera jefe les avisó que al día siguiente podrían salir después de las diez de la mañana si no se presentaba ningún problema que hiciera cambiar la orden médica consignada en el expediente.

Darío se fue a dormir a la casa, después de poner las cartas al correo, recoger a Carlos y prometer a los niños que al día siguiente lo llevaría de nuevo mientras iba a traer a la mami Lucía y a la hermanita Beatriz.

A las ocho de la mañana, cuando Darío salía con Carlos para dejarlo con los vecinos según lo acordado, llegó a la casa una joven que había sido contratada por Lucía como niñera y ayuda en las cosas generales a partir del día dos de enero. En tal momento Lucía no había imaginado que el parto sucedería el propio primer día del año.

Darío llegó con todo y niñera a la casa de la vecina y le explicó que no se atrevía a dejarla sola en la casa, sin que Lucía le indicara lo que tenía que hacer, y por tanto le pedía que ella, la vecina, le pusiera algún oficio por esa mañana, mientras ellos regresaban del hospital.

Así todo el rato hasta casi la una del día, los niños del vecindario entre los cuales se incluía Carlos, tuvieron a Mery, una nueva amiga que jugó con ellos y les enseñó cosas interesantes como marchas, trabalenguas y adivinanzas elementales.

Un poco después del mediodía, los padres y la bebé recién nacida salieron del hospital, muy alegres los tres. Tomaron un taxi rumbo a su casa y fueron recibidos con gran alboroto por el hermano mayor de Beatriz.

****

PARTE III

Incidentes en Cartagena

En Cartagena se hizo público el caso del capo encarcelado, quien estaba desesperado por encontrar a su hijo legítimo de cinco o seis años, para dejarle su herencia. Él despreciaba absolutamente el fallo de anulación de su matrimonio y para esa mujer perversa, la madre, solamente deseaba la muerte, pero para su hijo, según decía, deseaba lo máximo posible y tal era, convertirlo en el heredero de su nombre y su fortuna.

Este despropósito llegó a oídos de Lidia Gómez, cartagenera alegre y despreocupada de los asuntos serios, pero muy amante de lujos y admiradores adinerados. Lidia conocía a Oscar Medina desde que era el joven arribista que soñaba con formar parte de la alta sociedad, época en la cual los dos fueron buenos amigos. Esa época del arribismo terminó cuando Oscar descubrió las formas fáciles de obtener dinero y todo lo que con él se podía comprar y olvidó su sueño de pertenecer a la clase alta. Lo malo desde el punto de mira de Lidia, fue que en aras de ese sueño, su amigo había caído en un matrimonio a lo tradicional y se había establecido con el aire de gran señor en Bogotá, aunque la sede de su negocio real seguía siendo Cartagena.

Lidia y Oscar continuaban con su amistad de tragos. Ella supo fácilmente el tipo de mujer que era la esposa y no quiso ni intentar conocerla, pero le ayudaba a Oscar a pasar ratos de espera de mercancías o de reuniones con sus ayudantes, todo un ejército que él gobernaba como cualquier déspota pero cuyos servicios pagaba bien. Así supo que había tenido un hijo, un crío llorón…del cual el padre solamente sentía aburrimiento pero a quien demostraba amor y ternura de acuerdo con los

signos externos que expresan esos sentimientos que para él no eran más que eso: una colección de gestos que se interpretan así…

Lo de la desaparición de la mujer con el crío solamente hizo reír a Lidia. ″Idiota, si cree que huyendo a la miseria va a salvar a su hijo… ″, se decía y pensaba que pronto la vería humillada.

Como no pasó eso y lo que siguió fue la contratación de espías para encontrarlos, ella decidió de su cuenta hacer sus propias pesquisas para encontrar por lo menos al chico.

Empezó por ayudar a Oscar a recordar la fecha aproximada de nacimiento del niño, el hospital en donde nació y el nombre que le pusieron.

Con esos datos y con sus contactos de toda índole, hizo buscar el registro de nacimiento de Jorge Medina Mejía, hasta que apareció. Como dato curioso el original no tenía la firma del padre. Supo que solamente habían hecho una copia de ese registro por solicitud de la madre. Según la fecha, esa copia había sido expedida ocho meses antes, esto es dos meses previos a la desaparición de la madre y el hijo.

De todos modos, Lidia pidió unas copias para distribuirlas entre amigos vinculados con los gobiernos locales en donde hubiera podido ser utilizada la única copia anterior.

Ni una palabra por ese lado. Nadie había registrado ningún asunto relativo a Jorge Medina Mejía.

¿Y, si encuentro un chico que se acomode a la descripción que da el padre y le adjudico ese Registro de Nacimiento?, pues… ″tendré alguna posibilidad de estar cerca de una gran herencia y eso no es nada despreciable″, se dijo con gran convencimiento la intrépida cazadora de tesoros.

Y se trazó su plan: Recorrería orfelinatos en busca de un chico de la misma edad del niño Medina Mejía y características físicas aproximadas a las descripciones que daba Oscar. Luego con la disculpa de adelantar algo de confianza con el niño, mirando hacia una posible adopción, lo sacaría de paseo, de modo que si daba la talla, lo convertiría en Jorge Medina Mejía sin avisarle a nadie. Si llegara a aparecer el verdadero, no le temblaría la mano para procurarle un accidente mortal.

…..

Un mes después fue el día. Lidia llegó feliz a visitar a su amigo Oscar. Le tenía la sorpresa del año: Había encontrado a su hijo. Había sido abandonado por la madre en un callejón de Girardot, el mismo día de la huida. Lo increíble era que la madre había metido en el bolsillo del pantalón del niño una tarjeta de identidad de él mismo. A lo mejor ella temía por la vida de ella y pensó que con esa identidad, quien encontrara al niño encontraría al padre.

Ella, Lidia, supuestamente siguiendo los pasos de la madre se subió a un bus que iba para el Valle porque sabía que allá había trabajado por mucho tiempo esa maestra, y en cada pueblo intermedio se demoró a preguntar, hasta que en Girardot le contaron de un niño que se encontraba en el hospicio desde hacía algún tiempo. Una vez lo tuvo con ella, empezó por ir con él para obtener la tarjeta de identidad. Una vez obtenida, le compró ropa usada pero limpia y en lugar de seguir hacia el Valle, emprendió con el niño el viaje a Cartagena.

Oscar quiso ver al chico. El guardia le permitió mirar por la ventana hacia abajo, en donde el niño estaba de la mano de un gendarme. El capo tuvo sus dudas, pero su memoria andaba muy revuelta, de modo que aceptó hacerse cargo, solamente si

su amiga Lidia lo cuidaba. Ella aceptó con muchos remilgos, pero en nombre de la amistad de tantos años, al fin dijo que bueno, que ella lo cuidaría hasta que el papá saliera de la cárcel.

Esta noticia junto con fotos del niño y de la bondadosa cuidadora, salieron en los diarios de esa semana y, por supuesto llegaron a Buenaventura. Nieto recomendó no hablar ni una palabra con nadie en relación con lo publicado por los diarios. Simplemente no sabían de qué se trataba.

Lo que todos tenían que saber era que eso no representaba ningún peligro para el niño que ellos conocían ni para su familia, pero sí podía representarlo para cualquiera que manifestara una opinión al respecto, porque evidentemente era un engaño y a la vez una trampa.

Esa misma tarde Nieto escribió a Bermúdez diciéndole que no escribieran ni dijeran nada a nadie hasta que él les avisara. Incluyó un recorte del Diario con el asunto del hijo del capo y les adelantó que Chepe Mejía y familia habían comenzado a moverse hacia el Sur. Ellos mismos les avisarían cuando se encontraran fuera del alcance del prisionero. Era preciso andar como pisando huevos…

La tribu Mejía Torres

Chepe Mejía salió de inmediato a poner por obra su proyecto familiar de viaje al Sur, antes de que se manifestara ningún matiz nuevo que pudiera exponerlos a la vista de los que se ocultaban detrás de esa película narrada por los diarios…

Al día siguiente salieron para Cali. Cinco días después volaron a Quito. El resto, por economía y como aprendizaje, lo harían por tierra.

Atinó a llegar carta de la señora Leticia Nieto, en el momento más álgido desde las noticias sobre el supuesto niño encontrado.

El abogado después de leerla, escribió una muy corta en respuesta:

Recordada hija,

Lamento saber de tu divorcio. No puedo dar tu recado al abogado que deseas contratar porque él no ha regresado a Colombia desde su viaje de investigación sobre 'legislaciones de América del Sur en relación con las migraciones'. En todo el tiempo, desde que salió de este puerto, no hemos tenido noticias de él. De pronto puede suceder que él esté en los Estados Unidos, porque esa investigación es un movimiento generalizado de los estudiosos de tal materia en el mundo entero.

Espero que tus asuntos tengan un buen final para ti.

Un abrazo de tu padre,

Rafael

Con estos hechos, en Buenaventura solamente quedaron Solís, Juanito y el tío Rafael con los ojos y los oídos muy atentos, mientras continuaban con sus rutinas de siempre.

En Asunción se recibieron en orden, la carta de Nieto con el recorte del periódico y una carta de Raúl desde Cali, informando de su plan de viaje. Prometía enviar la siguiente desde Quito.

Lucía y Bermúdez quedaron silenciosos ante la envergadura de los planes de Oscar. La situación en esos días, a juicio de Darío era alguna triquiñuela de alguien para obtener ganancias. Lo increíble es que ese alguien consiguió un registro de nacimiento de Jorge Medina Mejía y con él obtuvo la tarjeta de identidad correspondiente. Si el truco funciona, ese niño crecerá como el hijo de Oscar Medina y sin duda, entrará en los negocios del padre e incluso llegará a heredarlo si consiguen mantener el mínimo de legalidad necesario para eso y si Oscar no descubre la trampa y los destruye antes de que se den cuenta.

— De todos modos, lo mejor es que Carlos Andrés no vuelva nunca a escuchar acerca de esas personas, ni sus nombres ni su existencia, ni sus golpes. Él y Beatriz son nuestros hijos y nada tenemos que ver con gentes completamente extrañas —expresó Darío mientras volvía trizas el pedazo de diario.

— Qué bueno que nunca usamos ese registro de nacimiento que obtuve antes de salir de Bogotá. A propósito, ¿qué hicimos con él? —preguntó Lucía.

— Yo lo destruí totalmente cuando tuve en mi mano la copia del registro que hice en Buenaventura, antes de irme a Cali a sacar el pasaporte… y, sí fue afortunado no haber dado ningún uso que pudiera rastrearse a ése que tú traías.

— Seguro, alguien nos cuida —dijo Lucía y sonrió.

Los Mejías tardaron diez días en llegar desde el vuelo de Quito. Lo hicieron tomando como base los apuntes que una vez les envió Lucía, cuando acababan de llegar a Buenaventura.

Beatriz estaba demasiado tiernita para meterle un viaje. Por eso los Bermúdez no salieron a recibirlos a Villa Montes, pero

los esperaron entusiasmados en la casa. Carlos admirado decía: ─Otro tío, una tía, y dos primos… uy, ¡muchos para jugar!

En el cuarto de huéspedes, además de la cama para los papás, acomodaron colchonetas para los jóvenes quienes no tendrían ningún inconveniente de dormir en el suelo. Así, todos compartirían en la casa durante los ratos de descanso y aprovecharían los momentos comunes de trabajos constructivos y de juegos.

Finalmente llegaron y se acomodaron y salieron a caminar desde el segundo día. Por la mañana iban todos, con la bebé en su cochecito a dar un paseo corto por el parque y, por la tarde las mamás se quedaban conversando y los hombres iban a dar patadas al balón nuevo de Carlos.

Cuando Beatriz cumplió seis semanas, hicieron un paseo de todo el día hasta Ypacaraí. Llevaban un picnic para sentarse en algún lindo lugar y celebrar todo lo que había para celebrar.

Después de almorzar hablaron de futuro. Raúl dijo que proponía que todos pensaran en ventajas y desventajas de cambiar de país y venirse al Paraguay como familia. Les dio dos días a los jóvenes para que anotaran por escrito lo que fueran concluyendo.

Luego jugaron y corrieron con Carlos a la cabeza. Él estaba dichoso. ¡Qué familia tan grande!, decía muy contento.

Bermúdez y Mejías, le explicaba el tío Raúl, todos somos de la misma familia.

Por su parte Darío y Lucía tenían decidido que cuando Beatriz cumpliera los dos meses, irían a comenzar el proceso de nacionalización de los tres mayores, pues Beatriz por su nacimiento, automáticamente era paraguaya.

Los jóvenes Arturo y Eduardo Mejía, querían saber más sobre la educación básica, la universidad, las carreras profesionales o técnicas, y las posibilidades de trabajo. En líneas generales estaban muy bien dispuestos a quedarse y vivir en Paraguay.

.....

Lo imposible puede suceder

El prisionero de Cartagena dio las órdenes necesarias para que le fuera permitido recibir cada ocho días a su hijo recuperado y todo se cumplió en nombre de la piedad humana y de los derechos inalienables de la paternidad natural.

Durante el primer cuarto de hora de la primera entrevista, el padre tuvo la certeza de que el cascarón que tenía en frente no correspondía con el del hijo perdido. Su primer impulso fue decretar la muerte rápida de la mujer que lo encontró y lo disfrazó con documentos falsos.

Sin embargo antes de hacerlo, mandó llamar al abogado de oficio a cargo de su caso. Cuando el abogado apareció, Oscar le dio la orden de examinar a fondo esos dos documentos y responder con total honradez si quien estaba ahí, frente a él, correspondía con quien esos documentos describían y era realmente el hijo de su matrimonio, a quien él y la madre perversa, dieron por nombre Jorge.

El abogado, mirando la tarjeta de identidad y la copia del registro de nacimiento, pidió dos días para hacer la investigación exhaustiva del hecho.

A los dos días, sin el niño presente, el abogado declaró que en esos documentos se cumplían a cabalidad todas las pruebas necesarias para atestiguar que ése era su hijo. Entonces en

cuanto el abogado salió, por primera vez en su vida, Oscar Medina solo en su calabozo, razonó lógicamente así:

Si con estas pruebas cualquier autoridad tiene que reconocer que éste es mi hijo, y señalaba con el dedo la foto de la tarjeta de identidad, pues entonces, ¡éste es mi hijo!, y yo también lo reconozco. Añadió para sus adentros: ″Pero yo sé que éste no es mi hijo″.

Mandó llamar a su amiga Lidia y le dijo:

─ Todo prueba que éste es mi hijo. Yo sé que eso es falso. Pero al fin lo importante es lo que se prueba, de modo que: ″Es mi hijo″. En consecuencia:

Primero: Usted recibirá la suma de diez mil dólares como recompensa pero desaparecerá para siempre de Cartagena y no buscará encontrarse con mi hijo, so pena de muerte segura para usted.

Segundo: Usted no interferirá de ninguna forma en la selección de una institutriz que voy a contratar para que se encargue de la educación de mi hijo, so pena de muerte si lo hiciere.

Tercero: Cualquier intento de su parte por entrar en relación directa o indirecta con mi hijo antes de que él llegue a la mayoría de edad será la sentencia de muerte para usted. Si lo hacen después de ese día, ambos morirán.

Lidia pálida como una muerta, por toda respuesta dijo: ″Amén″

Oscar indicó la puerta y ella salió.

El chico la estaba esperando a la salida. Ella le hizo la señal que entre ellos tenían para citarse en un lugar secreto y cada uno por su lado llegó a esa esquina de un solar en donde había una caseta medio desbaratada que los obreros solían usar para

guardar por ratos sus herramientas. Ella solamente recordó al protegido, que él se llamaba Jorge Medina Mejía. No podía olvidar eso si deseaba que ese prisionero fuera su padre. Enseguida le recomendó que tratara de conquistarlo y le obedeciera siempre. Luego se despidió dándole un beso en la frente y diciéndole que ella tenía que ir a hacer otros trabajos muy lejos y no lo podía llevar. El niño aceptó con una carita de… ′¿y ahora qué?′ … y echó a andar hacia la cárcel, que era el camino que venía haciendo todos los días.

El prisionero preguntó por su hijo. ¿En dónde estaba?

El guarda le dijo que afuera, en la calle, que la señora no se detuvo a hablar con él y entonces él caminó un poco por ahí, pero se devolvió y estaba esperándola, tal vez.

Entonces Oscar le preguntó al guarda si él tenía hijos.

— Sí, señor, tengo dos hijos. Uno de siete y otro de cuatro años.

— Quiero pedirle que lleve a mi hijo con usted y lo cuide mientras consigo una profesora para él. Yo le pagaré bien. Él puede jugar con sus hijos y ayudar en la casa. No lo traten como persona importante para que no pierda lo bueno que tiene, trátenlo como si fuera otro hijo de ustedes…

— Con mucho gusto, señor Oscar — , dijo el guarda. Y añadió:

— Mientras salgo, ¿puedo traerlo acá?

— Sí, tráigalo y yo converso con él mientras tanto.

Cuando el hijo que había reconocido como suyo entró y se mantuvo contra la pared con aire desconfiado y miedoso, Oscar lo miró un rato y su mente recordó a otro niño similar… un niño escondido mientras sus padres peleaban, con miedo de que le llegaran a él los golpes que ellos trataban de darse el uno al

otro… , esperando un momento oportuno para escapar… sin tener adónde… ese niño estaba en su cabeza y podía ser el mismo que lo miraba con temor a él, el gran Oscar Medina…

─ ¿Tienes miedo? ─preguntó

─ Un poco ─contestó el niño

─ ¿Tienes padres? ─preguntó el adulto

─ No… o … Sí… ─respondió el niño

─ ¿Por qué? … , ─preguntó el adulto

─ Porque no los conozco, pero la señora me dijo que yo sí tenía padres…

─ Y ¿qué más te dijo la señora? ─volvió a preguntar el adulto

─ Pues que usted era mi padre … o que quería ser...

─ Bueno..., puede que yo sea o quiera ser tu padre pero soy pobre y estoy preso ─dijo el adulto

─ ¡Eso no importa!. Si usted quiere ser mi padre, yo puedo ayudarle, limpiarle el cuarto, hacer mandados, hasta puedo lavarle la ropa, lo que usted me diga ─dijo el niño con unas palabras verdaderas y Oscar supo que ese chico decía lo que sentía… , igual que el niño de sus recuerdos... ese niño que quería que aunque fuera uno solo de esos padres peleadores lo quisiera a él.

─ Bueno, por estos primeros días vas a ir a vivir con el guarda y su familia y allá les ayudas y ellos te cuidan y te alimentan. Algunos días yo te mando venir y seguimos hablando. Por ahora no digas que voy a ser tu padre. Espera un poco portándote bien con esas personas. ¿Estás de acuerdo?

─ Sí, señor, sí. Y gracias porque quiere ser mi padre.

Y sucedió: el niño que fue él y el niño que debió reconocer como hijo ante pruebas irrefutables, se encontraron y, a pesar de tales pruebas, del hambre de ambos de contar con el amor paternal, surgió una llamita que dio calor a dos corazones hambrientos de afecto y los depositó en la vida de verdad.

Oscar se sintió padre y hermano de ese pobre huérfano a quien envolvieron en papeles ajenos. Esos papeles eran como una alfombra para que ambos pudieran acercarse y jugar el juego para el cual, hasta ese momento ninguno de los dos había logrado ser admitido. Ahora tenían el derecho y lo iban a ejercer.

.....

La vida en Paraguay

Por ese mismo tiempo, en Asunción, Carlos y Beatriz crecían como hermanos dentro de completa normalidad.

El abogado Nieto los visitó con motivo del primer año de Beatriz y fue el orgulloso padrino de la bebita. Él regresó a Colombia con un sentimiento expresado abiertamente de que debía volver para quedarse del todo por esos lados.

Un año después, Beatriz se aproximaba a los dos años y era una pequeña muy curiosa y activa. Su hermano mayor la adoraba y la cuidaba con gran responsabilidad y los padres muy orgullosos los miraban progresar.

Los tíos y primos Mejía se mostraban siempre como una familia alegre, trabajadora y estudiosa de clase media paraguaya. Ahorraban para viajar y conocer y quizás regresar de paseo a la patria colombiana.

Lucía se sentía cansada y débil. Pasaba días malos y días buenos. Darío a su lado la cuidaba y se peocupaba mucho. Ella no quería saber de ir al Centro Médico, pero finalmente cedió y decidieron ir juntos a ver al doctor.

Los exámenes de sangre mostraron anemia, la cual sin duda estaba entre las causas de la falta de fuerzas. Otros exámenes posteriores indicaron actividad intrauterina maternal: Lucía en los cuarenta y tres, estaba embarazada.

El médico se mostró muy optimista, insistiendo en la importancia de controlar la alimentación para que no falten los elementos esenciales. También la dentadura y las articulaciones fueron objeto de atención. Ciertamente Lucía no está en los treinta pero está bien y sin duda tendrá un bebé muy normal y saludable. Darío contrató de nuevo a la niñera Mery para que permaneciera día y noche en la casa. No podían saber en qué momento tendrían que salir corriendo para el hospital.

Así, superado el temor de un mal desconocido y eliminada la anemia, ante la perspectiva del nuevo retoño, la familia volvió a ver a la animosa mami de siempre, aunque el embarazo tuvo días muy difíciles.

Llegó el día del parto. Fue necesario practicar una operación cesárea dado el tamaño del bebé, que no fue uno sino dos: nacieron los gemelos idénticos José Darío y Raúl Alberto Bermúdez Torres. Un tremendo alboroto se formó. Lucía recibió besos y abrazos y los hermanos mayores esperaban ansiosos que los papis llegaran a la casa con sus gemelitos completamente nuevos.

.....

Nueva ola de viejas noticias en Buenaventura

Rafael Nieto el abogado, una vez enterado del crecimiento demográfico de la familia de su amigo, sintió que sus deseos de irse a vivir cerca de ellos, de su pequeña ahijada y de los recién llegados, se hacían mucho más fuertes.

Luego de hacer una revisión de sus compromisos, decidió no aceptar nuevos casos e ir despejando su agenda hasta el momento de poder retirarse sin producir demasiadas lamentaciones o quejas en el puerto, al servicio de cuyos habitantes había dedicado los últimos treinta años de su vida.

Y así empezó a actuar en consecuencia, enviando los nuevos clientes a dos abogados jóvenes con quienes había acordado el asunto.

Una mañana, poco después de haber entrado en su despacho, Nieto trabajaba a puerta cerrada, cuando alguien golpeó.

─ A sus órdenes ─dijo el abogado abriendo un poco la puerta.

─ ¿El abogado Nieto? ─preguntó la mujer

─ Sí, señora. Lo malo es que estoy en plan de retirarme pronto y no acepto nuevos casos ─contestó Nieto

─ No se trata de un caso, sino solamente de pedirle unos minutos para que me escuche. Es un tema relacionado con una maestra y un niño perdidos en este puerto, hace dos o tres años, ─dijo la recién llegada con voz marcada por la ansiedad.

Nieto enseguida abrió la puerta y la hizo seguir, cuidando de cerrar nuevamente.

Para mayor reserva, la hizo pasar a la oficina y también cerró esa puerta y luego de hacerla sentar, él ocupó su silla detrás del escritorio.

─ Disculpe las precauciones, pero ese tema nos trajo muchos conflictos... ─aclaró , e inmediatamente:

─ La escucho, señora... ?

─ Lidia Gómez. Abogado. Pero por favor olvide mi nombre porque corro peligro de muerte... lo que necesito decir a alguien suficientemente elevado sobre el común de la gente como para juzgar no a mí, sino los hechos y sus consecuencias, es lo que yo personalmente hice y por ello ciertamente gané una buena recompensa en dinero. Sin embargo me pesa sobre el alma el haberlo hecho, aunque nunca fui mojigata, ni siquiera muy legal.

─ Si usted decide contarme el asunto, la escucho con mucha atención y, dentro de un marco de honestidad, le diré lo que piense al respecto ─contestó el abogado

Lidia, sin esperar nada más hizo el relato completo de su búsqueda del niño, su trabajo hasta obtener el registro de nacimiento y luego una tarjeta de identidad, el habérselo llevado al supuesto padre quien lo aceptó como su hijo sabiendo que no lo era y quien le pagó la recompensa pero la amenazó de muerte si interfería en cualquier momento de su vida, con ese hijo que él reconocía legalmente.

Finalmente le explicó a Nieto que ese niño le había robado a ella el corazón por la bondad natural y el deseo inmenso de tener un padre que el chiquillo había manifestado. Pero ella no pudo nunca volver a Cartagena ni tratar de verlo y solamente quería que alguien supiera la historia y, de ser posible, le contara a ella cómo sucedían las cosas para la criatura de la cual se sentía responsable.

─ Señora Lidia. Gracias por esa información. Déjeme una dirección a la cual sea posible enviarle el resultado de alguna

pesquisa que yo pueda hacer. Eso sí, no la espere muy pronto, porque es necesario andar paso a paso con mucha prudencia ─contestó el abogado.

Lidia le entregó un papel que traía con sus señas, bajo un nombre diferente, y le explicó que usaba ese nombre para la correspondencia que pudiera comprometer a quien le escribiera. Pensaba que todas las cartas que llegaban a su nombre eran revisadas. Se despidieron cordialmente. La señora salió apresuradamente y Nieto se quedó pensativo...

"Lo mejor es llamar ya a Juanito. Él sin duda tendrá buenas ideas de lo que debamos y podamos hacer", se dijo y sin más se asomó para mandar a buscar a Juan con uno de los infaltables mensajeros baratos del puerto.

─Un niño que debe tener unos siete a nueve años... y que sin duda entra y sale de la cárcel con alguna frecuencia ─dijo Juan, después de escuchar la historia.

Pensaron e intercambiaron ideas y finalmente acordaron que Juan iría por una semana a tantear el terreno. Él tenía conocidos en Cartagena y podía hablar con ellos de lo divino y lo humano, de forma que le fueran contando cuantos chismes circulaban por la ciudad, sin identificar cuáles de esos chismes eran los que especialmente interesaban a Juan.

Juan regresó tranquilo con las noticias de que el niño Jorge Medina Mejía crecía como un niño de clase baja, que iba a la escuela con los hijos de la familia con la cual vivía y además, todas las tardes visitaba a su padre en la cárcel y allá una maestra contratada le daba lecciones de cómo comportarse en sociedad. Juan lo había observado de lejos varias veces pero por esta primera ocasión no intentó un acercamiento directo aunque dos tardes caminó 'casualmente' a lo largo de una

cuadra completa cerca del niño y en un momento el niño lo miró y los dos sonrieron. En la esquina siguiente, Juan se separó

Todo el mundo sabía que, por orden de su padre el capo, eran vigilados todos y cada uno de quienes hablaban con el niño, aparte de sus compañeros de la casa y de la escuela.

A quien sí había seguido Juan era a la profesora particular. Tampoco había hablado con ella pero supo que era una señorita solterona de buena familia que daba clases a domicilio a niños cuyos padres lo deseaban y podían pagar. Ningún pobre había nunca contratado esos servicios y, desde que trabajaba para el señor Oscar, esa profesora no volvió a aceptar nuevos alumnos de ninguna clase.

Lo cierto es que el niño Jorge Medina se veía bien. Sonriente, bien alimentado, jugaba al fútbol en la calle del barrio. La madre de la familia decía que se comportaba como un buen hijo y que adoraba a su papá, aunque estuviera preso. Él no sabía nada de que su padre era rico ni menos de que fuera un mafioso.

Nieto decidió escribir a la señora Lidia, diciéndole brevemente:

El trabajo que usted hizo quedó muy bien hecho. No se preocupe. Tampoco intente un nuevo trabajo por ese lado. Los peligros siguen iguales.

Atentamente, Rafael Nieto.

Juanito propuso hacer un viaje a Cartagena cada seis meses para cerciorarse de que las cosas siguieran bien y Nieto estuvo completamente de acuerdo. Decidieron no hablar a Solís porque el pobre se iba a sentir muy frustrado de no participar,

dado que su crecida familia de tres hijos le exigía todo el tiempo y más si fuera posible.

Así pasaron diez años de visitas periódicas de Juanito a Cartagena. A través de ellas se había establecido una relación de conocidos amigables entre él y el joven Medina, quien continuaba viviendo con la familia del guarda de la cárcel mientras iba convirtiéndose en un hombre gentil y muy bien educado. Juan y Jorge llegaron a hablarse de tú y a llamarse por sus nombres, sin entrar juntos a ningún lugar, siempre andando por la calle.

En el último viaje de Juanito, el joven se aproximaba a los veinte y Juanito se encontró con una novedad: El capo Oscar estaba libre bajo restricciones. No podía salir del apartamento que su hijo había tomado en arriendo. Además estaba muy enfermo de alguna afección cardíaca que señalaba como muy próximo el fin de su carrera en este mundo. En esa ocasión Juanito se acercó al joven por la calle, para preguntarle sencillamente cómo estaba su padre y ponerse a sus órdenes si él pudiera ser útil.

Con sencillez hicieron explícita su amistad. Jorge le contó que él mismo atendía a su padre y que el ofrecimiento de Juan le venía muy bien porque con frecuencia debía comprar medicamentos o buscar un enfermero o enfermera que acudieran para graduar los aparatos, y necesitaba a alguien de confianza para esas diligencias. Entonces Juan quedó de llegar a las siete de la mañana de cada día y caminar por ahí cerca, por si Jorge necesitaba algo. Esa misma noche Juan escribió a Nieto avisando que se demoraría un tiempo indefinido, sin dar detalles.

Una mañana como diez días después de la llegada de Juan, Jorge se asomó solo un momento para decirle:

─ Creo que mi padre va a morir tal vez hoy mismo. Me acaba de decir que busque en Buenaventura las huellas de mi madre, Sonia Mejía y la encuentre. Que ella fue la mejor madre y él el peor padre que su hijo, yo, pudo tener.

─ ¿Quiere usted que yo busque a alguien que haya conocido a esa profesora? Conozco un abogado viejo que vivía en el puerto cuando ella fue profesora allá ─le dijo Juan

─ Sí, pero esperemos a que muera y enseguida nos vamos sin avisar a nadie. Estas fueron sus palabras de anoche para mi: Que apenas él muera, le dé un beso y me vaya enseguida─, contestó Jorge y sacando una billetera se la dio mientras decía:

─ Esto es para que viajemos en avión. Hizo una pausa y enseguida añadió:

─ Espérame en el vestíbulo, te traeré mi mochila.

Ambos entraron, pero Juan esperó en el vestíbulo. Jorge entró al apartamento para reaparecer dos minutos después y entregarle una mochila mientras le decía:

─ Espérame en el café de siempre. Vete, ¡ya! Debo salir yo solo, antes de que llegue el guarda.

Juan se fue a la esquina. Primero buscó un teléfono y llamó a Nieto. Brevemente le dijo que quizás tomarían un avión para Cali ese mismo día. Esperó una media hora cuando vio venir a Jorge caminando con cara de despreocupado y, adivinando su intención, esperó sin mirarlo a que pasara derecho mientras le escuchaba decir como hablando solo: "Contrata un taxi y espérame en la esquina del parque". Jorge entró por la siguiente puerta como si fuera a tomar un café y Juan salió apresuradamente por la otra puerta y se fue al paradero de los taxis.

Oscar Medina murió minutos después del regreso de su hijo, quien le dio un beso en la frente y lo tranquilizó asegurándole que él se iría enseguida, pero que primero debían hablar un momento con Dios. El hijo rezó un Padrenuestro al modo de un escolar diciendo una lección, el padre modulaba con los labios... luego, al verlo rígido, Jorge le cerró los ojos, le dió otro beso y salió en carrera a su cuarto. Se puso unos jeans y una camiseta vieja y salió por la puerta de atrás del edificio, despeinado y usando una gorra ordinaria y sucia en la cabeza.. Se fue corriendo al parque....

─ Esta ropita es de mis hermanos de la familia del guarda. Yo se la cambié por ropa mía y quedaron felices. No me pude despedir, pero después les escribiré ─explicó a Juanito.

En el aeropuerto Juan compró dos tiquetes a Cali, variando los nombres. El avión saldría en hora y media. Entonces decidieron buscar un lugar desde el cual observar si llegaban gentes sospechosas.

Por suerte nada de eso sucedió. Seguramente los encargados de vigilar al preso, tanto los guardas oficiales como los espías de los mafiosos se demoraron en llegar al apartamento para entrar a saludar.

Por la tarde, Jorge y Juan se hospedaron en el hotel de Cali que el abogado frecuentaba. Se sentaron en el borde de las respectivas camas y pasaron en silencio un rato largo. Jorge estaba triste. Realmente muy triste.

Juanito buscó algo de comer y lo llevó al cuarto. Luego se acostaron a dormir. El abogado llegaría en la mañana.

.....

En Paraguay mientras tanto

El tiempo corre parejo en todas partes. El clan de Bermúdez y Mejías, durante esos años finales de la vida del capo Oscar se había fortalecido y crecido con las contribuciones de los sobrinos de Lucía quienes contrajeron matrimonios y colaboraron con nuevos habitantes para el mundo. Y así se disponía a seguir corriendo.

Cuando Carlos Andrés cumplió los veintiuno, comenzaron todos a hablar de hacer un viaje a Colombia.

Se tomaron casi dos años para prepararlo y lo hicieron.

Finalizando el año 98 todos los Bermúdez Torres y el matrimonio Mejía, aterrizaron en Bogotá para unas vacaciones de tres meses. Los hijos Mejía se quedaron con sus familias en Paraguay. Viajarían cuando sus propios hijos fueran algo mayores.

En Bogotá los viajeros tomaron una casa grande en arriendo por un período de tres meses y se acomodaron todos en ella.

Al día siguiente, después de dejarlos escribiendo cartas a sus hijos y amigos de Paraguay y de Buenaventura y haciendo orden en todos los cuartos bajo la dirección de su marido y de su hermano, Lucía salió a buscar a Emilia, la amiga pianista de su adolescencia a quien nunca había olvidado… y la encontró en el mismo lugar en donde ella vivía cuando Lucía comenzaba su vida de casada en Bogotá…

Las cartas enviadas trajeron cartas de respuesta dos semanas después y también trajeron al portador: El tío─padrino y compadre Nieto llegó al final de la segunda semana, sin avisar.

Todos se emocionaron mucho y las conversaciones no terminaban.

Nieto les contó finalmente que el capo Oscar, muerto recientemente, se salió con la suya: de acuerdo con las pruebas legales que acompañaron al niño que le fue presentado, lo reconoció como su propio hijo y como tal lo educó, no según sus impulsos sino de acuerdo con lo que recordaba de la madre verdadera de su hijo verdadero y, a pesar de continuar encarcelado, hizo de su hijo reconocido, un hombre cabal.

Resumiendo explicó que las malas lenguas afirmaban que al capo lo conquistó alguna bruja para que reconociera como propio al hijo de ella y que él lo hizo.

Lo cierto es que el joven en cuestión lo quiso siempre como a un padre, fue un buen estudiante, aprendió modales y responsabilidad y también aprendió a tocar la guitarra con gran soltura y garbo. El nombre de tal hijo es Jorge Medina Mejía y sus padres, según aparecen en su vieja tarjeta de identidad son Oscar Medina y Sonia Mejía.

Oscar Medina murió en libertad condicional, como consecuencia de un problema cardíaco, teniendo a su lado a su hijo Jorge. El joven recibió como herencia la casa que sus padres habían comprado en Bogotá, en donde vivieron recién casados hasta el día de la desaparición de la madre con el hijo de cuatro años, casa que nunca se vendió ni entró de ninguna forma en los negocios irregulares o ilegales del padre. No se sabía nada de la madre, aparte del nombre que aparece en los documentos de identidad del hijo.

El quinto hijo

El abogado Nieto se despidió una semana después, asegurando que los visitaría en el siguiente mes, cuando hubiera terminado la venta de su oficina en Buenaventura, pues se había retirado definitivamente del ejercicio de su profesión desde hacía varios años. En ese viaje hablarían largamente de las perspectivas futuras. De momento les dejaba la tarea de pensar al respecto. De su hija comentó que vivía en los Estados Unidos y que ella y su marido había vuelto a vivir juntos pero sin anular el divorcio. …

─ Si vuelven a no aguantarse mutuamente, por lo menos se podrán ir cada uno por su lado, sin necesidad de nuevas peleas ni abogados ─terminó contando entre risas.

Lucía visitaba a su amiga Emilia y le iba contando los sucesos familiares, tratando de evitar los hechos demasiado negativos o contrarios a la educación rigurosa que ambas recibieron, respecto de la cual Emilia seguía siendo la niña buena y obediente de siempre, a quien las irregularidades de su amiga en el cumplimiento fiel de todas las tradiciones producían angustia y temor de castigos sobrenaturales.

Darío acompañaba a veces a Lucía en estas visitas, y conversaba con Pepe, el marido de Emilia, y ambos se divertían escuchándolos tocar música muy variada, tanto ellos solos como con los hijos y nietos cuando se encontraban de visita.

La vida con música viva es siempre muy estimulante para quienes tienen la suerte y el arte de ejecutarla bien… , pensaba Darío y deseaba que de alguna parte llegara alguien a la familia con ese don.

Habían pasado veinte días del regreso de Nieto a Buenaventura, cuando un jueves por la tarde, en Bogotá Lucía estaba en la sala con Beatriz y los gemelos y todos escucharon que alguien golpeaba a la puerta. La niña abrió casi enseguida y un señor joven muy educado la saludó y le preguntó:

— Buenas tardes, señorita. ¿Usted me puede informar si encuentro aquí a una señora llamada Sonia Mejía?

— Buenas tardes… señor. No, aquí no vive nadie con ese nombre. Pero, espere por favor le pregunto a mi mami, a ver si ella sabe algo de esa persona —y la niña entró, dejando la puerta abierta.

Lucía recibió el recado que traía Beatriz y dijo a sus hijos:

— ¿Por qué no se van al cuarto de juegos mientras atiendo a ese señor?. Yo tuve una compañera de colegio que se llamaba como él pregunta y necesito un poco de silencio para recordar.

Los jóvenes se fueron y Lucía llegó hasta la puerta e invitó al joven a pasar a la sala.

— Buenas tardes señor, ¿… ? —saludó y preguntó Lucía

— Jorge Medina Mejía— , respondió el joven

Lucía se sintió mareada. Pensó en lo que había dicho Nieto al respecto y no lo recordó completamente… entonces decidió decir simplemente:

— Siéntese y dígame por favor en dónde conoció a esa persona por quien usted pregunta. Yo conocí en mi infancia a alguien llamado así…

— Pues ése es el nombre de mi madre, si es verdad lo que mi padre me dijo de ella… —y el joven titubeó un poco

— ¿Y, qué le dijo su padre? —preguntó Lucía

─ Pues que ella me sacó de la casa y me dejó abandonado en Girardot con esta tarjeta de identidad en mi bolsillo, cuando yo tenía cinco años ─respondió Jorge.

─ Y su padre ¿estaba seguro de eso? ─preguntó Lucía

─ Pues ése es el misterio. Yo creo que él no estaba seguro de nada, ni siquiera de que yo fuera su hijo.

─ Pero su padre ¿fue buen padre para usted? ─volvió Lucía

─ Uy, ¡Sí!. Él fue conmigo muy buen padre. Yo era un niño abandonado y de pronto una señora me recogió y me dijo que un señor muy bueno quería ser mi padre, y yo fui con ella. A ella no la volví a ver nunca, pero mi padre fue de verdad bueno conmigo y gracias a él soy alguien en la vida.

─ ¿Y, cómo es que usted tenía esa tarjeta de identidad?

─ Pues es parte del misterio. Porque el abogado de la cárcel dijo que era auténtica y que yo era ese niño y por eso mi padre aceptó que yo era su hijo y me dijo lo de la señora Sonia, mi madre que me había abandonado… , pero no creo que él estuviera seguro de eso,... ah, y también me dijo que ella había sido la mejor madre y él el peor padre del mundo cuando yo era pequeño, aunque... eso sí él me quiso mucho y yo a él. Y él se volvió más bueno de lo que era antes y lo dejaron salir de la cárcel para que viviera conmigo cuando se puso tan mal del corazón. Y ahí murió.

El joven Medina hizo una pausa pues el recuerdo de la muerte de su padre lo puso triste. Sin embargo se enderezó y continuó:

─ Pero antes de morir, mi padre me dijo que el misterio de mi madre estaba escondido en Buenaventura… y allá averigüé y al fin, hace como diez días el abogado Nieto que ya se retiró,

pero a quien encontré en Cali, me dijo que usted tal vez me podría decir algo sobre esa señora y me dio esta dirección.

Lucía se levantó para servir dos vasos de refresco y ofreció uno a su visitante y otro para ella, y resolvió decirle de una vez:

─Pues, ciertamente nosotros, mi esposo y yo podemos informarte sobre esa persona, pero yo prefiero que lo hablemos los tres. Él es abogado y está mejor enterado y sin duda alguna te será de gran ayuda en tus inquietudes.

─ Él debe regresar con mi hermano y nuestro hijo mayor. Están en un partido de fútbol que terminará por ahí en una hora. Si quieres puedes esperarlo o volver más tarde o si no, quizás lo mejor es que vengas mañana viernes, después del mediodía, aprovechando que él cierra su oficina provisional a la una de la tarde hasta el lunes. Yo le digo que esperemos tu visita, para que no se comprometa con otro asunto y podamos conversar tranquilamente.

El joven Medina se levantó y muy agradecido dijo:

─ Señora…

─ Lucía de Bermúdez, pero llámame simplemente Lucía ─contestó ella.

─ Entonces vendré mañana a las tres de la tarde. ¿Le parece bien, doña Lucía? ─dijo el joven

─ Perfectamente. Te esperaremos a esa hora.

Y así con un cordial apretón de manos se despidieron y el joven se retiró.

Resucitando muertos

Lucía pensó mucho en todo y organizó una propuesta de acción posible para discutirla con su marido y su hermano.

Después de todos los comentarios sobre el partido, los jóvenes se sentaron a mirar la tele y ella llamó a los dos viejos porque le urgía conversar con ellos aparte.

Entonces comenzó por preguntar a Raúl:

— Recuerdas que alguna vez nuestro padre habló de un hermano mayor que se había ido de la casa en cuanto el abuelo murió?

— Sí. Pero él lo daba por muerto, porque nunca más se supo nada. Ni tampoco ese tío nos buscó ni escribió cuando nuestro padre murió —contestó Raúl

— Pues creo que llegó la hora de resucitarlo y llamarlo Jorge Mejía, el padre de Sonia Mejía, nuestra prima y madre de Jorge Medina Mejía, de quien no sabíamos nada hasta hace unas horas.

Ante la cara de asombro de Raúl y Darío, Lucía les contó todo y explicó:

— Mi propuesta de la resurrección del tío es para justificar ante nuestros hijos la inclusión de un nuevo miembro en la familia, sin arriesgarnos a que Carlos Andrés pueda revivir esos años terribles y reconocerse en ese primo —hizo una pausa, y continuó:

— En cuanto al propio interesado, yo pensaba que lo mejor sería ponerlo en conocimiento de la verdad completa y acogerlo como miembro de la familia, siendo conscientes

tanto nosotros como él de que biológicamente no lo es, pero que esencial y legalmente podía serlo a cabalidad, usando el Mejía como nexo. Ni nombrar al padre.

Bermúdez habló entonces:

— Si Nieto lo mandó para acá, es señal de que confía en él como persona sensata y capaz de comprender la totalidad de los hechos. De todos modos, trataré de localizarlo por teléfono, antes de que tomemos la decisión. Por otra parte me parece muy acertado el proyecto.

Raúl dijo:

— No creo que hagamos ninguna ofensa al tío perdido dándole una hija, nuestra prima Sonia Mejía, muy posiblemente muerta, de quien nunca supimos nada hasta hoy por Jorge Medina Mejía su hijo, quien apareció por sus propios medios y llegó hasta esta casa.

Concluyó:

— Si el abogado Nieto está de acuerdo, contaremos esta historia a los hijos, antes de presentarles al nuevo miembro de la familia. A él, creo que lo mejor es que ustedes dos le hablen directamente sobre la historia verdadera.

Bermúdez se levantó de inmediato para llamar al abogado Nieto.

Raúl propuso además que a Liliana su esposa le contaran la misma historia que a los hijos. Si ella preguntaba más cosas, él le hablaría aparte, pero no creía que fuera necesario porque era la mujer menos chismosa que existía en el mundo.

Nieto corroboró totalmente la versión de Lucía en cuanto a la confianza que el joven Medina le había inspirado. Entonces,

sin preámbulos llamaron a todos a la sala para informarles algo muy importante para toda la familia.

Lucía les contó la historia que acababan de redondear y todos estuvieron muy interesados en conocer a fondo a ese primo. Beatriz dijo que era un señor muy amable y bien educado. Carlos Andrés preguntó por la edad del primo Jorge, y Lucía le contestó que tenía como uno o dos años menos que él.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, todos estaban pendientes del esperado nuevo miembro de la familia. Lucía salió un momento antes con cualquier disculpa, pero realmente para encontrarlo y advertirle:

— Te esperaba para pedirte que tomes todo lo que vamos a decir como la gran verdad de la familia. Después, cuando todos se calmen y tengamos un rato, mi esposo y yo te explicaremos muchas cosas que la gente joven no debe saber. Confía en la verdad de nuestros sentimientos y en que todo va a estar bien para ti y para todos.

— Bueno, me siento emocionado. Escucharé, aceptaré y sonreiré —contestó Jorge.

— Después todo lo completaremos en privado — aseguró Lucía y entró con él.

Beatriz se adelantó para saludarlo:

— Hola, Jorge, te acuerdas de mi?. Pues soy tu prima Beatriz

— Pues claro que me acuerdo. Gracias por tu saludo, Beatriz

Contestó Jorge haciendo una inclinación.

Entonces Lucía habló para todos de la historia de Jorge Mejía , único tío paterno de Raúl y ella, de quien supieron, después de que ellos quedaron huérfanos, que había muerto muy lejos y mucho tiempo atrás. Después supieron que ese tío había tenido

una hija llamada Sonia Mejía que era maestra en la costa pacífica. Nada más.

Dirigiéndose a todos Lucía dijo:

─ Como nuestra prima Sonia llevaba muchos años sin dar señales de vida, Raúl y yo la dimos por muerta, muy seguramente a causa de la malaria en esa selva. Ninguna idea ni noticia tuvimos antes del día de ayer, que nos indicara que Sonia se había casado y menos aún, que hubiera tenido un bebé. Un nieto de nuestro tío Jorge.

Luego con mucha emoción dijo para todos:

─ Pero sí existe un nieto de nuestro tío Jorge Mejía. Ese nieto es el joven Jorge Medina Mejía aquí presente ─haciendo una pausa, invitó a todos a la unidad:

─ Así que recibámoslo con un gran abrazo como un miembro querido de nuestra familia.

Todos aplaudieron y se aproximaron para abrazar a Jorge mientras le decían sus nombres.

Siguió tomar refrescos, hablar de edades y de gustos y contar cuentos sin fin, sin hablar para nada del padre de Jorge.

Lucía propuso que Jorge trajera sus cosas y que compartiera el cuarto de sus tres hijos hombres, para celebrar ese día tan especial en la historia de la familia.

Bermúdez quiso acompañarlo y de paso conversar respecto del futuro. Cuando salían, Lucía le guiñó el ojo a su marido indicando que aprovechara el rato para contar a Jorge la verdad total. A los jóvenes los mandó a conseguir una cama para el nuevo miembro de la familia, dándoles algo de dinero y ella con la ayuda de su cuñada, la emprendieron en la cocina para preparar una cena apropiada al evento.

La cena, para alegría de todos, además de muy buena comida, tuvo el añadido de la música. Jorge tocaba la guitarra muy bien. Darío pensó que su deseo había sido escuchado de alguna manera… y se sintió especialmente emocionado.

Tareas

Después de una semana de compartir, la familia tenía tareas a resolver.

Curiosamente la casa de Bogotá, heredada por Jorge, permanecía cubierta íntegramente con una capa de polvo de veinte años, sin tocar. Todas las cosas estaban como las dejó Lucía el día de su huida. Ella quiso ir antes de que el dueño la hiciera limpiar, para retirar todo lo que pudiera recordar a Carlos Andrés esos momentos oscuros de su existencia. Luego dejó lo demás para que el heredero tomara sus decisiones.

Jorge y Darío buscaron un arquitecto para renovar todo lo que necesitara renovación y con el trabajo de los cuatro hombres jóvenes de la familia, esa renovación se tomaría como máximo un mes.

Bermúdez actuando como abogado de Jorge Medina, logró la legalización y traspaso al heredero de todo lo que el antiguo dueño poseía legalmente, con anterioridad a su entrada en las acciones mafiosas. Los ayudantes de la albañilería nunca supieron quién había vivido en esa casa. Solamente que era parte de la herencia que el padre de Jorge Medina dejó a su hijo.

****

EPÍLOGO

La vida continúa

Los tres meses propuestos de vacaciones en Colombia se convirtieron en seis, al cabo de los cuales los paraguayos decidieron regresar.

Los Bermúdez Torres, todos seis regresaron a Paraguay. Sus amigos Pepe y Emilia quedaron muy firmes en el propósito de romper sus rutinas vitalicias y viajar hasta esas lejanías para visitarlos.

Los esposos Mejía decidieron esperar un poco más mientras terminaba la venta de la casa y de la oficina. Raúl y su esposa sentían el jalón de la familia en Paraguay y, sin ninguna duda seguirían a los Bermúdez a lo más un par de meses después.

En cuanto a Jorge Medina, él acordó viajar con el abogado Nieto a quien pidió colaboración para liquidar todos sus asuntos económicos y para que lo acompañara en una vuelta que deseaba hacer por Girardot con el objetivo de averiguar algo en esa ciudad sobre sus orígenes biológicos, pero sin gastar en eso más de uno o dos meses. Sentía que era justo dedicar esfuerzos para descubrir el origen de lo bueno que había en su interior, eso que conquistó al capo mafioso, desalmado y terrible, para hacer de él un padre verdadero.

Al fin lo importante, la familia, ya la tenía con total certeza de fidelidad y cariño mutuo. Tal había sido el gran sueño de su vida entera, sueño que el abogado Nieto había comenzado a llenar cuando, después de la muerte de su padre, había confiado en él lo suficiente como para conducirlo a la verdadera Sonia Mejía.

Nieto por su parte había quedado enamorado de las tierras paraguayas y el hecho de actuar paternalmente cerca de Jorge le producía una satisfacción muy profunda, un sentimiento de completez en su vida afectiva. Así el 'tío' de Carlos Andrés y padrino de Beatriz, amplió su corazón para acoger a un nuevo sobrino y empezó a ser también y de una forma muy especial el padre-tío de Jorge. De alguna manera, los dos se adoptaron mutuamente como padre e hijo y así empezaron a actuar con toda naturalidad y sencillez.

Dos meses después el tío Nieto y el primo Jorge, llegaron a Asunción a casa de los Bermúdez, decididos a compartir un apartamento en las cercanías para vivir los dos de forma independiente y a la vez muy cerca de la familia.

Las pequisas sobre los progenitores naturales de Jorge habían dado como resultado la certeza de la muerte accidental de quien lo acompañaba en un bus que volcó en las cercanías de Girardot cuando él tenía tres años de edad. Tres menores fueron rescatados, dos de los cuales tenían parientes en la localidad. Jorge fue llevado al hospicio en donde le dieron como nombre provisional Julio, (por el mes en el cual fue recogido) y en los dos años siguientes nadie se acercó a preguntar. Cuando la señora caza-recompensas lo sacó y le adjudicó la identidad de Jorge Medina Mejía, el niño iba a cumplir seis años.

Raúl y Liliana regresaron finalmente y, siguiendo el ejemplo del abogado Nieto y su sobrino Jorge, tomaron un apartamento amplio en el primer piso de un edificio grande también cercano, con el proyecto de montar una oficina para gestiones de tránsito en el país que los había acogido.

Lucía, de regreso en Paraguay, sintió alegría y paz. Ciertamente el mundo de sus hijos traería para ellos sus

propios problemas. Por su parte, el haber compartido con ellos la vida llena de variaciones, dificultades, decisiones, temores y alegrías fue la lección que a ella correspondió darles. Estaba segura de que el aprendizaje transmitido daría frutos en cada uno, de acuerdo con su propia voluntad de lograrlos.

El rescate, el amor y la fidelidad de Darío constituían para ella su porción de herencia en un universo fraternal.

La aparición de Jorge y la vida rescatada por ese niño pobre y hambriento de amor, en un padre perverso y soberbio, quien a su vez había sido en su infancia el fruto de un desamor total, fue el sello de la providencia invisible pero real que siempre escucha a quienes buscan sinceramente la verdad y la justicia.

En adelante, cada vez que tuviera oportunidad de hablar a gente joven, ella haría hincapié en la importancia de ser fieles a los sueños e ideales de la juventud. En ellos está escrito el programa de éxito de la vida de cada uno.

En Buenaventura, Juanito y Solís se vieron asediados, primero por los buscadores del hijo del capo, hasta tanto se conoció públicamente que antes de morir, el propio capo, había dejado a su hijo completamente por fuera de la empresa, mediante un testamento firmado y autenticado, que el abogado de oficio de su caso presentó a las autoridades.

Después de la tormenta por el poder en la empresa sin cabeza, Juan y Solís hacían planes de visitar al abogado Nieto en Bogotá, antes de que saliera definitivamente para Asunción del Paraguay, cuando un día en el cual Solís salía del antiguo despacho y retiraba los avisos de 'SE VENDE', para hacer entrega al nuevo propietario, apareció una mujer mayor quien con acento costeño del Atlántico, le preguntó por el abogado Nieto.

─ No sé nada de él. Hace años se retiró. ¿Se puede saber para qué lo necesita, por si sabemos algo le podamos comunicar? ─preguntó Solís

─ Es porque quiero saber en dónde puedo encontrar al hijo del capo Oscar...─contestó la mujer

─ Pues no tengo ninguna idea. Pero déme su nombre y dirección y cuando yo vea a quien fue el secretario del abogado Nieto, le pregunto. Si él sabe le enviaré la respuesta ─contestó el impertinente Solís de toda la vida. Miró al frente y dijo sin dudar:

─ Ah!, espere, señora que allá veo a Juan, el secretario de quien le hablo. Mejor llamémoslo y usted misma le pregunta.

Sin esperar respuesta, Solís atravesó la calle a la carrera y tomó por el brazo a Juan para cuchichearle lo que la mujer preguntaba y dejarle a él la responsabilidad de responder. Ambos caminaron hasta el lugar

─ Buenos días señora ─dijo Juan mientras se inclinaba cortésmente.

─ Buenos días ─respondió ella con brusquedad. Enseguida explicó:

─ Es que necesito encontrar al hijo de Oscar Medina ─y sin ningún remilgo continuó:

─ Yo fui quien encontró a ése cuando era niño y el padre lo buscaba desesperadamente, pero el muy ingrato me prohibió que me acercara nunca más a su hijo. Pero como ya está muerto, pues ese hijo tiene una deuda conmigo, ahora que sin duda es rico y poderoso.

─ ¿Y por qué viene usted aquí? ─dijo Juan

─ Porque yo busqué aquí al abogado Nieto y aquí le conté todo y, sin duda él sabe en dónde está ese joven millonario.

─ Pues, señora, el abogado Nieto se retiró desde hace unos cinco años, mucho antes de la muerte del señor Medina... y desde entonces ya no vive en Buenaventura ─respondió Juan

─ Y ¿en dónde vive?, porque seguro que él sabe qué pasó con el hijo de Medina

─ Eso no lo sabemos nosotros ─dijo Juan. Se quedó pensando un poco y finalmente terminó:

─ El abogado Nieto tiene una única hija que vive en los Estados Unidos. Yo pienso que siendo ella su única familiar, él debió irse para allá, pero no estoy seguro...

La dama dió dos zapatazos al piso y con un gesto de despecho, dio media vuelta diciendo entre dientes algo como: '¡malditos abogados!'... y se fue enfurruñada.

La risa de Solís cuando la vieron alejarse en un taxi fue estrepitosa. Juan solamente dio a su amigo un par de golpes en el hombro y le dijo:

─ Cuidado, no se te salga nada, nada... esos seres orgullosos y llenos de codicia no dejan morir fácilmente sus ambiciones. Ten cuidado no sea que ella sospeche que sabemos algo y nos mande espiar...

.....

Los disturbios de la política internacional no dejaron de lado a la república del Paraguay. La paz se vio perturbada y el país vivió días de tremenda inestabilidad, días que no llegan a

terminar en el presente. Lucía y su familia, incluyendo en ella al abogado Nieto y a su hijo-sobrino Jorge arraigaron en esa tierra, atentos para evitar choques contra las cambiantes fuerzas destructivas. Así vivieron y continúan haciéndolo, firmes en los proyectos de unidad familiar y de ayuda hacia todos los necesitados que se ubiquen a su alcance.

****

Fin de "LOS VIAJES DEL AMOR" ó

"El psicópata, la maestra y los caza-recompensas